



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**CIENCIA, POLÍTICA E HISTORIA
EXHORTO POR UNA MAYOR INTEGRACIÓN ENTRE
LA HISTORIA Y LA CIENCIA POLÍTICA.**

T E S I S

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA (ESPECIALIDAD EN CIENCIA POLÍTICA)**

P R E S E N T A

PEDRO VELASCO SODI

ASESOR:

MTRO. LUIS ALBERTO DE LA GARZA BECERRA

MÉXICO, D.F. 2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi madre, a quien le debo todo,
especialmente la enseñanza en el amor.

AGRADECIMIENTOS

El trabajo de esta tesis ha comprendido un muy largo periodo de tiempo en el que no ha dejado de acompañarme el estímulo de mucha gente querida que nunca perdió la confianza en mi capacidad de dar el punto final. A todos ustedes, con la esperanza de no defraudarlos, les ofrezco este trabajo en el que más allá de descubrimientos revolucionarios, he aprendido mucho sobre la ciencia en la que me he formado y sobre el trabajo del científico social. Con la alegría enorme de decir, misión cumplida y más vale tarde que nunca, los invito a leer y criticar amistosamente, esta tesis.

Un millón de gracias, a ti Isabel, mi vida mía, porque desde el primer día de nuestra historia confirmaste que era el mayor de los aciertos proponer un mayor acercamiento entre los historiadores y los politólogos. Tu amor me ha impulsado en todo momento, con tu inteligencia y tu constancia nunca me has permitido claudicar en esta tarea ni en muchas otras que juntos nos hemos trazado.

Agradezco a mis hermanos Sebastián, Jacinta y María Emilia, quienes compartimos la misma historia de unión, apoyo y amor. Ustedes, junto con nuestra madre, les debo todo lo que soy y por ustedes va todo lo que pueda llegar a ser. Incluyo a mis hermanos Pablo, Leonardo, Diego, Ana Francisca, Casandra y María Inés, a Graciela y Antonio. A mis sobrinas y sobrinos, que son mi amor en la larga duración. Mencionar a mi familia entera sería justo pero interminable, por ello agradezco en nombre de todos a mis amados abuelos, que son el comienzo de mi historia, Raúl y Carmen, Demetrio y Soledad.

Agradezco a la Universidad Nacional Autónoma de México y al Facultad de Ciencias Políticas la extraordinaria oportunidad de formarme en sus aulas académica y humanamente en la mejor institución de nuestro país. La UNAM se materializa en la raza y espíritu de sus miembros, en mi caso en la de entrañables amigos y colegas, compañeros y profesores, con quienes he aprendido el valor de la honestidad académica, de la educación pública, del debate amistoso entre lo diverso, del respeto y aprendizaje del otro. Agradezco especialmente a Luis Alberto de la Garza, por esperarme pacientemente sin perder la confianza en mi trabajo y a Tlacaélel con quienes recorrí cada momento dentro de la Máxima casa de estudios.

No quiero dejar de mencionar a mis amigos y hermanos de toda la vida Aldo, Andrés, Hernán, José Eduardo, Juan Pablo, Roberto, Santiago y el Santos.

“El trabajo histórico es un trabajo crítico por excelencia, cuando alguien se dedica a él sin haberse protegido previamente contra el instinto, se ahoga”

Fernand Braudel

INDICE

AGRADECIMIENTOS.	4
INTRODUCCIÓN.	6
CAPÍTULO I. Historia: maestra de la ciencia política.	21
1. Sobre la relación entre ciencia política e historia.	21
2. Por un mercado común de las ciencias sociales.	25
3. El abandono del pasado.	32
4. La historia social.	37
CAPÍTULO II. Renovación de la historia política desde la historia social y la ciencia política.	52
1. ¿Nueva historia política? Crítica y permanencia de la historia política tradicional.	52
2. La historia política más allá del Estado.	58
3. Los primeros pasos hacia una nueva historia política.	64
4. Algunos caminos propuestos para la renovación de la historia política.	70
4.1 La larga duración.	70
4.2 Historia de las mentalidades.	74
4.3 Historia de las ideologías.	79
4.4 Historia de las teorías políticas.	82
CAPÍTULO III. Función política de la historia.	88
1. Dos sentidos de la interpretación histórica.	91
2. Función social y función política de la historia.	97
2.1 Función social: memoria e historia.	97
2.2 Función Política.	103
3. La disputa por el pasado.	109
3.1 La historia diversa.	109

3.2 Nacionalismo: monopolio del Estado sobre la interpretación histórica.	112
3.3 La ocultación del otro.	115
4. Necesidad de una relectura de nuestro pasado.	117
5. Las nuevas preguntas del presente.	128
CONCLUSIONES.	133
BIBLIOGRAFÍA.	146

INTRODUCCIÓN

CIENCIA, POLÍTICA E HISTORIA

HISTORIA Y CIENCIA POLÍTICA

Una reflexión sobre las posibles relaciones entre ambas ciencias sociales

Esta tesis sólo puede comprenderse en sus motivaciones y en su integración, conociendo su génesis, su historia. En el proyecto de tesis original me planteaba como objetivo la investigación de la historia oculta del conservadurismo en México a partir de 1867 y hasta 1910, es decir, el periodo que va de la restauración de la república, hasta el inicio de la nueva revolución contra la dictadura de Porfirio Díaz, que detentaba, en el liderazgo absoluto sobre el partido liberal. La hipótesis original señalaba que México requiere de una relectura de su pasado que reconozca e integre una parte de la identidad nacional que en la historia patria que nos han enseñado, dejó de existir de pronto como un castigo justo a la traición; una parte que a pesar de haber desaparecido aparentemente, tiene que volver a ser cortada de tajo y violentamente en la revolución del siglo XX. ¿Hasta qué grado podemos afirmar que es ese mismo partido conservador, con las transformaciones propias del tiempo, el que triunfa en las elecciones del 2000 ganando la presidencia de la República para convertirse en paladín de la democracia?

Así pues me dispuse a la revisión de diversos textos en búsqueda de las pistas que permitieran ubicar la presencia oculta del conservadurismo en México a partir del la “restauración de la República”, etapa que es considerada clave en la construcción del Estado Nación y de la ideología nacionalista. Estudié los antecedentes del periodo llamado “anárquico” de la primera mitad del siglo en el que liberales y conservadores enfrentados en la disputa de su proyecto de nación vieron perder la mitad del territorio, sin que ninguno de los dos grupos metiera siquiera las manos; inicié el análisis de los principios ideológicos, de las propuestas institucionales, de los triunfos políticos, de cada uno de estos partidos. Comencé a identificar diversas relaciones, semejanzas, entre la propuesta conservadora de Lucas Alamán y las acciones de los gobiernos de la República Restaurada y del gobierno de Porfirio Díaz; y así reconocer que, oculta detrás de una historia implacable contra los traidores de la patria, existió, desde el propio gobierno de Benito Juárez, una generosa política de conciliación.

Especialmente iluminadora resultó la obra de Carmen que estudia los proyectos que en los últimos años del gobierno de Díaz empezaron a desarrollar los principales teóricos del liberalismo oficial, Justo Sierra y Francisco Bulnes, en los que se formulaban propuestas claras para institucionalizar el liderazgo de Díaz en un sistema de partidos políticos; propuestas por cierto, en las que se consideraba prioritario crear un espacio legal de participación política para los conservadores, lo cual sugería un reclamo de este grupo para reingresar abiertamente a la disputa por el poder. Reclamo que se concretó en el Partido Católico Mexicano que salió a la luz pública alcanzando una importante presencia legislativa en el gobierno de Francisco I. Madero.

Después de dar estos primeros pasos y estando por iniciar la redacción de las primeras secciones del trabajo escrito, me formulé algunas preguntas como que, como parte de la introducción, buscaban justificar y dar entrada al análisis histórico planteado y presentar “los descubrimientos” alcanzados. Las respuestas a estos cuestionamientos meramente introductorios resultaron, además de fascinantes, muy complejos, y sin darme cuenta ocupaban ya el centro de mi investigación (bibliografía revisada, notas redactadas, cuestionamientos por resolver), terminando por convertirse en la totalidad del trabajo de investigación que propongo en esta tesis.

La pregunta fundamental que me planteé con la mera intención de justificar la investigación original fue: ¿y por qué considero legítimo realizar un análisis histórico del siglo XIX en una tesis para postularme como licenciado en Ciencia Política? ¿Se trata de un asunto de interés para la Ciencia Política o me había equivocado de profesión? Habiendo tantos temas del presente que pudieran ser estudiados ¿por qué buscar respuestas en el pasado? La segunda gran pregunta que me pareció debía responder era ¿por qué el pensamiento y el partido conservador? ¿No me comprometería este trabajo políticamente con la “reacción”? ¿Qué necesidad tenemos como país de resucitar batallas enterradas en el pasado, no es suficiente con la división que enfrentamos en el presente?

Realmente, en el momento en que fueron planteadas estas preguntas, la respuesta más honesta tuvo que haber hablado de una idea aislada, un mero deseo intelectual, como la verdadera razón que estaba detrás del proyecto: siendo mi última investigación en la licenciatura, y destinado a dedicar mi trabajo profesional al análisis de los fenómenos políticos del presente, la tesis planteada, que cumplía con el requisito de originalidad que vanidosamente se persigue, me daba la oportunidad de compenetrarme más profundamente en la historia del siglo XIX mexicano

que desde hace tiempo me atrae y que considero un momento crucial en la formación del México actual; además, siempre he considerado que en la política la historia es un referente obligado, una maestra que debemos atender. Sin embargo, esta respuesta parecía muy débil como para defender el proyecto y había que buscar argumentos más sólidos para demostrar la importancia de la historia para la ciencia política, la necesidad política de una relectura de nuestro pasado a la luz del México del presente, la conveniencia de desenterrar a los muertos para la comprensión de ese México plural y en permanente disputa al que nos enfrentamos.

Así fue que al entregar el primer avance de mi trabajo de investigación, plenamente justificado, mi director de tesis, Luis Alberto de la Garza Becerra, me advirtió sobre el desvío en el que estaba incurriendo respecto al proyecto originalmente planteado, y que, en el diálogo entre ambos, surgió la alternativa de dar un giro de 180 grados a la investigación, dando rienda suelta a las inquietudes que habían surgido en el trabajo de justificación. Opte por esa alternativa y dí la vuelta, sin renunciar por completo a la idea de volver al punto originalmente planteado, pero por otro camino más largo, pero estoy seguro que más certero. Nunca imaginé cuan largo podría resultar. Las repuestas a estas dos grandes preguntas fundamentales me parecieron de tal relevancia que valía la pena entregar la investigación a este objetivo y postergar el estudio histórico de nuestro siglo XIX, para otro capítulo o para otra investigación.

No vale la pena pensar ahora en si me equivoqué o no, si la elección fue la mejor que pude haber tomado, lo que sí puedo afirmar es que la investigación que elegí valió la pena. Y lo valió porque estas dos preguntas: ¿Por qué la ciencia política y la historia? ¿Por qué una relectura de nuestro pasado? encierran en sí una reflexión profunda sobre el estado actual de la ciencias sociales, de la ciencia política y de nuestra lectura política de la historia. Porque la conclusión, si bien no es sorprendente, ni grandiosa, ni original, es muy importante para nuestra disciplina: la ciencia política (la política también), encuentra un gran apoyo para la comprensión del presente en el estudio del pasado; la ciencia política y la historia pueden y deben apoyarse en este esfuerzo. Considero que las respuestas a estas dos preguntas son un buen final para una etapa académica y un buen cimiento para la siguiente. Los elementos teóricos y metodológicos de la historia con los que tomo cercanía a raíz de esta investigación son una buena adición a mi formación de politólogo.

Como resultado del proceso anteriormente descrito, los nuevos objetivos que persigue esta tesis son la reflexión en torno a las relaciones existentes entre la historia y la ciencia política, así como los caminos posibles de cooperación entre ambas disciplinas; busca destacar la importancia que para los politólogos tiene el estudio del pasado para la comprensión del presente y fomentar la participación de la ciencia política en la relectura del pasado a la luz del análisis de la historia patria y de los conflictos políticos del México de hoy.

Las hipótesis planteadas son: 1) Que la historia y la ciencia política se necesitan como ciencias, que comparten, en el marco de la historia política, un objeto de estudio relevante para ambos. 2) Que esta cooperación sólo puede darse de manera plena en el contexto de unas ciencias sociales que incrementan progresivamente sus puntos de intersección y el trabajo interdisciplinario, tendiendo a una ciencia social unificada. 3) Se propone también que una *nueva historia política* apoyada en los avances conceptuales y técnicos de ambas disciplinas es un campo fértil para esta nueva relación, y un espacio que mucho puede contribuir a la comprensión del presente. Se sugiere que las transformaciones políticas del presente, el desarrollo de una nueva historia política y los olvidos de la historia política tradicional, justifican una relectura crítica de nuestro pasado que tiene como base el reconocimiento de una historia diversa en sus actores y en sus interpretaciones.

Estas dos preguntas, ¿historia para qué en la ciencia política? ¿Por qué una relectura de nuestro pasado?, permiten identificar dos espacios distintos en los que se interrelacionan la ciencia política y la historia, la historia y la política. En primer lugar el encuentro se da en el espacio de la ciencia con la reunión entre dos ciencias sociales que colaboran en el estudio de la realidad del hombre y su sociedad, en el análisis del ejercicio del poder en el pasado y en el presente. El segundo espacio es el de la política real, cuando la historia se convierte en instrumento del poder y por tanto en objeto de estudio de la ciencia política. Así, en esta relación, la historia es para nosotros los politólogos, a la vez una ciencia colaboradora y una posición política que debe ser estudiada. Los primeros dos capítulos de la tesis se destinan a comprender y sugerir las relaciones en el ámbito de la ciencia. El tercer y último capítulo comenta la función social y política de la historia y sus consecuencias para la ciencia política y el estudio del pasado.

El primer capítulo de este trabajo se destina a responder la primera pregunta: qué relación existe y debiera existir entre la ciencia política y la historia como ciencias sociales. Identifico, en

primer lugar, un longevo maridaje en el que los estudiosos de la política recurren al estudio del pasado con diversos objetivos: conocer al presente, actuar sobre él; comprenderlo, controlarlo, transformarlo. Sin embargo, en la actualidad el matrimonio entre ambas disciplinas no se encuentra en la mejor de las condiciones, debido a que en décadas pasadas la ciencia política, y en general las ciencias sociales, se han alejado de la historia. Esta relación en la actualidad debe fortalecerse en dos sentidos, regresando al estudio del pasado al centro de nuestra disciplina y demostrando que la ciencia política también puede ser una importante colaboradora en el análisis histórico.

En la segunda parte del capítulo se plantea como respuesta a la pregunta planteada, que la historia y ciencia política son dos aristas muy importantes de un gran círculo en el que se integran las ciencias sociales. Recorro al círculo como metáfora para resumir la propuesta desarrollada en esa sección. Los círculos no tienen aristas pues están integrados por una sola curva que une a puntos equidistantes de un centro. Sin embargo, desde cierta perspectiva matemática, un polígono regular que va incrementando constantemente el número de sus aristas, tiende a convertirse en un círculo conforme se acerca a un número infinito de lados.

Esta tesis defiende la idea de pugnar por unas ciencias sociales mucho más unidas, en permanente trabajo interdisciplinario, en constante contacto y comunicación, unidas en la difícil tarea de observar y tratar de comprender nuestra compleja realidad de manera global. Ciencias sociales que multiplicando sus aristas se acerquen a la perfección del círculo. Dentro de este contexto se ubica la propuesta más concreta de buscar una mucho mayor conexión entre la historia y la ciencia política: una ciencia política que se involucra y colabora con la interpretación de nuestro pasado y que se apoya permanentemente en la investigación histórica para comprender los fenómenos políticos del presente. Finalmente se propone que esta relación pasado presente es crucial en el diseño de los proyectos políticos de futuro, en la prospectiva, en la planeación y en el cambio.

Hoy, el círculo de las ciencias sociales no existe. La especialización exagerada y cuadrada en su forma de concebir la realidad, ha partido la unidad del círculo y extendido su circunferencia hasta convertirla en una línea recta, que tiene muy pocas y tenues aristas, sobre las que cada disciplina ha construido sólidas murallas difíciles de atravesar. Como resultado encontramos

enormes obstáculos para comprender la compleja realidad, y más allá de verla en su integridad esférica, la analizamos como si fuera un plano segmentado arbitrariamente.

La propuesta, siguiendo a Immanuel Wallerstein es abrir las fronteras de las ciencias sociales, derribar las murallas e incrementar y profundizar los intercambios y los caminos conjuntos entre las diversas disciplinas, dentro de las cuales es fundamental incluir a la historia. Continuando con la metáfora, el camino está marcado por la progresiva multiplicación de las aristas, es decir, de los puntos de encuentro en el estudio de la realidad. Conforme más aristas tengamos, más nos estaremos acercando al círculo ideal de las ciencias sociales unificadas, donde las disciplinas se tocan en todos sus puntos permanentemente.

No sé si la primera, pero al menos sí una de las más sólidas barreras de la especialización que debemos derribar por completo es aquella que divide a las ciencias sociales de la historia, sosteniendo que la ciencia no requiere del estudio del pasado para comprender la realidad. Hay que derribar el viejo muro newtoniano que al señalar que el tiempo no es un factor relevante para la generalidad que persigue la ciencia provocó este profundo alejamiento. Destruir las paredes que someten a la ciencia social a la inmediatez, a los métodos cuantitativos y al empirismo. Logrado esto, vencemos también uno de los principales obstáculos que se interponen entre la ciencia política y la historia. En esta lucha, los trabajos desarrollados por Peter Burke en defensa del acercamiento entre teoría social e historia, constituyen un fuerte apoyo.

En el último apartado de este capítulo desarrollo con cierto detalle las propuestas metodológicas de la escuela historiográfica de los *Annales*, también llamada *historia social* o *nueva historia*, que promueve una revolución de la disciplina. Este movimiento constituye una clara muestra del impulso que para la apertura franca de las ciencias sociales, puede implicar el derrumbe del muro que existe entre estas disciplinas y el pasado. Convencido de que la historia sólo puede crecer hacia un mejor análisis del pasado en colaboración con las nacientes ciencias sociales, los historiadores de esta escuela han procurado, desde hace varias décadas, un acercamiento con las nuevas ciencias y la participación estrecha de sociólogos, geógrafos, economistas, lingüistas, entre otros científicos sociales, en esta tarea. El trabajo advierte que normalmente no se ha incluido en esta lista a los politólogos.

La propuesta de los *Annales* no queda en buenos deseos, ni en golondrina que no hace verano. Son diversos los ejemplos que a lo largo de más de 70 años, han producido

investigaciones significativas donde la colaboración interdisciplinaria es una realidad, desarrollando diversas aristas en las que se entrecruzan las disciplinas: la historia social, la historia económica, la geografía histórica, la antropología histórica, la historia cultural, son ya lugares comunes, según la expresión de Peter Burke.

El éxito que obtiene en este esfuerzo la nueva historia, no recae en el voluntarismo de sus integrantes, sino en las propuestas metodológicas que plantean para el estudio del pasado y que exigen y permiten esta colaboración. Lo exigen porque los *Annales* se plantean como objetivo una historia analítica, que en contraste con la historia política del pasado, abarque las distintas esferas de la sociedad, lo social, lo económico y lo cultural; una historia que no narre los hechos sino que analice los fenómenos y los interprete en su complejidad, para lo cual se apoya en el instrumental desarrollado por las ciencias sociales. Asimismo lo permite, porque el postulado de la larga duración del tiempo y la lentitud con que se mueven las estructuras económicas y mentales de la sociedad, diluye la distinción entre el pasado y el presente, hasta hacerla imperceptible.

En suma en el primer capítulo, se señala que ya existe una tradición de pensamiento muy fuerte que viene pujando por la convergencia en las ciencias sociales; que existe una corriente que desde hace décadas viene señalando la importancia de la historia para la ciencia social; que contamos con el ejemplo de una tradición al interior de la historiografía que viene impulsando consistentemente una nueva forma de hacer la historia donde la participación de las ciencias sociales juega un papel fundamental. Con estos antecedentes contamos con una base sólida para impulsar la multiplicación de las aristas en el círculo de las ciencias sociales donde historia y ciencia política sean protagónicas. Sin embargo los politólogos hemos estado ausentes.

El segundo capítulo pretende dar continuidad a la propuesta de una mayor vinculación entre la ciencia política y la historia en el contexto de unas ciencias sociales de puertas abiertas, estableciendo espacios concretos de estudio del pasado en los que ambas disciplinas pueden desarrollarse con plenitud. El espacio por excelencia que se propone es la nueva historia política en la que el análisis de los fenómenos políticos del pasado participa de la propuesta metodológica impulsada por la nueva historia.

Esta nueva historia política busca revertir el hecho de que dentro de los lugares comunes que se han desarrollado por el impulso de la historia social, no encontramos de manera destacada

el de la historia política, ni la participación sistemática de la ciencia política. Como se explica en el segundo capítulo de la tesis, la historia política tradicional fue el principal blanco de las críticas desarrolladas en las primeras dos generaciones de los *Annales*. La nueva escuela nació y creció en contra de todo aquello que era identificado con la política, con la narración de los acontecimientos protagonizados por los príncipes, los ejércitos y el Estado.

Como resultado, la historia política se quedó al margen de la revolución historiográfica francesa, y con ella quedó también olvidada la participación de la ciencia política del gran esfuerzo realizado en pro de la unificación de las ciencias sociales con la historia. Cabe señalar que este rechazo a la historia política también fue compartido por otra corriente de gran relevancia para la historiografía del siglo XX, como lo fue el marxismo¹. No puedo más que reconocer el gran defecto que implica en este trabajo la ausencia de una referencia mayor entorno a la historia marxista, cuya propuesta teórica y metodológica sería un gran aporte en la construcción de una nueva historia política y social.

Por supuesto, la historia política no desaparece por el rechazo de estas dos influencias corrientes historiográficas y sigue un desarrollo significativo en diversas partes del mundo. Sin embargo lo que se destaca en esta parte del trabajo es su alejamiento inicial respecto a los *Annales*, así como la poca participación de la nueva historia, en el análisis de aquellos fenómenos históricos donde la política jugó el papel protagónico. Esta ausencia es un área de oportunidad, un nicho donde podemos renovar la relación existente entre la ciencia política y la historia. Se propone entonces el desarrollo de una nueva historia política que desde los postulados teóricos y metodológicos de la historia social, realice una relectura de los hechos políticos del pasado, con una visión integral, analítica, crítica, recurriendo a una perspectiva amplia del tiempo, apoyándose en el marco conceptual y en los instrumentos de análisis de la ciencia política.

El principal obstáculo al que se enfrenta esta propuesta es una concepción obsoleta del poder político que tiene un gran peso entre los historiadores y que ya fue superada desde hace mucho tiempo al interior de la ciencia política. Por ello, la renovación y transformación de la

¹ No todos los marxistas desprecian a la historia política como parte fundamental del análisis del pasado, el mismo Karl Marx reconocía la centralidad de la política y su análisis histórico para la comprensión de las sociedades del presente, por ejemplo en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Sin embargo, es posible señalar que la corriente dominante del marxismo durante el siglo XX, cerró su análisis al estudio de la estructuras desdeñando todo aquello vinculado a la superestructura, entre ello a la historia política.

historia política tiene como punto de partida un concepto más amplio del poder político que va más allá del Estado.

En la segunda parte de este capítulo se establecen algunas características de una moderna concepción de la política mucho más flexible. En ésta se reconoce con claridad que el Estado no es el único actor relevante en el estudio del poder político y que en ocasiones no es el más importante. La ciencia política ha desarrollado nuevos términos, identificado nuevos sujetos y nuevos temas de estudio, que llevados al campo de la historia abren nuevas vetas para el desarrollo de la nueva historia política.

La propuesta de una nueva historia política cercana a la historia social no es planteamiento que me pertenezca, es un objetivo que se han formulado ya algunos historiadores desde hace años, y que en los años más recientes ha sido espacio de diversos trabajos. Los primeros esfuerzos al interior de los *Annales* por renovar el estudio de la historia política integrando los avances metodológicos que se dan en el movimiento de la nueva historia, surgen fundamentalmente a partir de la década de los setenta, teniendo a Jaques Julliard y a Jaques Le Goff como algunos de sus principales impulsores.

Destaca de estos autores la invitación explícita que formulan para que la ciencia política sea un actor central en la renovación de la historia política. Sin embargo, la renovación de la ciencia política no adquiere fuerza sino a partir de 1989 y en ella, la ciencia política no ha jugado un papel central. Considero que la responsabilidad central de esta pobre intervención de la ciencia política es responsabilidad de los politólogos que no hemos aceptado del todo la invitación y seguimos muy distantes de la historia.

Finalmente para cerrar este segundo capítulo identificamos cuatro experiencias teóricas y metodológicas que, por sus aportaciones, son de gran relevancia para el desarrollo de una nueva historia política. En primer lugar se considera fundamental que este espacio de conexión entre ciencia política e historia retome plenamente el planteamiento de la larga duración en la interpretación del pasado y en el análisis del presente, así como revalorar la importancia de los acontecimientos en su relación con el cambio y la permanencia. Reconocer el peso de las estructuras sin dejar a un lado al sujeto y la acción social. Adoptar los conceptos de la larga duración, de la permanencia de estructuras y mentalidades más allá de los cambios políticos visibles (revoluciones, transiciones, alternancias) nos proporciona una herramienta de gran valor

para la historia política y la ciencia política. El mundo de la política está lleno de fenómenos que se mueven en el tiempo con movimientos más lentos y que no podemos entender con plenitud si nos disociamos de la historia.

En segundo término se sugiere rescatar los planteamientos desarrollados por la historia de las mentalidades, la cual coincide plenamente con la historia política tanto en los temas de estudio que comparten como en la pugna por una revalorización del sujeto. Como se desarrolla en este apartado, el campo de estudio de la cultura política es un espacio que puede servir como ejemplo de intercambio entre la historia y la ciencia política: por un lado nuestra disciplina ha hecho un esfuerzo significativo para establecer un marco conceptual y una metodología que permite el análisis profundo del imaginario político; por otro lado, este campo requiere dar mayor profundidad a sus investigaciones revalorando el estudio histórico de las mentalidades. La cultura política debe poner especial interés en la larga duración porque las mentalidades suelen moverse con mayor lentitud que los acontecimientos políticos, por lo que en su análisis conviene alejarse de una visión centrada en el presente y apoyarse en el estudio del pasado.

Las ideologías como parte de la historia de las mentalidades son un componente de especial importancia en el análisis de lo político, y su estudio a través de la historia es otro camino que debe explorar la historia política con la participación de la ciencia política. Las ideologías forman parte central del imaginario político, de la disputa por el control social, de la legitimidad, de la estabilidad de la hegemonía o de la crisis. Su estudio, por lo tanto, recae necesariamente en la nueva historia política.

Finalmente se presenta como cuarto ejemplo a la historia de las teorías políticas como un esfuerzo de lectura del pasado que nos ayuda a la comprensión de la teoría política contemporánea. No es un esfuerzo que atañe exclusivamente a los historiadores, sino de forma particular a los teóricos políticos. Esta es una lección que debe aprender la ciencia política. Retomar este ejemplo tiene especial relevancia porque el instrumental desarrollado para el análisis de los textos teóricos del pasado resulta de suma utilidad para la lectura crítica de los libros de historia, pues estos son, inevitablemente, textos políticos que participan del debate ideológico de su tiempo.

Cuando el historiador francés François Dosse habla de un “espectacular retorno a lo político”, identifica 4 vías de renovación, las cuales coinciden, en general, con las líneas de

trabajo posible para la nueva historia política que yo menciono. Dosse se refiera a: 1. La historia de los acontecimientos políticos, que según propongo debe coincidir con la historia de la larga duración; 2. La historia conceptual de lo político, identificada con la historia de las ideas políticas; 3. La historia simbólica de lo político que está vinculada directamente con cultura política y las mentalidades, y finalmente, menciona una cuarta vía, que yo incluyo, que se refiere a la historia del tiempo presente o historia inmediata. Esta última, es una gran ausente en mi trabajo porque constituye quizá el espacio por excelencia en el que la ciencia política y la historia se confunden totalmente.

Como se adelantó, el capítulo tercero de este trabajo, a diferencia de los capítulos que le anteceden, se aboca a reflexionar sobre la función social y la función política de la historia es decir, el papel que juega la interpretación del pasado en las relaciones sociales y políticas del presente. Considero que éste es un aspecto central a considerar para comprender las relaciones existentes entre la historia y la política, de las cuales la ciencia política debe dar cuenta.

En este apartado la historia no es sólo la ciencia que estudia el pasado y que en ese objetivo debe coincidir con la ciencia política, la historia es también la interpretación del pasado que tiene consecuencias políticas específicas y que, por ello, se convierte en un instrumento de la política, sometido a la disputa por el poder. En este sentido la escritura de la historia es un objeto de estudio de la ciencia política, un nicho en el que puede coincidir con la historia de las ideologías y de las mentalidades.

Como recurso de apoyo para distinguir a la historia como ciencia de la historia como integrante de la ideología recurro a la construcción artificial de dos objetivos distintos que puede perseguir el historiador al acercarse al pasado. Señalo que la interpretación del pasado puede estar orientada por un objetivo científico y por otro político; uno persigue el conocimiento, el otro la dominación; el primero tiene como meta la objetividad (lo cual no implica la neutralidad y no niega la subjetividad en la investigación), el segundo la legitimidad del proyecto político. Para la ciencia política uno es método de investigación, el segundo es objeto de estudio.

Esta división supone intencionalidades en el uso de la historia que son cruciales en el momento de establecer contacto con el pasado. Pero más allá de las intenciones, la historia, escrita para la ciencia o para la política, cumple siempre, más allá de la voluntad de quien la

escribe, una función social, porque la forma en que miramos y recordamos nuestro pasado influye en el modo en que los individuos y los grupos perciben y viven su mundo.

Un concepto siempre vinculado al de historia, sobre todo en lo que se refiere a la presencia de ésta en las mentalidades, es el de la memoria. Considero que la distinción entre ambos conceptos, historia y memoria, aporta elementos de gran utilidad para la discusión sobre la función social y política de la interpretación del pasado en el presente. La memoria es la forma en que vivimos permanentemente nuestro pasado, está dentro de las mentalidades, pertenece al individuo y a la comunidad. La historia, por el contrario está afuera y no necesariamente es adoptada por los grupos de la sociedad. Aunque la historia no pertenece a las mentalidades sí influye sobre ellas, sea como conocimiento o convirtiéndose en memoria colectiva. Historia y memoria se influyen mutuamente, se confrontan, se asimilan y se niegan.

Respecto a la función política de la historia este trabajo reconoce que toda interpretación del pasado tiene una función política, vinculada fundamentalmente a la legitimidad del régimen político o a su crítica. Desde este espejo, la historia es un instrumento de dominación o de revolución porque es un integrante central de la ideología. Aunque la *historia científica* participa de esta función, es mucho más claro su papel ideológico cuando el pasado se interpreta desde la política, en apoyo de la disputa del poder.

En este último capítulo, al definir a la historia desde la política como un elemento central del aparato ideológico, se identifican diversas tareas específicas que debe cumplir y a las cuales debe someterse la interpretación del pasado: el objetivo es guiar los comportamientos políticos, garantizar el dominio ejercido con legitimidad, consolidar la hegemonía cultural. El resultado es que la escritura de la historia se convierte en una arena de la disputa política.

Como se desarrollará en las últimas páginas de este trabajo en esta disputa por el control del pasado en función del proyecto político del presente, la historia queda completamente subordinada a la ideología: la verdad es la que imponen los vencedores, los hechos que se retoman son los que coinciden con ésta, quedando las otras partes del pasado marginadas, pero no necesariamente en el olvido. Considero que esta disputa ideológica por la historia, la forma en que se traduce en textos específicos, los medios por los que se impone la versión triunfante, son temas de gran interés para la nueva historia política y para la propia ciencia política.

Acercándonos a una respuesta a la segunda pregunta inicialmente planteada, ¿por qué es necesaria una relectura de nuestra historia?, propongo una relectura crítica de nuestro pasado, identificando como blanco de nuestra crítica la historia patria que impone el Estado-Nacional sobre las otras historias nacionales. Frente a esta disputa entre diversas miradas al pasado, el Estado que busca la centralización del poder y la construcción de una Nación única, homogénea y, sobre todo, unida, procura imponer su ideología, el nacionalismo, y como parte de ella la historia nacional. Quien detenta el poder del Estado es la nación triunfante, y desde esa hegemonía enseña su propia versión de los hechos del pasado.

El nacionalismo se impone sobre otras ideologías asimilándolas y/o oprimiéndolas. Esta es una acción eminentemente política, que sólo se puede explicar a la luz de la disputa por el poder, del triunfo o la derrota. Como resultado nos enfrentamos a una historia nacional excluyente, incompleta, maniquea, engañosa, opresora e inconsistente. Historia que al ser asimilada por los individuos, tiene efectos concretos sobre la cultura política que deben ser analizados.

Más allá de la historia oficial que se enseña a los niños y se conmemora en las fiestas patrias, más allá incluso de la memoria de los individuos y de los pueblos, está la historia, lo que sucedió en el tiempo y que deja su huella y permanece en las instituciones, en las mentalidades y en las estructuras. Una historia que existe aunque no se le escriba, aunque no se le recuerde. Como se desarrolla hacia el final del trabajo, recuperar esta historia oculta se justifica por dos razones, en primer lugar, porque es justo en el marco de una sociedad que se pretende liberal y por tanto respetuosa y tolerante de las diversas identidades que la componen. En segundo lugar, porque es necesario para la comprensión integral de nuestro presente, conocer el pasado en su complejidad. Los hoyos negros del pasado obscurecen el presente.

Por ello el planteamiento final de este trabajo está destinado a proponer la necesidad de una relectura crítica de nuestra historia, que parta de la crítica a la historia patria, del reconocimiento de la pluralidad en nuestro pasado y se construya desde la aquí llamada nueva historia política. Rechazo la idea de una historia única porque no contribuye a enfrentar los retos y conflictos de la pluralidad social y política que está explotando en México. Insisto en que la tarea fundamental de esta relectura es ayudarnos a comprender el presente y a construir un mejor futuro, la relectura que hagamos no debe subordinarse de ninguna forma a ningún proyecto político.

Tres razones se desarrollan en este capítulo que sugieren la conveniencia de una relectura de nuestro pasado en la que participe la ciencia política: En primer lugar porque la lectura crítica de la historia patria es un medio para el análisis del nacionalismo mexicano, su discurso, sus instituciones, sus exclusiones, ayudan a comprender la ideología dominante del Estado mexicano durante el siglo XX. El análisis de la historia patria nos puede ayudar a conocer con mayor profundidad las líneas rectoras de la ideología de quien ejerce la hegemonía cultural. Especialmente interesante es identificar el concepto de nación que encierra y entorno al cual pretende formar a la sociedad.

En segundo lugar, porque una historia escrita a partir del ocultamiento no ayuda a comprender el presente. Al proponer una relectura que tenga como meta la objetividad, no pretendo que la historia no cumpla una función política, que sea imparcial o neutra, lo que se propone es que ésta se escriba apoyada en un aparato metodológico que ya ha sido descrito, teniendo como objetivo la comprensión global del pasado, la incorporación de los otros, la pluralidad y la diversidad nacional. Conocer lo que sucedió realmente y como se le interpretó desde diversos puntos de vista.

La tercera razón es que el presente nos plantea nuevas preguntas sobre las realidades que enfrentamos cuyas respuestas deben pasar, necesariamente, por el análisis histórico. El presente cambiante, invita a una relectura permanente del pasado. Especialmente cuando se han experimentado cambios importantes en la forma de hacer política en nuestro país y en el mundo en general, se hace necesario mirar a nuestra historia desde esta realidad. Los conflictos y las preguntas del hoy hacia al pasado son muy diferentes y por ello se justifica una relectura política de nuestro pasado.

El historiador norteamericano Eric Foner nos muestra que la necesidad de relectura del pasado es un fenómeno que está atravesando a un mundo en transformación que cuestiona su propia historia “universal”, que se concentra en el pasado de Europa y Estados Unidos. Foner se pregunta ¿quién es el poseedor de la historia? Lo son nuestros antecesores que ya la escribieron o nosotros que la rescribiremos, los reformistas o los conservadores, los vencedores o los vencidos, los privilegiados o los excluidos. En realidad lo somos todos y no lo es nadie, el pasado está ahí con sus datos y sus vestigios, con sus historias y referencias, con sus permanencias y sus cambios, abierto a que podamos aprender de él. La interpretación de la historia se encuentra

sujeta a un permanente debate, a una disputa, que no sólo es intelectual, sino también política, que no sólo se da en la academia, sino también, y esto es una característica novedosa, en los medios masivos de comunicación, que por lo tanto no es cosa exclusiva de historiadores sino también de científicos sociales y de toda la sociedad.

CAPÍTULO I

HISTORIA²: MAESTRA DE LA CIENCIA POLÍTICA.

1. SOBRE LA RELACIÓN ENTRE CIENCIA POLÍTICA Y HISTORIA.

La política y la historia, como espacios de la actividad social e intelectual de los hombres, han estado vinculadas indisolublemente desde su nacimiento; a lo largo de los tiempos, la historia ha sido considerada por diversos pensadores como *maestra de la política*. Aunque en diferentes sentidos, varios estudiosos de la política han coincidido en considerar al conocimiento de nuestro pasado como fundamental para comprender y enfrentar de mejor manera las cuestiones políticas en el presente; a continuación algunos ejemplos: “El saber histórico prepara para el gobierno de los estados”, sentenciaba Polibio; “gran consejera y orientadora” llamó a la historia Eneas Silvio; “la historia es maestra de la vida” pronunció Cicerón; según el padre de la ciencia política moderna, “es fácil a quien examina las cosas pasadas, prevenir en toda república las futuras y aplicar aquellos remedios que han sido usados por los antiguos... por la semejanza de los accidentes”, en este sentido Maquiavelo proponía a la materia histórica como fundamental para el arte de gobernar; “Si la experiencia de lo pasado es en todas las cosas la guía más segura para lo venidero, en materias políticas ella es casi la única regla que pueda adoptarse con confianza...”, por ello para Lucas Alamán, máximo representante del pensamiento político conservador en México durante el siglo XIX, el estudio profundo de la historia era indispensable tanto para los gobiernos como para los pueblos.

Si bien son varios y diversos los teóricos y políticos que reconocen explícitamente la riqueza de la historia para el conocimiento del poder y la acción política, no todos identifican esta riqueza en un mismo sentido. Para algunos autores la historia es maestra de la política porque consideran que los acontecimientos se repiten cíclicamente, por lo que basta con echar un vistazo al pasado para identificar el ejemplo a seguir o para no repetir los mismos errores; otros

² En nuestro idioma la palabra “historia” enfrenta un problema semántico que no debe soslayarse cuando nos referimos a ella: “historia” tiene al menos dos significados: por historia entendemos en primer lugar lo que sucedió, es decir, el conjunto de acontecimientos del pasado y su desarrollo; por otro lado, con “historia” también nos referimos a la narración de lo que sucedió. A esta última acepción pertenece la historia como disciplina del saber humano, según la definición de Marc Bloch, “la ciencia de los hombres en el tiempo”. La historia es maestra de la ciencia política en estas tres acepciones, como lo sucedido, como su narración y como disciplina del saber humano.

estudiosos coinciden con Heráclito en que “es imposible bañarse en el mismo río dos veces”, sin embargo el conocimiento del pasado es una fuente de experiencias inequívoca para los gobernantes, porque a pesar de que la historia no se repite en forma idéntica sí es posible reconocer situaciones de condiciones similares (aunque las aguas no sean las mismas, el río ocupa el mismo sitio); en este sentido, algunos consideran que el pasado es el único laboratorio al que pueden recurrir las ciencias sociales, cuyos hechos empíricos se convierten en las pruebas útiles para la demostración de las leyes generales que rigen el comportamiento político de los hombres (leyes que permanecen en el tiempo); hay quienes sostienen que las cuestiones trascendentales que la sociedad ha enfrentado a lo largo de su historia permanecen por ser consustanciales a la naturaleza del hombre, el hombre en su esencia no ha cambiado y por tanto, las enseñanzas del pasado no pierden vigencia.

En los casos antes mencionados, lo realmente relevante de la historia no es el *tiempo* sino los hombres y sus acciones por sí mismas. Las enseñanzas del pasado provienen de la humanidad y están ahí para que uno las tome o las ignore. Si la segunda opción es la elegida, la advertencia está señalada claramente: la historia se repite pero como parodia, los errores del pasado se repiten pero con fatales consecuencias para quienes no toman en cuenta la historia.

Para otros, el estudio de la historia es significativo, no por la repetición, sino por la presencia del pasado en el presente. Aquí el tiempo se convierte en uno de los protagonistas, el tiempo que dura y nos alcanza, querámoslo o no; el pasado que vive, que no ha muerto, a diferencia del pasado que resucita. En lo particular, reconozco en esta forma de observar al pasado a una maestra más didáctica y activa. No comparto una posición de determinismo histórico absoluto, que anula la posibilidad de la libertad del hombre y la sociedad como constructores de su propio destino, sin embargo creo firmemente que el pasado influye y determina al presente y a nuestras posibilidades de futuro.

Sea porque se repite o porque permanece, sea por el cambio o la continuidad, el hecho es que la historia ha sido considerada siempre asunto central para la política y para sus estudiosos.

De manera más específica la historia no sólo es maestra de la política –de los políticos–, sino también, y sobre todo, de quienes nos dedicamos a su estudio. Bajo este principio, el título de este capítulo, *historia: maestra de la ciencia política*, resume el objetivo que motiva a esta primera parte del trabajo y en general a la presente investigación, la cual busca reconocer la

importancia del estudio de la historia dentro de la ciencia política como fuente de conocimientos indispensables en el análisis de los asuntos políticos, y demostrar la necesidad y pertinencia de que los estudiosos de la política participemos, desde nuestro campo del saber humano y desde los caminos para estudiar la realidad que dentro de nuestra disciplina se proponen, del esfuerzo por comprender nuestro pasado y su relación con nuestro presente, es decir, que participemos de la historia (como disciplina), en particular de la historia política, la cual, como veremos adelante, atraviesa un periodo de transformación relevante en sus métodos y objetos de estudio, transformación en la que la ciencia política debe involucrarse con mayor protagonismo.

Aunque el reconocimiento de la historia como maestra de la política ha sido una constante en diversas sociedades, la ciencia política en ocasiones parece dejar a un lado esta premisa y alejarse del estudio del pasado. Me parece, que dentro de nuestra disciplina vivimos actualmente un distanciamiento de la historia, y es desde este estado de donde se hace necesario para el politólogo replantearse algunas preguntas: ¿Por qué es fundamental el estudio histórico para una ciencia que busca la comprensión de los fenómenos políticos del presente? ¿Por qué debiera nuestra ciencia, ocupada del mundo contemporáneo, dedicar parte de su esfuerzo intelectual al pasado? ¿qué relevancia tiene para “el hoy” conocer y entender lo que sucedió hace 20, 50, 100 ó más años? ¿Puede ser reconocido dentro del campo disciplinario de la ciencia política un trabajo que se encarga de estudiar fenómenos del pasado, como es el caso de la exclusión del pensamiento político conservador hacia finales del siglo XIX, por poner sólo el ejemplo que motivó inicialmente el desarrollo de esta tesis? ¿El análisis de los hechos políticos del pasado representa una contribución interesante para nuestra disciplina, enriquece su acervo de conocimientos, nos ayuda a comprender la política actual y a enfrentar sus retos?

Aun si se demuestra la *utilidad* de la historia para la ciencia política, queda por responder, si no debiera ser el estudio del pasado una labor exclusiva de los especialistas en este oficio, es decir, del gremio de los historiadores y, en todo caso, el politólogo limitarse a recoger los resultados de los trabajos desarrollados por una disciplina que le es ajena en sus métodos y lenguajes, y que posee jurisdicción exclusiva en los estudios de los hombres en el pasado; ¿Con qué autoridad un politólogo puede o debe “entrometerse” en una labor que no coincide con su formación académica y, sobre todo, qué aportación puede hacer desde la ciencia política al análisis histórico?

Al releer estas preguntas me parecen tan evidentes sus respuestas, que pudiera resultar intrascendente dedicar este trabajo para desarrollarlas, como pretendo. Sin embargo, me parece, el estado actual de la ciencia política y en general de las ciencias sociales, hacen relevante el esfuerzo por demostrar la vigencia de la milenaria idea de que la historia es maestra de la ciencia política y que, “pese a los viejos y nuevos intentos por separarlas como disciplinas autónomas”³, siguen indisolublemente asociadas. El convencimiento de que nuestra disciplina comete un grave error cuando intenta divorciarse de la historia, el interés por explorar las formas y vías de coincidencia entre historia y política, sus espacios de encuentro y desencuentro, así como la confianza de poder encontrar en el estudio del pasado elementos para construir respuestas más acertadas de nuestro presente y utopías propias que orienten la acción de futuro, conforman el espíritu que conduce este trabajo.

³ De la Garza, Luis Alberto. “Historia y Política: ¿Matrimonio sin divorcio?”. En *Estudios Políticos*, vol. 6, No 4, octubre-diciembre 1987, FCPyS-UNAM. P. 5

2. POR UN MERCADO COMÚN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Ser histórico no es propiedad exclusiva de las personas llamadas historiadores, es una obligación de todos los científicos sociales. Ser sociológico no es propiedad exclusiva de ciertas personas llamadas sociólogos sino una obligación de todos los científicos sociales. Los problemas económicos no son propiedad exclusiva de los economistas, las cuestiones económicas son centrales para cualquier análisis científico-social y tampoco es absolutamente seguro que los historiadores profesionales necesariamente sepan más sobre explicaciones históricas, ni los sociólogos sepan más sobre los problemas sociales, ni los economistas sepan más sobre las fluctuaciones económicas que otros científicos sociales activos. En suma no creemos que existan monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimiento reservadas a las personas con determinado título universitario.

Immanuel Wallerstein *Abrir las Ciencias Sociales*

La pregunta inicial planteada en la introducción es si la ciencia política debe participar de manera más protagónica en la investigación histórica o, desde el otro lado de la moneda, si el análisis del pasado debe tener un mayor peso en la explicación de nuestro presente en la formulación de proyectos de futuro. La hipótesis, obvia, es que sí. El objetivo es defender esta hipótesis y convencer sobre su verdad: por qué sí, y cómo podemos lograr esta mayor hermandad entre ciencias.

Me parece que esta pregunta está inevitablemente inserta en una reflexión más amplia que tiene que ver con las relaciones vigentes al interior de las ciencias sociales. El divorcio entre ciencia política e historia no es una situación *sui generis*, sino una constante en la convivencia de las disciplinas que estudian a los hombres y a las sociedades. La frontera entre las disciplinas que son centro de esta investigación no puede ser vista al margen de una organización académica de muros y feudos. Por ello sostengo que no conviene hacer una referencia aislada sobre la relación entre historia y ciencia política, que la crítica y la propuesta se deben dirigir a la forma en que está segmentado nuestro análisis de la realidad social, en general. Si se reconoce que el esfuerzo por conocer a nuestro mundo y por conocernos a nosotros mismos exige que las

relaciones entre las ciencias deben ser intensas y permanentes, tendríamos entonces que cuestionar y transformar el modo medieval en que los centros de enseñanza y de investigación están organizados y divididos en feudos de conocimiento, en gremios de investigadores que pretenden descuartizar la realidad para analizarla, paradójicamente, en su totalidad. Finalmente, la pregunta inicial que incumbe a la ciencia política y a la historia puede replantearse, con mucho mayor amplitud y con consecuencias más radicales, en el siguiente sentido: debemos movernos en los límites estrictos que nos impone una parcelización disciplinaria que entiende a cada una de las ciencias sociales como ramas del saber autónomas e independientes entre sí, cerradas a las teorías y métodos de otras ciencias; o por el contrario, elegimos explorar y ejercer caminos de encuentro entre estas áreas del conocimiento humano.

No es suficiente concluir en la premisa de una mayor convergencia entre las disciplinas, la relación es mucho más compleja, intensa, confusa y conflictiva, como para resolver así el problema. Una crítica detallada al estado actual de las relaciones entre las ciencias y una propuesta acabada sobre cuál debería ser el camino a seguir para modificar este estado, serían meritorios de una amplia y concienzuda investigación, la cual no es el objeto de este estudio⁴. Sin embargo, me parece importante presentar algunas ideas en torno a este asunto y definir mi posición a favor de unas (una quizá) ciencias sociales mucho más integradas, posición en la que inevitablemente participaría una ciencia política en matrimonio con la historia y en la que esta relación podría encontrar fructíferos caminos de investigación.

Al criticar la fragmentación disciplinaria de las ciencias sociales y colocarme del lado de una mayor integración de éstas, tomo como referencia fundamental el esfuerzo interdisciplinario que Immanuel Wallerstein emprendió, junto con otros destacados estudiosos, para analizar las condiciones históricas y la situación actual de la relación (confrontación-cooperación) entre las diversas ciencias. Como resultado de este esfuerzo se generó una serie de propuestas que, más que soluciones, generan invitaciones para que el investigador en lo individual y la ciencia en su conjunto, se aventuren a la tarea de *abrir las ciencias sociales* a otras disciplinas, a otros mundos, a otros métodos.

⁴ Para una propuesta sumamente interesante en este sentido, veáse el trabajo de Peter Burke, Historia y Teoría Social. Instituto Mora, 1997, México y la obra coordinada por Immanuel Wallerstein Abrir las ciencias sociales. Siglo XXI, 1996, México. Es fundamental también el exhorto a favor del mercado común de las ciencias sociales que realiza Fernad Braudel a lo largo de su trabajo académico, resumida en el ensayo “Historia y Ciencias Sociales: La larga duración” (1958)

Para explicar la situación actual de distanciamiento en que se encuentran las ciencias sociales, Wallerstein recurre al análisis histórico, argumentando que el contexto en que se gestan y nacen estas disciplinas, ayuda a comprender el aislamiento imperante y los retos que se deben de enfrentar para cambiar esta situación. Por un lado, tenemos el triunfo de un concepto de ciencia que se impuso en el mundo occidental desde el siglo XVIII, primero en las llamadas ciencias naturales para extenderse más tarde a las ciencias sociales. Este modelo de ciencia triunfante y hegemónico, se sostiene sobre el paradigma newtoniano que supone una simetría entre pasado y futuro, y el dualismo cartesiano que separa definitivamente a la naturaleza y a los hombres. Sus principios básicos son la secularización (racionalidad) del conocimiento, la centralidad de la validación empírica y del método experimental y la búsqueda permanente de las leyes universales (naturales), que independientemente del tiempo y del espacio, rigen tanto el comportamiento de la naturaleza como la del hombre. Como consecuencia de este modelo, la ciencia debía distinguirse claramente de la historia y de la filosofía, así como de cualquier otra actividad intelectual que no encuadrara dentro de los principios mencionados.

Por otro lado, en lo que se refiere específicamente al nacimiento de las ciencias sociales durante el siglo XIX y XX (la economía, la sociología y la ciencia política), está marcado por la disciplinarización y profesionalización que caracteriza en general a la historia intelectual del siglo XIX. Desde su nacimiento, estas tres disciplinas a las que se refiere Wallerstein surgen con el claro objetivo de constituirse y ser reconocidas, en primer lugar, como verdaderas ciencias responsables del estudio de las sociedades –según el concepto predominante de ciencia ya descrito–; en segundo lugar, como disciplinas autónomas, frente a las tradicionales disciplinas no científicas que estudiaban a la sociedad, como la historia, la filosofía o el derecho, y autónomas también entre sí mismas; y, finalmente, como disciplinas empíricas preocupadas por las sociedades del presente –en claro distanciamiento con el estudio del pasado.

El esfuerzo inicial de nacimiento debía concluir en la institucionalización de estas características científicas, formalizadas y materializadas en un espacio propio al interior del mapa intelectual de la sociedad moderna, que cobrara vida material en los centros de enseñanza e investigación. Las nuevas ciencias exigían estar separadas intelectual y físicamente de otras facultades de artes y humanidades; buscaron la conformación de órganos de difusión especializados para su disciplina; y fundamentalmente, la obtención de presupuestos exclusivos. En suma, el triunfo de las nuevas ciencias sociales estaría consumado cuando la muralla que

protege sus fronteras de cualquier confusión o intromisión de otras disciplinas, estuviera sólidamente construida.

Según Wallerstein, a partir de 1945, las líneas divisorias que separan las ciencias sociales hacen crisis y se multiplican los diversos experimentos multidisciplinarios que cuestionan, no sólo las divisiones al interior de las disciplinas nomotéticas, sino en general los principios del modelo de ciencia dominante en occidente, es decir, la separación entre pasado y presente o mejor dicho, la indiferencia frente al pasado; la distinción evidente entre la naturaleza y el hombre; la universalidad de las leyes obtenidas por la razón; la objetividad como condición esencial de la verdad.

Un ejemplo evidente del cuestionamiento a la organización establecida al interior de las ciencias sociales lo encontramos en Fernand Braudel, quien en la posguerra aseguraba “hay una crisis general de las ciencias del hombre: todas ellas se encuentran abrumadas por sus propios progresos ... se preocupan no más que ayer de definir sus objetivos, métodos y superioridades...embrolladas en pleitos respecto entre las fronteras” que así mismas se quieren imponer.⁵

La realidad cruel y contradictoria de un mundo de barbarie que se imponía al progreso y a la modernidad, hizo evidente que la Ciencia estaba sostenida sobre cimientos muy débiles. La fragilidad de estos principios obligó y sigue obligando, como lo propone Wallerstein, a analizar las premisas teóricas dominantes en busca de supuestos *a priori* no justificados y someter a las ciencias sociales a una profunda y continua evaluación, e incluso reelaboración de todos aquellos puntos impregnados de una ideología determinada que obstaculizan un conocimiento amplio de la realidad.

Aunque a pocos convence la organización actual de las ciencias sociales, en las instituciones académicas, especialmente en lo que se refiere a los centros de enseñanza y formación de científicos sociales, sigue vigente un esquema que dificulta, por decir lo menos, la interacción entre diversas disciplinas, rechaza el acercamiento con el estudio del pasado, desacredita la incertidumbre y la diversidad en la interpretación. Por ello, puede afirmarse que la “reja protectora” que infunde temor en los estudiantes e investigadores de rebasar las fronteras, y que hace difícil el andar para aquellos que deciden cruzar las líneas, sigue en funcionamiento.

⁵ Braudel, Fernand. Braudel, Fernand, Escritos sobre historia. FCE, 1991, México. Pp.60-61

Wallerstein propone que la tarea de *abrir las ciencias sociales* debe ir dirigida a construir nuevos consensos heurísticos entorno a tres problemas fundamentales:

1. La relación entre el investigador y la investigación: Es necesario reconocer la inevitable subjetividad que impregna la observación del hombre sobre su realidad. En este sentido la *nouvelle alliance* (Prigogine y Stengers) proponen un *reencantamiento del mundo*, en respuesta al concepto weberiano de desencantamiento del mundo caracterizado por la búsqueda de la verdad objetiva, independiente de la religión o la ideología. No se trata, como expresa Wallerstein de “mover el péndulo al revés”, la objetividad debe seguir siendo un objetivo de la ciencia, pero debe de replantarse la forma en que es entendida. El reencantamiento propuesto:

Es un llamado a derribar las barreras artificiales entre los seres humanos y la naturaleza, a reconocer que ambas forman parte de un universo único enmarcado por la flecha del tiempo. Se trata de liberar aún más el pensamiento humano de la neutralidad propuesta por el positivismo, que más que liberar significa un obstáculo para el espíritu intelectual.⁶

2. El segundo problema que debe ser discutido es cómo reinsertar el tiempo y el espacio como variables constitutivas internas en nuestro análisis y no meramente como realidades físicas invariables que conforman el contexto autónomo del universo social.
3. En tercer lugar habrá que resolver el dilema sobre cómo superar las separaciones artificiales surgidas en el siglo XIX entre las áreas supuestamente autónomas del conocimiento humano (lo político, lo económico y lo social). Tratado en toda su profundidad este cuestionamiento exige como respuesta una reestructuración de las disciplinas y los centros de enseñanza e investigación

Volviendo a la pregunta inicial, es claro que la idea de la historia como maestra de la ciencia política, está metida en el centro de estos tres problemas y que la respuesta, tanto a la cuestión específica que se plantea en esta tesis como al objetivo más general que persigue el grupo de investigadores coordinados por Wallerstein, debe situarse dentro de la propuesta de un “mercado común”, sin *alcabalas*, de las ciencias sociales, que según lo propone el historiador

⁶ Wallerstein, Op. Cit. P. 108

francés Fernand Braudel, consiste en la institución de un inmenso debate general, que nunca se ha de cerrar, indispensable para el resurgimiento de las ciencias humanas.⁷

Por lo anterior, considero que buscar el acercamiento de la historia y ciencia política al margen de esta propuesta más global de reestructuración de las ciencias sociales sería quedarse a mitad de camino y desconocer las transformaciones que en las últimas décadas han sufrido ambas disciplinas, cada vez más vinculadas con otras ciencias y formas de conocimiento.

La actual fragmentación “aislacionista” del estudio del hombre y de la naturaleza limita la comunicación entre las ciencias al intercambio superficial de productos terminados, en las esporádicas reuniones multidisciplinarias, reuniones en las que cada disciplina ofrece su explicación del pedazo de realidad que le “pertenece”, para eventualmente intentar la imposible tarea de armar un rompecabezas formado por piezas cortadas en distintos moldes, que más que engranes parecen círculos impermeables que carecen de mecanismos de enlace. Este camino para estudiar la realidad nos enfrenta a “un diálogo de sordos”, como le llama Fernand Braudel, donde los participantes no comparten conceptos ni metodologías, “no hablan el mismo lenguaje” según lo expresa Peter Burke, se desconocen y desacreditan mutuamente.

La complejidad de la realidad exige un trabajo interdisciplinario mucho más profundo, que flexibilice al máximo los límites entre cada una de las ciencias sociales permitiendo la “intervención” permanente entre los diversos campos del saber humano, la participación de métodos, teorías, técnicas, interpretaciones, modelos, etc., de unas ciencias en otras. Es necesario, para una mayor comprensión de las sociedades y de nosotros mismos, un acercamiento entre las ciencias, en oposición a la costumbre académica de construir disciplinas independientes con campos de estudio cada vez más reducidos y exclusivos, tan particulares y tan aisladas de lo global, que resultan incapaces de explicarnos algo.

La ciencia política, como otras ciencias sociales, sufre de este aislacionismo voluntario. Ha llegado a esta instancia en gran parte como resultado de un esfuerzo obsesivo por encontrar reconocimiento como ciencia original, distinta de otras ciencias sociales, con un campo de estudio y metodología propios. Un ejemplo claro de esta posición, lo encontramos en Giovanni Sartori quien, no hace tantos años (1984), señalaba que no bastaba con demostrar que la política es diferente para garantizarle un espacio propio al interior de la ciencias sociales y conformar su

⁷ Braudel, Fernand, Escritos sobre historia. FCE, 1991, México. P. 58

autonomía, la independencia (seguir sus propias leyes) y la autosuficiencia (basta para explicarse a sí misma) de la disciplina son piezas claves del concepto de autonomía⁸. Pues precisamente en esta búsqueda identidad de una ciencia política que no está conforme con saberse diferente, que quiere demostrar su independencia y su autosuficiencia, nuestra ciencia comete, en muchas ocasiones, el gravísimo error de alejarse de la filosofía, del derecho, de la antropología, de la sociología, y por supuesto, de la historia, a tal grado de desconocerlas como de interés para el estudio de la política.

⁸ Para una exposición más amplia sobre la autonomía de la política como campo de estudio véase, Sartori, Giovanni. La Política: Lógica y método en las ciencias sociales. Ed FCE, 1984, México. P. 208

3. EL ABANDONO DEL PASADO

El trabajo que presento es en su conjunto un cuestionamiento al modo de pensar fragmentario vigente en nuestras disciplinas, un intento por participar de “una época de límites borrosos y fronteras intelectuales abiertas”, que se dirige hacia unas ciencias sociales unificadas, con una propuesta concreta de alianza entre ciencia política e historia. Es un ejemplo de las enseñanzas que puede arrojar la historia hacia la ciencia política, y a su vez, un esfuerzo por contribuir al estudio del pasado desde la teoría y la metodología de ésta. Se inscribe en la propuesta fundamental de Peter Burke, que en *Historia y Teoría Social* nos advierte que “sin la combinación de historia y teoría es difícil que podamos comprender ni el pasado ni el presente”⁹.

Esta convicción, me parece, no es la que domina actualmente en las ciencias sociales. Dentro de esta feudalización del saber humano, una de las barreras más graves que dificultan el desarrollo de las ciencias —que las encierra temporalmente es, a mi parecer, el desconocimiento del estudio del pasado como fuente fundamental para la comprensión del presente. Las diversas ciencias sociales han creído equivocadamente que hacerse meritorias del título de Ciencia las obliga a fundamentarse exclusivamente en los datos del presente, asegurando así su participación del método experimental, acercándose a la verificabilidad y certidumbre que caracteriza a las ciencias “duras” de la naturaleza¹⁰.

Según se propone desde esta perspectiva, las “ciencias” están obligadas a olvidarse del pasado y a demostrar con sus propios ensayos y con datos que provienen de éstos, las hipótesis que formulan. Sus leyes deben sustentarse en los experimentos del presente; si algo caracteriza a las ciencias naturales, se piensa, es la superación del pasado, la evolución del conocimiento que hace innecesario mirar atrás para explicar los fenómenos del presente (subyace en esta concepción de la ciencia la idea positivista del progreso). Según el empirismo la generación de

⁹ Burke, (1997) P. 30. Burke al referirse a la teoría social o a los “teóricos” a lo largo de su obra, parece no estar incluyendo a la teoría política y a la ciencia política, al menos no lo hace explícitamente como sí sucede con la economía, la psicología, la antropología, la sociología o la lingüística. Sin embargo me parece que sus argumentos pueden ser extendidos, en la mayoría de los casos, a nuestra disciplina.

¹⁰ Tal certidumbre y verificabilidad son sumamente cuestionadas al interior de las mismas ciencias naturales donde se acentúa la no linealidad sobre la linealidad, la complejidad sobre la simplificación, la imposibilidad de eliminar la participación de quien mide, donde la misma flecha del tiempo se ha convertido en un actor determinante e ineludible. Las leyes en las ciencias naturales parecen renunciar a las certezas y contentarse con enumerar posibilidades.

información a partir del estudio de fenómenos presentes se establece como una exigencia básica para cualquier disciplina que pretenda demostrarse como científica.

Wallerstein coincide en reconocer al abandono del pasado por parte de las ciencias sociales como uno de los candados que las mantienen encerradas en sí mismas. Como ya lo expresé anteriormente, una de las antinomias que caracterizan el modelo newtoniano de ciencia, es la oposición entre pasado y presente, o mejor dicho la indiferencia (o simetría) entre uno y otro. Para la ciencia, cuyo objeto es encontrar las leyes de la naturaleza, el tiempo no es un factor relevante porque su validez es permanente; no necesitamos distinguir entre pasado y futuro porque la verdad científica, como la divina, es eterna, atemporal. Así durante la primera mitad del siglo XX

La mayoría de las ciencias sociales nomotéticas acentuaban ante todo lo que las diferenciaba de la disciplina histórica: su interés en llegar a las leyes generales...la disposición de estudiar los fenómenos como casos...la deseabilidad de métodos científicos estrictos (empíricos-experimentales)...la preferencia sobre los datos producidos sistemáticamente... la necesidad de segmentar la realidad humana¹¹.

Peter Burke, historiador inglés que se identifica a sí mismo como muy cercano a la tradición de los *Annales*, nos muestra también como en diversas áreas del estudio de la sociedad existió durante gran parte del siglo XX “un viraje hacia el estudio del presente a expensas del pasado”. Burke se explica este viraje por la combinación de diversos factores: el traslado del centro de gravedad de las ciencias sociales de Europa a los Estados Unidos –donde el pasado no era tan importante y visible como en el viejo continente–; el desarrollo de disciplinas (la ciencia política entre ellas) que buscaban su independencia y profesionalización, especialmente su distinción con respecto a la historia que hasta entonces había dominado el estudio de las sociedades, y el ascenso del funcionalismo, por mencionar las más relevantes.

De este modo, los economistas se distanciaban del estudio del pasado en la búsqueda de una teoría económica más cercana a las matemáticas; psicólogos como Jean Piaget o Wolfgang Köhler decidieron “abandonar la biblioteca por el laboratorio”; antropólogos sociales como Bronislaw Malinowski o Franz Boas descubrieron la riqueza del trabajo de campo como vía para conocer otras culturas, reconociendo que la fuente fundamental de los datos con los cuales

¹¹ Wallerstein, Op. Cit. P. 35

trabajar debe ser ahora la sociedad contemporánea; para gente como Malinowski o Radcliffe-Brown el pasado estaba ya “muerto y enterrado” y no era útil para la comprensión del presente, así la antropología se presentaba como el estudio de “pueblos sin historia” según la definición de Eric Wolf. La llamada por Norbert Elías, “retirada de la sociología hacia el presente” resulta en la hegemonía de métodos cuantitativos y matemáticos sobre los análisis históricos y valorativos, por ejemplo, las encuestas pasaron a ser la espina dorsal de la sociología estadounidense. Los sociólogos generaban sus propios datos por lo que el pasado era desde ese momento en gran parte irrelevante¹².

Estos procesos en los que se desarrollaron métodos de análisis y teorías valiosas para las ciencias sociales “tuvieron su precio”: el resultado fue una estrecha visión de la realidad que excluía otros caminos valiosos para su comprensión, vinculados al estudio del pasado. Este “precio” lo siguen pagando unas ciencias sociales que siguen muy alejadas de la historia, a pesar de procesos posteriores que las han acercado.

La ciencia política no es ajena a este viraje hacia el presente, aquí también se ha experimentado como parte de la preocupación por demostrarse como Ciencia, la hegemonía de métodos cuantitativos, el empirismo dominante, la preponderancia de la escuela estadounidense, y, como consecuencia de ello, el alejamiento del pasado. La historia ya no es la única regla – como proponía Lucas Alamán–, y ni siquiera una de las fuentes importantes para la comprensión de los fenómenos políticos (basta echar un vistazo a los programas de estudio de las licenciaturas en ciencia política de nuestro país para descubrir el espacio cada vez más reducido que se asigna al estudio histórico). Este alejamiento es, en parte, resultado del interés de la disciplina por demostrar sus teorías y leyes generales y dar validez a sus predicciones, fundamentalmente a partir de los datos que le puede proporcionar la sociedad contemporánea, es decir por demostrarse como Ciencia, según el modelo positivista.

Como parte de este proceso, vemos que los métodos matemáticos, estadísticos y experimentales, el método comparado¹³, los modelos económicos de *rational choice* y la teoría de juegos, los estudios de opinión pública, por mencionar algunas de las fórmulas que se

¹² Peter Burke (1997). P.p. 22-24

¹³ Giovanni Sartori distingue al método comparado del método histórico porque el primero se despliega horizontalmente, en términos sincrónicos, dejando a un lado la variable tiempo; mientras que el segundo asume en cambio una dimensión longitudinal. En Sartori, Op. Cit. P.p. 261-267

convierten en el centro metodológico de nuestra disciplina, son consideradas las fuentes “científicas” que proporcionan datos desde el presente y sobre las que debe apoyarse la ciencia política.

De ninguna manera se pretende desconocer la utilidad de estos métodos en la comprensión de los fenómenos políticos, lo que se critica en este trabajo, es el hecho de que al dar prioridad a estos caminos, la ciencia política abandone y desconozca la validez que tiene el estudio de la historia para nuestra disciplina y pierda de vista su enorme riqueza, no sólo para la comprensión del pasado, sino, sobre todo, para contribuir a la comprensión y transformación de nuestro presente.

Peter Burke señala que existe una disputa inútil entre las diversas disciplinas, llena de descalificaciones, sobre quién es el abanderado de la “verdadera ciencia de los hechos sociales”. Esta pugna se acentúa en la relación con la historia y fortalece el “espíritu parroquial” que sufren tanto *teóricos* (científicos sociales) como historiadores, y que encierra a los primeros en el tiempo limitado de la experiencia contemporánea, sin poder tomar en cuenta los procesos de largo alcance; y a los segundos en un tiempo y espacio particulares desde donde no pueden acceder a las generalizaciones y a los modelos teóricos como herramientas para la comprensión de las sociedades¹⁴. Mientras que los teóricos concentrados en formular reglas generales hacen a un lado las estorbosas excepciones que nos presenta el estudio del pasado, los historiadores atentos a los detalles de un momento determinado, no recurren a las formulaciones generales de la teoría social para el análisis de las sociedades. La “fábula” de Francis Bacon que resume Burke en su obra dibuja con claridad los altos costos que significa para la comprensión de nuestras sociedades este alejamiento entre historia y ciencias sociales:

En un pasaje célebre, Francis Bacon formulaba críticas igualmente punzantes contra los empiristas que, como hormigas, se limitaban a acumular datos, y contra los teóricos puros, arañas cuyas telas se originan dentro de ellos mismos. Bacon recomendaba el ejemplo de la abeja, que busca materia prima pero que la transforma también.¹⁵

La historia necesita de la comprensión teórica de la realidad porque sólo a partir de ella puede interpretar los fenómenos del pasado y “darle coherencia al flujo de los acontecimientos y

¹⁴ Burke (1997). P. 13

¹⁵ Ibidem. P. 30

comprenderlos como algo más que simples hechos curiosos”¹⁶. A su vez la teoría debe recurrir al estudio de los hechos –del pasado y del presente– y a partir de ellos extraer sus generalizaciones, para no caer en el extremo de la abstracción que supone que la realidad es la que se equivoca cuando contradice a la teoría. La vinculación de la historia con otras ciencias sociales, con la teoría social y con la filosofía, media entre los extremos de un empirismo crudo de estricta observancia positivista y cuantitativa, y de un dogmatismo teórico que pierde contacto con la realidad.

Muchos destacados estudiosos del hombre y de la sociedad a lo largo de la historia¹⁷ tienen en común el haber recurrido al análisis de sociedades del pasado y del presente como fuente fundamental de datos y experiencias, y el haber sabido extraer en estos estudios lo general de las particularidades, y con base en estas generalidades construir grandes aparatos teóricos que permiten explicar diversas sociedades en distintos momentos históricos. Estos grandes teóricos son también, en varios sentidos, historiadores porque poseen un amplio conocimiento del pasado y porque han realizado importantes aportaciones al estudio de sociedades del pasado. Son al mismo tiempo, rebasando divisiones académicas inexistentes en la realidad, historiadores, filósofos y científicos sociales.

En suma, las ciencias sociales se deben acercar en sus métodos, teorías y conceptos, deben de confundir sus caminos (lo que no deja de implicar diversas complicaciones); la teoría social debe vincularse con los estudios empíricos, debe partir del estudio de la realidad en la construcción de sus generalizaciones; asimismo, los estudios empíricos requieren de la teoría para formular sus interpretaciones. Pero cuál es el papel de la historia dentro de estas propuestas, por qué el conocimiento de los hechos y de los pensamientos del pasado es parte de estas ciencias sociales unificadas. El resto de este capítulo se destinará a responder estas preguntas, explorando algunos de los caminos que ejemplifiquen la centralidad del estudio del pasado en la comprensión de nuestro mundo, que es el objeto de la teoría y ciencia social.

¹⁶ De la Garza, Luis Alberto. “*Historia y Ciencia Política*”, documento inédito. P. 11

¹⁷ Por mencionar algunos: Aristóteles, Cicerón, San Agustín, Maquiavelo, Montesquieu, Kant, Adam Smith, Los “federalistas”, Edmund Burke, Hegel, Toqueville, John Stuart Mill, Marx, Comte, Durkheim, Pareto, Weber, Barrington Moore, Gellner, Geertz, etc., etc. Si pensamos en grandes pensadores mexicanos, encontraremos en muchos de los casos, la misma fórmula: un enorme interés por el estudio de nuestro pasado a partir del cual surge la interpretación de su presente, entre otros podría mencionarse a Mora, Alamán, Otero, Sierra, Bulnes, Molina Enríquez, Cossío Villegas, Reyes Heróles, entre otros.

4. LA HISTORIA SOCIAL

Historiadores, sed geógrafos, sed juristas también, y sociólogos y psicólogos

Lucien Febvre *Combats pour l'histoire.*

En el primer tercio del siglo XX, justamente cuando los teóricos y científicos sociales estaban perdiendo interés por el pasado, al interior de la disciplina histórica se dio, como uno de los resultados del rechazo de un grupo de historiadores frente a la historia positivista, una transformación radical en los métodos, en los temas de estudio y en la concepción misma del tiempo y el espacio, que llevó a estos historiadores a procurar un acercamiento progresivo a las ciencias sociales buscando el apoyo de elementos teóricos y metodológicos que permitieran un análisis más profundo y diverso de los hechos del pasado. Vincularse con las ciencias sociales se convirtió en una necesidad urgente para varios historiadores que buscaban revolucionar la forma en que hasta entonces se venía haciendo historia, ya que no contaban dentro de su disciplina con las herramientas que les hicieran posible estudiar la vida social y económica del pasado y analizar las estructuras más allá de los acontecimientos, y escapar así de la llamada historia política dominante.

Este acercamiento al que hacemos referencia no se circunscribe a un sólo país y a un sólo movimiento. Podemos mencionar que incluso con más de 100 años de antelación a estos movimientos desarrollados a lo largo del Siglo XX, diversos historiadores “Ilustrados” proponían ya formas distintas de estudiar al pasado que no se redujeran a la narración de las vidas palaciegas y los campos de batalla. Sin embargo, estos primeros esfuerzos fueron aislados y relegados a la marginalidad durante casi todo el siglo XIX. Tenemos que esperar hasta principios del siglo pasado, para encontrar intentos más integrados por revolucionar la forma de observar al pasado que hasta entonces había sido dominante. Dentro de los esfuerzos en este sentido puedo mencionar al menos dos: La llamada *New History* impulsada en los Estados Unidos de América, y que proponía según uno de sus más destacados abanderados, John Harvey Robinson, que “la nueva historia habrá de valerse de todos los descubrimientos que sobre la humanidad hacen los antropólogos, los economistas, los psicólogos y los sociólogos”¹⁸; y, en segundo lugar, el ascenso de la llamada *Historia social o Escuela de los Annales*, en Francia, movimiento que ha buscado

¹⁸ Burke, Peter. La Revolución Historiográfica Francesa. La escuela de los Annales: 1929.1989. Ed. Gedisa, 3ª edición, 1999, Barcelona España. P. 18 y 105.

desde 1929 a la fecha, introducir las teorías y métodos que se han generado desde las ciencias sociales (sólo algunas), para explicar los fenómenos del pasado, a partir de una visión más global de las sociedades y del tiempo, que permita reconocer, comprender y explicar regularidades e irregularidades en el proceso histórico. No quiero dejar de mencionar el esfuerzo de interpretación histórica que desde el marxismo y a partir de los principios del materialismo histórico y de la lucha de clases, promueve también una revolución en la interpretación histórica en la que la política, en una perspectiva tradicional, deja de ser el centro.

He encontrado en la llamada escuela de los *Annales* un esfuerzo muy destacado que coincide plenamente con la propuesta que se lanza en este primer capítulo en torno a la apertura de los muros existentes entre las ciencias sociales, la ciencia política en particular, y la historia. Para Peter Burke, este *movimiento* es “el más sostenido ejemplo de fructífera interacción entre la historia y las ciencias sociales”¹⁹. Vale la pena señalar, sin embargo, que el esfuerzo de cooperación que destaca Burke toca fundamentalmente a la investigación histórica.

Lo que se conoce como la escuela de los *Annales* es un amplio y plural grupo de estudiosos del pasado (no sólo historiadores de formación) identificados originalmente con la propuesta historiográfica impulsada en una primera instancia en la Revista *Annales d'histoire économique et sociale* fundada en 1929 por dos historiadores franceses: el medievalista Marc Bloch y el especialista del siglo XVI, Lucien Febvre, y que promovieron un rompimiento tajante con la historia positivista reinante.

Considero que una revisión breve de la tradición de los *Annales* es de suma utilidad para sustentar la actualidad y la importancia de las tesis que se defienden en este trabajo. Dentro de una propuesta que promueve el fortalecimiento de la relación entre la historia y las ciencias sociales, especialmente la participación central de la ciencia política en esta interacción, Febvre, Bloch y quienes continuaron con el desarrollo de sus tesis, son, me parece, referencias obligadas, no sólo por los caminos que han inaugurado para el tratamiento del pasado desde una compleja colaboración con las ciencias sociales, sino también por aquellas sendas que decidieron no explorar, e incluso despreciaron explícitamente, y que hoy aparecen como terrenos poco

¹⁹ En la obra citada de Burke se propone que dadas las divergencias y conflictos al interior de los *Annales*, la diversidad de temas y objetivos que tratan los diferentes autores (muchas veces opuestos entre sí), y reconociendo las transformaciones que ha sufrido a lo largo de una vida de más de 80 años, “podría ser mejor hablar, no de una escuela, sino del movimiento de *Annales*”. Ver *introducción*. Burke (1999). P.p. 12 – 14.

transitados por la *nueva historia* que nos abren alternativas de análisis de gran interés. Me refiero fundamentalmente a la historia política.

Los *Annales* surgen como un movimiento opuesto a la historia tradicional, también llamada por ellos, el antiguo régimen historiográfico al que la “revolución” debía derrocar. Esta historia tradicional a la que se hace alusión, se remonta muchos siglos hacia atrás; ya desde los trabajos de los historiadores clásicos (Herodoto, Tucídides) podemos identificar una forma dominante de escribir historia que gira en torno a la narración de los grandes acontecimientos políticos, diplomáticos y militares, explicados a partir de las acciones de los “grandes hombres”, de los héroes y los villanos que escriben la historia. Sin embargo, el positivismo vino a darles nuevos bríos a la historia política tradicional que se quiso revestir de la moda científicista del siglo XIX. Esta historia positivista fue identificada por los *Annales* como el antiguo régimen contra el que se levantó el movimiento “revolucionario”; los enemigos estaban claramente identificados con los nombres de Ranke, Niebuhr, Drysen y Seignobos, y con el imperialismo de la historia política. Aunque Lepold Von Ranke no se limitó a la historia política, fueron los seguidores del paradigma que él formuló, quienes al llevarlo a sus extremos, aplastaron los intentos aislados que durante el siglo XIX proponían una nueva forma de hacer historia, desacreditando por su falta de científicidad a los tímidos ensayos de historia social y cultural emergentes.

El programa de Ranke procuraba fortalecer las bases racionalistas del estudio del pasado y para ello el historiador debía limitarse a la observación y descripción objetiva de las fuentes contenidas en los archivos, eliminando la intervención subjetiva del historiador, presentando “lo que realmente sucedió” según se podía demostrar a partir los hechos y los datos duros. La información contenida en los documentos archivados era la única fuente confiable sobre lo acontecido en el pasado, y por tanto, su recopilación y sistematización en la narración de los acontecimientos ahí descritos, el único método confiable para obtener la verdad de la historia. El método rankeano permitía aprehender la realidad, no inventarla o intuirlo. Toda interpretación ajena a estas fuentes y a este método era producto de la invención e imaginación del historiador y, por lo tanto, debía ser excluido de cualquier historia que pretendiera ser objetiva.

Por supuesto, los archivos sólo contenían la información sobre los acontecimientos políticos y militares más relevantes, los nombres de reyes y oficiales militares, las fechas de las grandes batallas y las revoluciones, los decretos del monarca o del parlamento. Por ello, la

historia política era la única que podía tratarse racional y objetivamente, quedando así marginados otros estudios cuyas fuentes no se consideraban confiables, y que estaban llenos de la subjetividad del observador.

Hacia finales del siglo XIX las críticas hacia la “historia rankeana” cobraron mayor fuerza, teniendo como nicho principal a los promotores de las nacientes ciencias sociales. Así, por ejemplo, los llamados padres de la sociología atacaban a esa historia que se concentraba en “los menudos detalles infantiles estudiados” (Comte) y en “las manifestaciones superficiales” (Durkheim), a la vez que abogaban por “una historia sin nombres” (Spencer) refiriéndose a una historia de los pueblos y no de sus gobernantes. Francois Simiand resumía estas críticas de forma magistral identificando con claridad “los ídolos de la tribu de los historiadores” que se convertirían en frentes de lucha de los “revolucionarios”: “el ídolo político...esa preocupación perpetua por la historia política, por los hechos políticos, por las guerras, etc. Que da a los sucesos una extraordinaria importancia”; el “ídolo individual”, en otras palabras el énfasis excesivo en los llamados grandes hombres; por último el “ídolo cronológico” a saber, “la costumbre de perderse uno en estudios sobre los orígenes”²⁰.

Es justo, contra esta concepción de la historia tradicional que se levantan en combate los *Annales* de Bloch y Febvre, quienes buscaron convertir a la Revista en el cuartel general desde el cual impulsar una interpretación distinta del pasado, en el centro de exploración de los campos de la historia económica y social y de las posibilidades de un nuevo enfoque interdisciplinario en combinación con las ciencias sociales. Frente a una historia en la que predominó el estudio de los acontecimientos políticos y los individuos, respondían con la pretensión de una “historia más amplia y más humana”²¹, alejada de los grandes hechos y de los héroes, alejada también para nuestra desgracia, de la política.

Los combates que se emprendieron durante gran parte del siglo XX desde los *Annales*, están compuestos de múltiples batallas, muchas de ellas contradictorias entre sí. Al referirnos a este *movimiento* hablamos de un proceso largo en el que lo que “comenzó siendo una secta herética” circunscrita al llamado grupo de Estrasburgo, se transformó, después de la segunda gran guerra, en una “iglesia ortodoxa”, que se hizo cargo de la posición histórica oficial en

²⁰ Simiand, Francois. “Método histórico y ciencia social”, *Empiria. Revista de Metodología en Ciencias Sociales*. Año 2003, No. 6, España. <http://www.uned.es/dpto-sociologia-I/empiria/numero6.htm>.

²¹ Burke (1997) P. 26.

Francia; el triunfo de los *Annales*, con el tiempo, trascendió también las fronteras de otros países y otras disciplinas.

Algunos estudiosos de esta tradición historiográfica, como François Dosse y Peter Burke, coinciden en segmentar al movimiento en tres etapas que se describen a continuación:

Primera generación.

Temporalmente se le ubica entre la década de 1920 hacia el final de la Segunda Guerra Mundial en 1945. En esta etapa los *Annales* representan un grupo pequeño, que se enfrenta, en posición de gran desventaja a la posición dominante dentro de la historia. Es, según la expresión de Burke “Una guerrilla que libraba una guerra contra la historia tradicional, la historia política y la historia de los acontecimientos”. Independientemente del espacio temporal y de la posición “política” al interior de la historiografía francesa, esta etapa se caracteriza por la participación preponderante de Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes en colaboración con estudiosos de otras disciplinas, fundaron la revista y la dirigieron durante toda esta fase. Especialmente por la posición de Febvre, quien escribió la mayor parte de sus ensayos para criticar a los “empiristas y especialistas”, la primera generación se declara en abierto combate contra la historia rankeana a la que se identificaba con la historia política.

Influidos por geógrafos, lingüistas y sociólogos, los *Annales* se proponían desarrollar el terreno “casi virgen” de la *historia social* que ponía énfasis en la explicación social de los acontecimientos, es decir en los movimientos de la sociedad; se buscaba también recuperar, para la historia, los métodos desarrollados desde las ciencias sociales. Así, las obras de Bloch y Febvre²² exploran en las áreas de la geografía histórica, la psicología histórica, las representaciones colectivas, la historia comparada y la historia social y económica. Es difícil encontrar características uniformes en la forma de interpretar el pasado en estos dos historiadores, en realidad lo que los une y los integra es un mismo esfuerzo por explorar nuevas formas de comprender el pasado poniendo en el centro el esfuerzo interdisciplinario.

²² Entre algunas de sus obras más relevantes puedo mencionar *Los reyes Taumaturgos*, *La Historia Rural de Francia*, *La sociedad Feudal* de Bloch; y, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rebelais*, *Combates por la historia*, *La aparición del Libro* de Febvre.

Segunda generación.

Así, durante la segunda generación, el círculo de los *Annales* se consolida como la posición historiográfica dominante en Francia. Esta etapa es en la única que cabe realmente hablar de una escuela, integrada alrededor de conceptos básicos (especialmente estructura y coyuntura) y métodos distintivos (la serie histórica de los cambios producidos a largo plazo) homogéneos. Bajo la dirección de Fernand Braudel, esta generación impone la forma en que se debería hacer historia, al menos al interior de los *Annales*²³, que se caracteriza por el énfasis en el estudio geohistórico y de las estructuras económicas, y el consecuente desprecio hacia la política, las mentalidades, los individuos y los acontecimientos, elementos, los segundos que subyacen a los que constituye el verdadero objeto de la historia, es decir, la historia material de la sociedad. Braudel tiene una posición definitivamente determinista acerca de la acción humana, el hombre es un prisionero de las circunstancias, “cuando pienso en el individuo me inclino a verlo aprisionado en su destino sobre el que poco puede hacer”, sentenciaba.

Durante esta segunda generación, y en esto vale más el esfuerzo del conjunto de historiadores que la integran que el mero genio de Braudel, se dio una cálida bienvenida a los métodos cuantitativos desarrollados en otras ciencias sociales como instrumentos de suma utilidad en la interpretación del pasado. Entre 1959 y 1970 una de las más destacadas contribuciones de los *Annales* fue la historia cuantitativa, que empezó a mostrar importantes avances especialmente en la historia económica (historia de los precios y los ciclos económicos), para de ahí extenderse a la historia social (especialmente historia de las poblaciones), y por último, ya en la tercera generación de *Annales*, a la historia cultural (de las religiones y de las mentalidades)²⁴.

Con el desarrollo de la nueva historia social durante la segunda generación llega otra transformación radical de manos de Braudel y Ernest Labrousse (historiador marxista cercano a los *Annales*): el resquebrajamiento del concepto de temporalidad, en el que se rechaza la visión

²³ Al lado de Braudel, podemos mencionar dentro de los autores más representativos de esta generación a Ernest Labrousse, Robert Mandrou, Pierre Goubert, Emmanuel Le Roy Ladurie, Pierre Vilar, Phillipe Aries.

²⁴ Respecto a la historia cuantitativa la se debe destacar la contribución de Ernest Labrousse, quien a pesar de no poder ser integrado del todo al movimiento de los *Annales* –tiene rasgos que lo distancian del movimiento: enseñaba en la Sorbona, tenía especial interés por la Revolución Francesa (tema preferido de la historia política francesa) y, especialmente, era marxista– si tuvo una importantísima influencia y sin duda compartió varios de sus principios básicos. Para la importancia de Labrousse, ver Burke (1999), P.p. 57-60, sobre la historia cuantitativa, P.p. 57-67.

lineal y evolucionista que postulaba la marcha natural de las sociedades hacia el progreso. Estos autores y la escuela que les sigue, impulsan una nueva visión de la temporalidad, donde el tiempo histórico no es ya *uno* sino *varios* tiempos que corren paralelos, las sociedades se transforman a diversas velocidades según las distintas esferas que componen su complejidad: los procesos de transformación de las estructuras sociales y económicas suelen ser lentos, abarcan generaciones y hasta siglos, de tal forma que las transformaciones son casi imperceptibles para los contemporáneos “quienes de cualquier forma son arrastrados por la corriente”. Hay por otro lado, un tiempo de acontecimientos vertiginosos y espectaculares, que transforman las superficies (cambios en los gobiernos y a las instituciones por ejemplo), pero que en realidad son consecuencia del movimiento más profundo de las sociedades; puede reconocerse también una velocidad aún más lenta que la de las estructuras, “casi a temporal, que trata de la relación entre el ambiente y el hombre, se trata de “una historia de constante repetición, de ciclos permanentemente recurrentes”²⁵. Las tres duraciones que reconoce Braudel están evidentemente interrelacionadas.

El concepto braudeliano de la *larga duración* es un referente central de esta nueva forma de estudiar al pasado. El llamado tiempo de la estructura es característico de la materialidad, de los procesos colectivos de muy lenta transformación y de encuadramientos mentales, casi inmóviles. Para los historiadores, dice Fernand Braudel, una estructura es “una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar”. Se trata de elementos estables que construyen y entorpecen la historia y por lo tanto determinan su transcurrir.²⁶ Para Braudel, es en la larga duración donde se encuentran las explicaciones más ilustrativas del movimiento de las colectividades por lo que la historia debe centrar su atención en los cambios estructurales.

Las nuevas y viejas disciplinas sociales, como la geografía, la economía y la sociología son herramientas esenciales para ese viaje a las entrañas del pasado que reconoce la diversidad de los tiempos. Por ello, para Fernand Braudel, “tanto si se trata del pasado como si se trata de la actualidad una conciencia neta de la pluralidad del tiempo resulta indispensable para una metodología común de las ciencias del hombre”. Es fundamental impulsar una historia que forme parte de un mercado común de las ciencias sociales y se reconozca a sí misma como “sólo

²⁵ Ibidem. P. 42. La obra magistral de Braudel que pone en el centro del análisis histórico la diversidad del tiempo es *El Mediterráneo en la época de Felipe II* (1949); más adelante Braudel desarrolla el concepto de larga duración en el ensayo *Historia y Ciencias Sociales: La larga duración* (1958).

²⁶ Braudel, Fernand, *Escritos sobre historia*. FCE, 1991, México, Pp. 71-76.

una dimensión particular de las ciencias sociales que impone tiempo y duración”²⁷ que, eso sí, debe ocupar el lugar dominante.

Tercera generación.

Como corte cronológico para distinguir a esta etapa suele mencionarse la coyuntura de 1968. Como se explicará más adelante la historia y la ciencia en su conjunto se vieron convulsionadas y transformadas como parte de una revolución cultural y política de grandes dimensiones hacia finales de la década. 1968 fue en muchos sentidos un año de reacciones y fuertes cuestionamientos a los consensos vigentes. Los *Annales* no fueron la excepción.

En este sentido, la llamada tercera generación²⁸ reacciona explosivamente a lo que ya desde tiempo antes se empezaba a reconocer como las limitaciones del paradigma braudeliano: el énfasis en el materialismo y su consecuente abandono de la cultura, y el determinismo pesimista que pierde de vista a los individuos. Esta reacción no implica un rompimiento con el movimiento, sino más bien una modificación interna profunda que permite extender los trabajos de los *Annales* y sus principios básicos a nuevos campos del estudio del pasado y también a viejas áreas de la historia que habían sido relegados y menospreciados por la corriente dominante de la segunda generación de los *Annales* entre 1950 y 1970, entiéndase especialmente la historia política.

Para esta generación hablamos de una escuela que sólo se percibe unificada ante los ojos externos (críticos o admiradores), porque al interior la situación es muy distinta. Después de la unión que se experimentó entorno a Braudel, se puede afirmar que existe una definitiva dispersión e incluso fragmentación de la Escuela. Los temas, los intereses de estudio y los métodos para acercarse a la comprensión del pasado y su relación con el presente explotan en la diversidad, no se encuentran ya cabezas ni centros dominantes del movimiento. Peter Burke, entiende que en la tercera generación prevalece un policentrismo, que en la pluralidad de temas y métodos de investigación del pasado mantienen en común intereses fundamentales que han

²⁷ Ludlow, Leonor. “Historia Política: Controversia sobre la dimensión de temporalidad” en *Estudios Políticos*, Vol. 6, No 4, octubre-diciembre 1987. P. 20; Braudel, Op. Cit. P. 63

²⁸ Algunos de los autores más representativos de la tercera generación, muchos de ellos contemporáneos, son: Jaques Le Goff, Georges Duby, Michelle Vovelle, Roger Chretien, Pierre Nora, Cristiane Klapisch, Michele Perrot, Mona Ozouf, Ariete Farge. Marc Ferro, Francois Furet.

caracterizado a los *Annales*: la ambición interdisciplinaria, la historia analítica orientada al problema, la historia social. La diversidad de centros se manifiesta también geográfica e institucionalmente: la sexta sección y París dejan de ser el punto de reunión de los *Annales* y sus integrantes se dispersan en Europa y fundamentalmente en los Estados Unidos. La apertura no es sólo interna sino también hacia el exterior surgiendo un renovado interés del movimiento por corrientes historiográficas distintas a las de casa (fuera de *Annales* y no francesas).

Dentro de esta dispersión existen tres temas principales desarrollados por esta generación:

- 1) En primer lugar el redescubrimiento de la historia de las mentalidades, que después de haber sido relegada por la escuela braudeliana, resurge recogiendo el programa de Febvre y llevándolo mucho más lejos, poniendo en el centro del estudio del pasado temas que antes casi no había sido tratados como: Las mujeres, la niñez, los sueños, el amor, la muerte, etc. El interés de muchos historiadores pasaba “del sótano al desván”, de la estructura a la llamada “superestructura”.
- 2) En segundo lugar, como parte de la continuación de la segunda generación, se encuentra el esfuerzo por emplear los métodos cuantitativos a los estudios sobre la cultura y las mentalidades
- 3) Una tercera expresión la encontramos en la reacción contra dichos métodos cuantitativos, contra el predominio de la historia social y económica. Esta reacción que se manifiesta, entre otras, como una antropología histórica o historia antropológica donde los estudios lingüísticos y simbólicos, así como la llamada microhistoria –el estudio antropológico de la comunidad –; como un retorno a lo político; o como un renacimiento del género narrativo. Por último, Burke incluye un cuarto punto el desarrollo de la historiografía dentro de la tercera generación, se trata de la historia de las mujeres, que por sus pretensiones revolucionarias y sus consecuencias no puede ser reducida a un tema dentro de la historia de las mentalidades. De hecho la tercera generación es la primera en la que existe una participación relevante de mujeres historiadoras (Cristiane Klapisch, Michele Perrot, Mona Ozouf, Ariete Farge, por ejemplo).

Convergencias del movimiento.

Como he intentado presentar de manera breve, los *Annales* recogen en su interior una gran diversidad de enfoques teóricos y metodológicos para observar e interpretar al pasado; es un movimiento con contradicciones y confrontaciones en el interior, con posiciones dominantes (oficiales) y con resistencias que en ocasiones cobran fuerza y llegan a colocarse en el centro.

Pero aun cuando es imposible reconocer un perfil único en los historiadores que forman parte de los *Annales*, si podemos identificar algunos puntos en común que definen al movimiento y que constituyen, a mi entender, la base de la llamada “nueva historia”, y pueden constituir un marco conceptual apto para el mayor acercamiento entre la historia y la ciencia política:

a) Una historia de toda una gama de actividades en lugar de una historia primordialmente política:

La nueva historia se presenta como una ciencia que se plantea la necesidad de considerar las diversas esferas de las que se compone la realidad y alejarse de lo que identificaron como la historia política, abriendo el estudio del pasado a toda una gama de actividades humanas; así los *Annales* de las primeras generaciones se enfocaron en la historia económica y la historia social, mientras que posteriormente cobró mayor importancia el estudio de la cultura y las mentalidades. El objetivo es construir una “historia colectiva” que ponga atención a los sectores sociales subalternos; propone abandonar el enfoque individual y elitista y sustituirlo por la visión global del fenómeno social: ya no son los líderes políticos los que interesan, sino los pueblos; ya no más las grandes batallas y tratados, sino las estructuras sociales, económicas y mentales que subyacen; ya no los Estados sino las comunidades, las familias, las clases sociales, las masas.

Al centrar la atención en los pueblos, inicia un proceso que se dirige hacia el reconocimiento de la pluralidad de actores en el pasado. En este sentido Marc Bloch define a la historia como “la ciencia de *los hombres* en el tiempo”, en el mismo sentido, Pierre Vilar concibe a la disciplina como “el estudio de *las sociedades humanas* en movimiento”²⁹; hablar de hombres y sociedades en plural implica ampliar los objetos de estudio de la historia y reconocer que existe una diversidad de actividades y creaciones que no pueden reducirse a una Historia del Hombre y de la Sociedad que se limita a relacionar linealmente acontecimientos políticos y retratar los árboles genealógicos de los reinos o los Estados.

b) La sustitución de la tradicional narración de acontecimientos por una historia analítica, orientada a un problema:

Frente a la historia como narración y la descripción de la evolución de las sociedades, la escuela de los *Annales* y sus seguidores se proponen la historia orientada hacia el problema, poniendo en el centro de la labor del historiador, más allá de la recopilación de datos, su análisis,

²⁹ Ludlow, Op. Cit. P. 19. Las cursivas son mías.

reflexión e interpretación, que contribuyan a la inteligibilidad de los fenómenos humanos (del pasado y del presente). Para los *Annales* el objetivo de la historia no es retratar la realidad “tal cual es”, sino ir más allá y comprender esa realidad que nos muestran las huellas del pasado.

La proposición de Marc Bloch de “desenrollar la bobina al revés” y combatir el mito de los orígenes, es un claro ejemplo de esta nueva forma de mirar al pasado. El objetivo es identificar el problema, sus causas y consecuencias más allá de la linealidad del tiempo y de la simplicidad de la relación causa-efecto. En la fórmula propuesta por Bloch y en general por los *Annales* se reconoce en el tiempo presente una referencia fundamental para el estudio del pasado. Por otro lado, en reconocimiento de la diversidad del tiempo histórico, modifica de forma determinante las preguntas que se lanzan al pasado, y pone en cuestión la verdadera fuerza de los acontecimientos.

c) El enfoque multidisciplinario:

En su esfuerzo por conocer a los pueblos y a las estructuras sociales del pasado, la historia social necesita de nuevas fuentes de datos y de métodos para interpretarlos que no sólo pueden obtener en su contacto con las ciencias sociales. Así, los nuevos historiadores recurren a los datos económicos que expliquen el crecimiento o el deterioro material de las sociedades, explicaciones y análisis sobre las crisis económicas que subyacen a las transformaciones políticas; datos sociológicos y geográficos que documenten las condiciones de vida de los grupos sociales, las hambrunas, las pestes, los desastres naturales, las modas, y que ayuden en el análisis de los movimientos y comportamientos de los grupos; datos psicológicos y antropológicos que estudien las creencias, las tradiciones, los valores, los sentimientos y la memoria de los pueblos. Para ello, es necesario convertir a las ciencias sociales en aliadas del estudio del pasado.

Tanto como un objetivo consciente como por necesidad metodológica, los historiadores cercanos a los *Annales* han mantenido y profundizado su compromiso con la multidisciplinariedad, es decir, el interés permanente por trabajar de la mano de las ciencias sociales (no siempre se incluye a todas) para obtener un análisis más amplio de la realidad. En este sentido, la invitación de Febvre de “derribar los tabiques” y combatir la estrecha especialización, sigue siendo vigente; ha sido ampliada dentro y fuera de los *Annales*, y debe seguirlo siendo. En correspondencia con la historia, las ciencias sociales deben mantener y fortalecer este compromiso.

Más allá de los Annales

El amplio espacio que se ha dedicado en este trabajo a resumir la experiencia y los postulados de la historia social en su vertiente de los *Annales*, no se justifica sólo porque sus propuestas coinciden y fortalecen las tesis de este trabajo, sino también y sobre todo, por la centralidad que ocupó y ocupa esta escuela historiográfica en la disciplina de la historia y algunos espacios de otras ciencias sociales. La presencia “global” de los *Annales*, no sólo en el sentido geográfico del término sino también en lo temático, fue incrementándose con el desarrollo del movimiento³⁰.

Durante mucho tiempo el movimiento de *Annales*, si bien no se circunscribió a Francia, si tuvo en ese país su centro. No es posible afirmar que los cambios que sufrió la historiografía francesa durante el siglo XX son comunes a las tradiciones historiográficas de otros países, sin embargo no se puede negar la presencia de los *Annales* en un sin número de historiadores de diversos países, y que, especialmente en las últimas décadas, las propuestas de este movimiento han sido sujetas a diversos debates, han orientado seminarios, coloquios, han motivado estudios, y han merecido reacciones. No son pocos los historiadores y corrientes historiográficas en todo el mundo que respondieron entusiastamente a la invitación que se formulaba desde la revista *Annales* y la Escuela de Altos Estudios de París.

Este movimiento de la *historia social* se ha mantenido e intensificado para colocarse en el centro de la disciplina, acercando cada vez más a la historia con algunas ciencias sociales (economía, antropología, sociología, geografía, lingüística, psicología). La expansión de los *Annales* no se dio solamente en un sentido geográfico, paralelamente se puede reconocer un triunfo transdisciplinario de los postulados del movimiento, fundamentalmente con la propuesta braudeliana de constituir “un mercado común” de las ciencias sociales. La geografía, la sociología y la antropología han sido las disciplinas que mayor interés han mostrado por el punto de vista de *Annales*.

³⁰ Véase el capítulo titulado “*Annales en una perspectiva global*” de la obra citada de Peter Burke (1999). P.p. 94-109. véase también, sobre el alcance de la contribución de los terceros *Annales* para la historiografía mundial, especialmente en México y España, el ensayo “*La Contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades 1969-1989*” de Carlos Barros, presentado en el marco del 1er Congreso “Historia a Debate” <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/contribucion.htm>.

Más allá de los *Annales*, aunque en definitiva con un importante influencia de éstos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, las prácticas de los científicos sociales empezaron a cambiar, aunque “en realidad, la búsqueda de cooperación estrecha e incluso mezcla entre (partes de) la historia y (partes de) las ciencias sociales sólo llegó a ser un fenómeno muy notorio y notado en la década de los 60” según Wallerstein³¹. Ha existido pues, por parte de los teóricos sociales una respuesta importante dirigida hacia la recuperación de la historia como parte fundamental del estudio de las sociedades y de sus transformaciones, en parte motivados por las incursiones y aportaciones de los historiadores a la teoría social. Peter Burke señala que en estos años, “el hilo de agua” que representaban en el pasado las muy pocas investigaciones que ponían en contacto las relaciones entre historia y teoría social, “se convirtió en río” que está arrastrando a las ciencias sociales hacia un nuevo estado de interrelación.

No es casual que a partir de la década de los sesenta se fortalezca el interés de la teoría social por la historia: la explosión de grandes movimientos sociales, la aceleración del cambio social, el derrumbe de las proyecciones optimistas y universalistas del racionalismo positivista que confiaban en el progreso del grueso de las naciones hacia la modernidad independientemente de sus historia y cultura particulares; plantean a los estudiosos de las sociedades, incertidumbres muy complejas, imposibles de resolver al margen del estudio del pasado y de la cultura, problemas cuyas respuestas sólo se puede encontrar revisando las raíces de estas transformaciones, observando los cambios en su profundidad histórica, estudiando el pasado relacionado con el presente, volviendo la vista a la historia como fuente de explicación de la diversidad y complejidad de la realidad, y de sustento para los proyectos de futuro.

Arnaldo Córdoba nos explica de manera muy clara el golpe que la realidad propinó a las ciencias sociales, orillándolas a poner mayor atención en el pasado:

El 68 hizo saltar en pedazos la religión empirista en las ciencias sociales...A los que habían olvidado de la historia, ésta se les hizo presente dramática y brutalmente. El 68 volvió a impartir cátedra sobre una vieja lección, casi olvidada: que el problema fundamental de toda sociedad organizada lo es el poder que sobre ella se ejerce y la mantiene unida y que sólo hay un modo de estudiarlo y comprenderlo: recurriendo a la historia y encuadrándolo en ella³².

³¹ Immanuel Wallerstein, Op. Cit. P. 45.

³² Córdoba, Arnaldo, *La historia, maestra de la política* en Pereyra, Carlos (etal) *Historia ¿Para qué?*. Ed. Siglo XXI, 19ª ed., 2002, México. P.p. 134-135

Un primer impulso que acercó a las ciencias sociales con la historia fue la teoría de la modernización. Esta teoría reconocía la importancia del tiempo en el proceso de desarrollo de las sociedades y atribuía a las diferencias en la historia y la edad de las Naciones las distancias que separaban a los países modernos de los países tradicionalistas. Para los teóricos de la modernización, si bien el progreso seguía sosteniéndose en leyes universales que definen un camino común modernizante para todas las naciones, los países se encuentran en diferentes etapas de este camino que sólo pueden ser identificadas a partir del análisis histórico.

El esfuerzo historicista de los teóricos de la modernización, es importante en cuanto implica el reconocimiento del tiempo histórico como variable relevante de la investigación, lo que les permitía empezar a recurrir a datos no contemporáneos para la explicación del presente. Sin embargo, la recuperación que hacen del pasado es superficial, en tanto se limita a colocar algunos hechos del pasado seleccionados en un camino ya definido previamente. No existe entonces, confrontación, retroalimentación, ni colaboración con la historia para comprender o definir el camino.

En este mismo sentido, podemos mencionar a ramas de las ciencias sociales que intentan recuperar hechos del pasado, para incorporarlos (uniformarlos) aislados a las series de datos que constituyen las pruebas empíricas de leyes generales. Si bien estos estudios extienden temporalmente el espacio de donde recabar los datos, no consideraban necesario ni deseable modificar y repensar los procedimientos para interpretarlos. No espera encontrar en el pasado y en la historia nuevos elementos de análisis, por el contrario sólo se observan los datos del pasado parecen corroborar teorías universales del presente.

Fundamentalmente en la segunda mitad del siglo XX hay un “viraje teórico” de algunos historiadores y un “viraje histórico” de ciertos científicos sociales, de tal manera que hoy, los términos sociología histórica, economía histórica, antropología histórica o geografía histórica son lugares comunes para referirse a la “incorporación de la historia a esas disciplinas como la de esas disciplinas a la historia”³³. Sin embargo, la afluencia en los últimos años de trabajos en que vinculan la historia y las ciencias sociales, no ha terminado por dar respuesta a los cuestionamientos que en este trabajo se lanzan al estado actual de nuestras disciplinas, por el

³³ Burke (1999). P. 29

contrario, justifican su interés por continuar con la defensa e impulso del acercamiento entre las ciencias sociales.

Formativamente las disciplinas siguen estrictamente divididas; sus métodos de análisis, su aparato conceptual y teórico siguen incomunicados en muchos sentidos; las relaciones entre los teóricos y los historiadores continúan siendo extrañas. La integración de las ciencias, forzada por la realidad, carece aún de bases sólidas para su mejor desarrollo. Al hablar del acercamiento de la teoría social y la historia continúa predominando el adjetivo “algunas”: muchas disciplinas se mantienen al margen de esta convivencia, son sólo algunos los teóricos, los científicos y los historiadores que asumen como método de estudio de la realidad (del presente y del pasado) la convivencia entre las diversas ciencias sociales.

El interés por profundizar en la interdisciplinariedad es especialmente importante para la ciencia política, que ha entrado tarde y de manera muy limitada, a participar de la *historia social*; es recurrente la ausencia de nuestra ciencia en la cooperación entre diversas disciplinas, específicamente, en su integración con la historia; es común la omisión de la ciencia política cuando se trata de enlistar a las disciplinas que se enfrentan al reto de la necesaria coordinación y convivencia. A este problema fundamental me referiré en el segundo capítulo.

CAPÍTULO II

RENOVACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA DESDE LA HISTORIA SOCIAL Y LA CIENCIA POLÍTICA

1. ¿NUEVA HISTORIA POLÍTICA? CRÍTICA Y PERMANENCIA DE LA HISTORIA POLÍTICA TRADICIONAL.

El término historia política suele estar ausente en las listas de lugares comunes en los que han coincidido la historia y las ciencias sociales a partir de las últimas décadas (historia económica, historia demográfica, historia geográfica, historia social, etc.). Durante años, el análisis de los hechos políticos del pasado no fue incluido dentro de los temas centrales de las nuevas corrientes historiográficas que se esforzaban por construir una “nueva historia”. Por el contrario, el movimiento hacia una historia analítica, se reconoció desde su origen como contrario a esa historia de *picos y cumbres* duramente criticada por la escuela de los *Annales*, con la que era identificada la historia política. A tal grado llegó esta contradicción que la definición de la nueva historia podía formularse a partir de la oposición con la historia tradicional: mientras que la primera se definía como social, analítica, estructural e imaginativa; la segunda era concebida como política, narrativa, biográfica y documental.

Dado que la llamada historia rankeana asumió como lema la idea de “¡Política primero!”, este lema de campaña se convirtió automáticamente en el blanco visible de la revolución historiográfica de los *Annales*. Es precisamente contra este blanco que Lucien Febvre escribe los *Combats pour l'histoire*, obra cumbre en el surgimiento del movimiento. Así, la llamada nueva historia se presentaba desde sus orígenes como social y económica, con lo que pretendía establecer una clara diferencia con la historia tradicional identificada como fundamentalmente política.

Al rechazo de la historia política contribuyeron otras corrientes historiográficas dentro de las cuales el materialismo histórico marxista jugó un papel fundamental. Los historiadores marxistas y los *Annales*, a pesar de las disputas metodológicas y teóricas que los definían como dos escuelas distintas, marchaban juntos en este esfuerzo por construir una historia material (social y económica), y compartían sus críticas y combates hacia la historia política.³⁴

³⁴ Pierre Vilar en *Historia Marxista, historia en construcción* aporta puntos de vista interesantes al respecto.

Así, nos encontramos que las dos corrientes historiográficas dominantes durante gran parte del siglo XX coincidieron en rechazar y depreciar el análisis de los hechos políticos del pasado. Como resultado de esta reacción frente a la historia política “lo que antes estaba en el centro de la profesión (la política) ahora está en la periferia”, sentenciaba Gertrude Himmelfarb; en este mismo sentido, Leonor Ludlow señala “que en esta transformación del trabajo del historiador nos encontramos que en forma abierta ha quedado relegada y menospreciada la historia política que hasta entonces había ocupado un lugar privilegiado en el conocimiento histórico”³⁵.

La *historia social* critica al modo “antiguo” de pensar el pasado porque se ocupa sólo de los grandes *acontecimientos* políticos de la historia (guerras, revoluciones, cambios de régimen, sucesiones en el gobierno) y los presenta de manera crónica y narrativa sin someterlos a ningún análisis; para la nueva escuela historiográfica la historia política es individualista y elitista, incluso biográfica, en cuanto se refiere exclusivamente a la vida y obra de los “grandes hombres”, sin preocuparse del resto de la sociedad, en especial dejando a un lado el estudio de los grupos y clases sociales; observa sólo los hechos particulares de manera aislada sin poner atención a las estructuras de la materialidad social y a los procesos de larga duración. La historia política es acusada también de ser idealista porque ignora lo material y estructural, y de ser en la mayoría de los casos ideológica y parcial.

La combinación de estos tres elementos dominantes en el “antiguo régimen historiográfico”, política-acontecimiento-narración, fue considerada como una identidad indivisible que se convirtió en el objeto de la mayor parte de los ataques de los revolucionarios. Tanto el materialismo marxista como los *Annales* (fundamentalmente durante la segunda generación), calificaron a la narración de los acontecimientos políticos como un estudio muy poco relevante para la comprensión del pasado. Por un lado, para el marxismo las clases sociales, los factores de producción y la distribución de la propiedad representaban los elementos centrales de estudio a partir de los cuales era posible comprender el movimiento de las sociedades; los hechos políticos (como parte de la superestructura) estaban subordinados a las estructuras económicas y sociales, por lo que su estudio no resultaba relevante.

Por otro lado, como hemos visto ya en este estudio, en los *Annales* se fue imponiendo la visión determinista de la historia geográfica y económica Braudeliana, principalmente durante la

³⁵Ludlow, Op. Cit. P. 17

segunda generación. Aunque Braudel reconocía que la historia de los acontecimientos podía ser más interesante y atractiva, también indicaba que era la más superficial y, por tanto, la más insignificante para explicar a las sociedades. La siguiente metáfora de Braudel muestra este categórico rechazo: “Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificio de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos; más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa”³⁶.

Si bien es correcto hablar de un rechazo importante a la historia política durante gran parte del siglo XX al interior de las corrientes historiográficas que representaron la vanguardia de la interpretación histórica en este periodo, cometeríamos un error al afirmar que existió un abandono absoluto de la política en el estudio del pasado. La historia política continuó siendo fundamental en aquellos espacios académicos y políticos que no se entusiasmaron con las propuestas marxistas y de la *historia social*, asimismo el rechazo del tema político dentro del movimiento de los *Annales* o del marxismo no es absoluto y es preciso distinguir entre estos matices.

Veamos el ejemplo de la *historia social*³⁷. Dentro de la *nouvelle histoire* la acusación de abandonar el análisis de los hechos políticos del pasado que como vimos es muy evidente en Febvre, no podría dirigirse contra Marc Bloch, quien en *Los Reyes Taumaturgos* explícitamente busca contribuir a la historia de los ideales y las mentalidades de la realeza y de manera más general a la historia política de la Europa Medieval; y que en su *Sociedad Feudal* dedica una parte importante del estudio a analizar el feudalismo como forma de gobierno. Incluso en el caso de Braudel, uno de los más férreos enemigos públicos de la historia política, encontramos el tratamiento del tema político: en su obra maestra, *Mediterráneo*, dedica una tercera parte al estudio de los acontecimientos.

Aunque el abandono de los acontecimientos políticos nos es total, lo que no se puede poner en duda, es que la historia política fue en la mayor parte de los estudios de los primeros y segundos *Annales*, subordinada y tratada de manera periférica. Como veremos más adelante,

³⁶ Braudel, Fernand, Op. Cit, P. 27.

³⁷ Sólo mencionaré algunos de los matices que existen en el abandono de la política por la llamada nueva historia, dejando un gran vacío, en lo que se refiere a consideraciones similares dentro del marxismo. Indudablemente también existieron autores marxistas que no renunciaron a la construcción de una historia política dentro del método del materialismo histórico. Como uno de los más grandes ejemplos podemos mencionar a Antonio Gramsci.

cuando nos referimos a la tercera generación del movimiento, la política comienza a reposicionarse en el movimiento.

Los *Annales* y el materialismo histórico son sólo dos dentro de los múltiples caminos para interpretar el pasado y que su impacto o hegemonía en la disciplina es diversa y se modifica con el transcurso del tiempo. Si bien la historia política fue sacada del centro de estas dos expresiones, siguió siendo motivo de estudio de diversas investigaciones que no se apegaron a las propuestas de ninguno de estos movimientos. La historia política no ha dejado de estar presente en ningún momento, sin embargo, en la mayoría de los casos, se trata de una continuación de la historia política tradicional que no ha participado de las revoluciones historiográficas del siglo XX y que por tanto ha quedado al margen de los elementos que para la interpretación del pasado y la comprensión del presente han aportado éstas.

En este sentido, Alfredo Ávila señala que al proponer la renovación de la historia política, debemos tener presente que “la historia política tradicional nunca ha desaparecido, hay problemas de índoles política que inevitablemente requieren una solución”³⁸. El abandono de la política como tema de estudio de la historia era y es impensable, especialmente en aquellas sociedades y momentos históricos en las que los acontecimientos políticos constitutivos de las comunidades políticas y de los Estados-Nación, relativamente recientes, opacaban el interés sobre cualquier otro tipo de análisis histórico. Además, si reconocemos que la orientación historiográfica de un país responde a las preguntas que se formulan desde el presente acerca de su pasado, en aquellas naciones donde la problemática política subordina a otras esferas de análisis de la sociedad, los cuestionamientos al pasado se dirigen necesariamente por el lado de la historia política.

Por ejemplo, Peter Burke, al explicar la tardía recepción de los *Annales* en Alemania, explica que “después de las traumáticas experiencias de 1914-1918 y de 1933-1945, resultaba difícil negar la importancia de la político o de los acontecimientos políticos”³⁹; Ávila justifica de manera similar la preponderancia de la historia política tradicional en Latinoamérica dado que la inestabilidad política reinante en nuestros países “ha motivado que diversos historiadores vuelvan reiteradamente a los hechos de las minorías dirigentes. Cuando se trata de legitimar un gobierno,

³⁸ Ávila, Alfredo, “La Nueva Historia política: un acercamiento”. En la revista *Históricas* boletín de Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM. No. 52, mayo-agosto 1998. Pag. 4.

³⁹ Burke (1999) P. 96

nada como la historia de los grandes hombres que nos dieron patria, libertad y un sinnúmero de enseñanzas; después de todo la historia sigue siendo maestra de la vida y de la actuación política”⁴⁰.

La centralidad de la historia política, que se opone a la adopción de las propuestas de la *historia social* depende no sólo de los países, sino también de los periodos históricos que se investigan. Burke señala, por ejemplo, que el siglo XIX y XX han sido poco estudiados por los *Annales* dada la centralidad de la política en sus procesos de cambio (las grandes revoluciones y las grandes guerras, las independencias generalizadas, las olas democráticas, los totalitarismos, etc., son todos hechos históricos que colocan en el centro a la política). En suma, donde los acontecimientos y procesos políticos son centrales la nueva historia ha tenido muy poca participación, y donde la *historia social* ha triunfado la historia política ha sido relegada.

Aunque la historia política ha seguido presente e incluso se ha desarrollado, lo que aquí interesa resaltar, es que en aquellos países y sectores académicos que se acogieron a los *Annales* en diversas partes del mundo (cada vez un número mayor), caló muy hondo la intención de Febvre y Braudel de desplazar a la historia política y ocupar su lugar con la historia económica y social. En ese sentido, al limitarse la participación de la *historia social* en la historia política, se ha impedido el desarrollo de una historia política que recoja las propuestas desarrolladas por este movimiento, mientras que diversos procesos históricos fundamentales para la comprensión de nuestro presente, donde la política es central, están a la espera de una interpretación analítica distinta. Finalmente, la pretensión de una historia total se mantendrá coartada mientras no participe en este esfuerzo la historia política.

Ante este reto, se propone el impulso de una *nueva historia política*, concepto que resume la búsqueda de una coincidencia entre la *nueva historia* y la *historia política*, que proponga caminos distintos para el análisis de la política en el pasado. Así, por nueva historia política podemos entender al “estudio (que) pretende conocer un fenómeno político desde diversos puntos de vista, tomando en cuenta la compleja realidad social, económica y cultural que está alrededor del proceso que se desea comprender”⁴¹. En la combinación que se propone, la historia política se integra al proyecto que busca una historia total y adopta los postulados principales de los *Annales* (multidisciplinarietà, análisis, orientación hacia el problema, pretensión de una

⁴⁰ Ávila, Alfredo Op. Cit. P. 4

⁴¹ Ibidem. P. 11

historia global y diversa), así como sus contribuciones metodológicas que revolucionan la interpretación del pasado (larga duración, estructuras, mentalidades, métodos cuantitativos). Como ha sucedido ya en otras vertientes de la historia donde las ciencias sociales se alían en la generación de *lugares comunes*, la nueva historia política debe convertirse en un lugar donde confluyamos politólogos e historiadores, además, por supuesto, de los demás interesados.

2. LA HISTORIA POLÍTICA MÁS ALLÁ DEL ESTADO.

A pesar que durante tanto tiempo se presentaron como perspectivas historiográficas combatientes, no existe ninguna contradicción en la propuesta de unificar a la *historia social* con la historia política. Si esta combinación no se dio antes, se debe en parte a que la llamada *Nouvelle histoire française*, abanderada con su dura crítica a la vieja historia política, dedicó muy poco espacio a proponer nuevas formas para acercarse al estudio de la historia política. Para Alfredo Ávila los historiadores cercanos a los *Annales*, se equivocaron al confundir las limitantes de los métodos de la historiografía política tradicional con su campo de estudio, de manera que consideraron agotados temas que podían ser estudiados en congruencia con las propuestas revolucionarias.

Gertrude Himmelfarb coincide con este punto de vista y señala que la “nueva historia” cometió un grave error al ignorar temas centrales de las sociedades modernas como la construcción los Estados Nacionales, de la vida pública, de las revoluciones de los regímenes políticos, entre otros⁴². En mi opinión, el gran error cometido por los críticos de la historia política fue partir de un concepto equivocado, obsoleto y limitado, de la política, que impedía tratar desde perspectivas diferentes los hechos vinculados al poder.

Por ello, considero primordial, para dar impulso a la nueva historia política, partir de un concepto más abierto de poder político, que ve a la política más allá del Estado; replanteamiento conceptual que derrumba muchas de las críticas dirigidas por la *historia social* contra el estudio de los hechos y proceso políticos del pasado; reconcepción que abre perspectivas de investigación para los viejos y nuevos temas de la historia política, y que a su vez obliga a recurrir a nuevas formas y métodos para abordar estos temas.

El término historia política, identificado con la historia tradicional, tan atacado y relegado por ciertos historiadores durante gran parte del siglo pasado, utiliza el concepto *política* en su sentido más restringido: la política sólo vista en la esfera más elevada de los gobiernos, entendida como una acción unilateral del soberano (el Rey o el Estado). En esta concepción estatista se supone a la política aislada de la cultura, de los dominados, de la lingüística, de la economía, de la geografía, del arte, etc., como una esfera autónoma, separada del resto de la sociedad.

⁴² Ibidem. P. 4.

Este término decimonónico en el que se identifica la esfera de la política exclusivamente con la esfera del Estado, resulta ya muy estrecho para definir el objeto y las posibilidades de análisis de la historia política. Para renovar a la historia política es necesario en primer lugar transformar el concepto que la disciplina histórica tiene de la política. En este sentido sorprende la lucidez de Marc Bloch, quien ya desde hace muchos años y a pesar de no tener como centro de su atención el tema, había advertido ya, a mediados del siglo pasado, que “habría mucho que decir sobre esta palabra *Política* ¿Por qué reducirla fatalmente al sinónimo superficial?”⁴³.

En efecto, como lo auguraba Bloch, desde entonces mucho se ha estudiado y escrito sobre el concepto de política, tanto por la transformación que ha sufrido el Estado y la sociedad política en los últimos 50 años –baste con mencionar la crisis del Estado Nación y la dispersión de *los lugares de la política*–⁴⁴, como por el desarrollo de una joven ciencia encargada de su estudio. Esta transformación obliga a construir una nueva visión y metodología para enfrentar la política desde la historia, partiendo de un nuevo tratamiento de los hechos políticos del pasado, lo que coincide plenamente con el esfuerzo que desde los *Annales* se ha venido dando para configurar lo que se ha llamado “Nueva historia política”, como parte integrante de la historia total.

Se ha transformado radicalmente el mundo de la política en las sociedades contemporáneas y ha cambiado también profundamente la forma de concebir el poder político en las sociedades del pasado. En lo que respecta a las transformaciones reciente encontramos, por un lado, a un Estado cada más especializado en el ejercicio del poder político que extiende su intervención para jugar un papel fundamental en las diversas esferas de la realidad social a partir de una política económica, educativa, cultural, religiosa, poblacional, etc. Por otro lado observamos un Estado que enfrenta cada vez mayores límites para concretar sus objetivos de transformación social y se enfrenta a una gran diversidad de actores.

El siglo XX nos enfrentó en diversos países con el “triumfo” de la democracia⁴⁵, el surgimiento de los partidos políticos de masas, el papel protagónico de la sociedad civil, el

⁴³ Julliard, Jacques *La Política* ensayo que forma parte de la compilación coordinada por Le Goff, Jaques y Nora, Pierre, *Hacer Historia*. Vol. II. Nuevos enfoques. Ed. Laia, 1979, Barcelona. P. 239

⁴⁴ Ver el artículo de Guillermo Almeyra “Los Lugares de la Política” en la Revista *Viento del Sur* No. 17, agosto 2002, México. P.p. 49-57. En este artículo Almeyra presenta una propuesta de los nuevos espacios para la acción política que han resultado del proceso de globalización de la llamada crisis del Estado Nación.

⁴⁵ Por triunfo de la democracia se entiende el proceso que a lo largo del siglo XX fue instaurando sistemas políticos democráticos en diversos países, a lo largo de distintas etapas. Samuel Huntington ha dividido este proceso en tres “olas democráticas” ver *La tercera ola*, Buenos Aires, Paidós, 1994

fortalecimiento de los regionalismos, la dinámica que introduce el desarrollo de los medios masivos de comunicación e información que politizan a amplias esferas de la población, por mencionar algunos fenómenos que contribuyen a la dispersión del poder. Como resultado de estos procesos la política ya no puede ser reducida al centro estatal y de las élites, e involucra cada vez a más agrupaciones e individuos. El papel del Estado también ha sido minado desde arriba: en las últimas décadas, ante el proceso de globalización, el Estado ha perdido soberanía, imponiéndose sobre él estructuras políticas internacionales, regionales y supranacionales; y debilitado desde debajo, por unidades locales y comunitarias que se fortalecen y ocupan los espacios que quedan vacíos con el desmembramiento de los Estados Nacionales.

Como resultado de estas transformaciones y con el surgimiento de la ciencia política como campo específico de estudio del poder político, que más allá de los cambios en el mundo contemporáneo, ha desarrollado ideas, sujetos y temas de la política novedosos, la historia está obligada a reconocer un concepto mucho más amplio de la política, que no la encierra en lo estatal, sino que supone su ubicuidad. Hoy es claro para cualquier estudioso de la política, que el poder no sólo se ejerce por los gobernantes: ni el Estado se puede reducir y comprender a través del Rey y su corte (el Presidente y su gabinete), ni el Estado ejerce todo el poder político, por lo que hay que estudiar otras esferas. Ciertamente continúa siendo objeto central de estudio para la disciplina, pero existen otra serie de agrupaciones, de comunidades, de movimientos y de grupos que se disputan el ejercicio del poder, que lo comparten; espacios diversos donde en ocasiones la concentración de poder y su impacto sobre las demás esferas de la sociedad es tal, que su estudio se vuelve tan o más relevante que el análisis de los gobiernos nacionales.

Algunos autores recurren a un concepto más elástico como el de “Sistema Político”, que según propone Sartori, amplía el concepto de Estado e incorpora a una serie de subsistemas –los partidos políticos, los grupos de presión, los sindicatos, los movimientos sociales, organismos internacionales y supranacionales, entre otros– que expanden los espacios de la política, añadiendo a la “ubicación vertical”, relacionada con el monopolio legal y legítimo del Estado sobre el poder coercitivo; una “ubicación horizontal”, que responde más a la democratización o masificación de la política, que diluye los espacios de poder y rebasa al Estado⁴⁶. A la ciencia

⁴⁶ Sartori, Giovanni. Op. Cit. P. 218-220

política no sólo le interesa *quién* tiene o ejerce el poder político, sino también, *cómo* y *dónde* se genera y se ejerce, cuáles son sus resortes o las influencias sobre él.

Para nuestra disciplina el poder político se da en el espacio público y por lo tanto existe y se ejerce dentro de una sociedad determinada, se hace visible cuando se ejerce, lo que sólo sucede cuando se establece una relación dialéctica entre quienes lo imponen y quienes lo “obedecen”; asimismo se establece que el poder político no es indivisible, sino que se comparte y se disputa entre diversos actores de la sociedad, dentro y fuera del Estado. En este sentido, el estudio de la política desarrolla conceptos básicos que desbordan la esfera estatal y que ponen en el centro el estudio de diversos actores políticos y sociales.

Tenemos por ejemplo, el concepto de *sociedad civil*, entendida como “la esfera de las relaciones entre individuos, entre grupos y entre clases sociales que se desarrollan fuera de las relaciones de poder que caracterizan a las instituciones estatales”⁴⁷. Este término, recurrente en el discurso político y en la ciencia política, hace referencia al terreno de los conflictos económicos, ideológicos, religiosos y sociales que entran en contacto directo con el Sistema Político exigiendo respuestas de éste. La sociedad civil no desborda sólo al Estado sino también a la misma sociedad política, y constituye en el mundo contemporáneo un actor político central, con un poder de hecho que desafía el monopolio político del Estado y los partidos políticos.

Otro ejemplo, es el concepto de *legitimidad*, que se refiere al grado de consenso en el reconocimiento de una autoridad que asegura la obediencia voluntaria hacia el poder político, y que hace referencia a la insuficiencia de la violencia física como instrumento de poder, a la vez que reconoce a la sociedad, las masas, el pueblo, como un actor central del sistema político, cuyo consentimiento hacia el sistema es esencial para la estabilidad social. No son la ley y las armas los únicos ni los más importantes instrumentos de ejercicio del poder: la política económica y social, la manipulación psicológica y cultural, el discurso ideológico y el uso del lenguaje, la religión, la educación, los medios de comunicación, la historia, etc., son también fuentes de legitimidad y espacios de dominación política, y por tanto objetos de estudio de la ciencia y la historia política.

⁴⁷ Bobbio, Norberto. Vocablo *Sociedad civil*, en Diccionario de Política. Siglo XXI, 11ª edición, 1998, México. P. 1523

Y la lista de conceptos y temas de interés en el campos de la política que podríamos desarrollar es mucho más larga, términos como democracia, gobernabilidad, cultura política, opinión pública, hegemonía, rebelión, revolución, resistencia, comunidad (local o internacional), partidos políticos, movimientos sociales, entre otros, hacen referencia a un poder político que escapa de los límites del Estado, y exigen que el análisis político se refiera a la sociedad en su conjunto.

A partir de ese concepto de política podemos construir una nueva idea de la historia política que evidentemente no sólo se debe ocupar de los picos y cumbres, que no se ocupa exclusivamente de las grandes acciones de los gobernantes y de los “acontecimientos políticos” tradicionales (guerras, tratados, revoluciones y leyes); que no se acaba en el estudio del Estado y que considera centrales a las estructuras sociales, económicas y culturales. Asimismo, esta concepción de la política arrastra a la ciencia que la estudia (en el presente y en el pasado) hacia el reconocimiento de la complejidad y a la búsqueda de una comprensión “total” del problema político.

La historia política debe reconocer entonces que para la comprensión del pasado-presente requiere observar la totalidad del problema, colocarlo en su contexto social, económico, psicológico, geográfico, cultural; situarlo también en la perspectiva de un tiempo que se mueve a distintas velocidades; establecer que la política está presente en múltiples espacios y que en ellos participan una diversidad de actores, individual y colectivamente. Así pues, desde esta perspectiva, se observa con claridad que la ciencia y la historia política, no sólo no son contrarias sino que pueden coincidir plenamente con los objetivos impulsados por la *historia social*.

Estas breves consideraciones sobre un concepto de la política más integral que se interesa por lo económico, lo social, lo cultural, establecen la necesidad de que la ciencia política participe de manera más intensa del llamado *mercado común* de las ciencias sociales y al mismo tiempo posibilitan el desarrollo de una historia política muy distinta a la criticada y relegada historia tradicional, que se apoye en la aportaciones de la *historia social* y las desarrolle en su campo específico de estudio; nueva historia política que se sostenga también en la íntima cooperación con la ciencia política.

En suma, se presentan para los estudiosos de los hechos y proceso políticos del pasado una amplitud de posibilidades de investigación aún por explorar: por un lado los sujetos, los espacios

y los tiempos históricos que interesan a la historia política se han multiplicado⁴⁸; por otro lado, el estudio de los regímenes políticos, de los *picos y cumbres*, que debe seguir siendo parte importante del esfuerzo por la comprensión del pasado, encuentra nuevas posibilidades de análisis que los vinculan necesariamente con la historia analítica. Ahora las cimas del poder (los gobiernos) deben de ser vistas junto con el resto de las montañas (otros poderes fácticos y estructuras que los sostienen), y a su vez, las cimas y las montañas deben de observarse rodeadas de valles y lagos (del conjunto de la sociedad, de la economía, la cultura, las mentalidades, la naturaleza).

⁴⁸ Peter Burke señala que el siglo XIX y el siglo XX han sido poco estudiados por el movimiento de los *Annales*, debido a que el papel central de la política y del Estado en estos siglos, especialmente en el siglo pasado, hace que el paradigma de *Annales* sea inaplicable sin antes ser modificado. Para Burke, la historia del siglo XX desde una perspectiva de los *Annales* es al mismo tiempo necesaria e imposible “Si se le escribiera, no sería historia de *Annales*. Pero la historia contemporánea no se puede escribir sin los *Annales*”. Esta referencia nos muestra sólo un ejemplo de las alternativas poco exploradas que se abren para una nueva historia política.

3. LOS PRIMEROS PASOS HACIA UNA NUEVA HISTORIA POLÍTICA

Así como la ciencia política necesita participar junto con las otras ciencias sociales en torno a la construcción de la *historia social*, la búsqueda de una historia total requiere inevitablemente de la colaboración del análisis político, ya que los caminos que utiliza nuestra disciplina para estudiar a la sociedad tienen mucho que aportar a la difícil tarea de comprender el pasado y el presente. Como hemos visto, el rechazo, cada vez menor, de ciertos historiadores hacia la historia política no es un obstáculo para que nuestra ciencia participe de esta nueva interpretación analítica del pasado, por el contrario, hace necesario renovar la importancia de la historia política a partir de la ciencia política, es decir, recogiendo la teoría, la metodología y los instrumentos de análisis propios de nuestro campo de estudio. El historiador político o el politólogo historiador debe ser un sujeto activo en las discusiones al interior de ambas disciplinas. El esfuerzo por desarrollar una historia global no puede estar completo sin el análisis de los fenómenos políticos, estatales y no estatales, del pasado.

Evidentemente lo que sugiero aquí –la renovación de la historia política al interior de la *historia social* con la participación íntima de la ciencia política– no es la panacea. Como vimos ya en el capítulo primero, en la década de los setenta, la tercera generación de los *Annales* reaccionó al predominio de la *historia social* y económica, al determinismo materialista y al excesivo y restringido (en cuanto a las áreas de aplicación) uso de los instrumentos cuantitativos en el análisis histórico, dando un giro para recuperar al sujeto como objeto de estudio en el pasado. Si bien el principal resultado de esta reacción fue la centralidad que cobró la historia de las mentalidades, paralelamente se dio un esfuerzo al interior del movimiento por volver la vista y renovar la historia política, la historia de los acontecimientos y la narración.

Jacques Julliard es uno de los pioneros historiadores en este esfuerzo al interior de los *Annales*. En 1974, en una obra dedicada a reflexionar sobre el estado de la historia como disciplina, especialmente orientada a exponer los nuevos enfoques que se perfilaban para la renovación de la historiografía francesa en aquellos años⁴⁹ (reflexión característica del proceso que emprendían la terceros *Annales*), Julliard colabora con un revelador ensayo (en lo que a esta

⁴⁹ Tras el movimiento del 68, la escuela de los *Annales*, como parte de una reflexión mucho más amplia, inició un proceso de crítica, de renovación y de expansión a nuevos territorios geográficos y temáticos. En el aspecto organizacional esta transformación se hizo evidente con la sustitución de la figura central de Braudel por una dirigencia colectiva, promotora de un viraje al interior y hacia el exterior.

investigación se refiere) al que titula precisamente *La Política*⁵⁰, cuyo objetivo principal es resaltar ante el gremio de los historiadores la necesidad de renovación de la historia política, dejando atrás el rechazo tradicional de los *Annales* a esta perspectiva de análisis.

En primer lugar, Julliard sostiene que “no hay ninguna razón (...) para que la revolución que conocieron a partir de 1930 las demás ramas de la historia en su metodología y su periodización no se extienda también a la historia política”. Para este autor el desdén a la política al interior de la *historia social* implica una contradicción de origen con el gran objetivo planteado de alcanzar una historia total, pues se deja a un lado una parte central de las sociedades, que es sin duda el poder.

Julliard señalaba, hace más de 30 años, que el estado de languidez de la historia política “está en vías de invertirse” y se mostraba sumamente optimista respecto a los alcances previsibles de este retorno de lo político, ya que reconoce en la historia política la pieza faltante capaz de consolidar una historia totalizante, que contribuya a establecer relaciones más integrales entre los fragmentos sueltos de explicación. El desarrollo de la historia política dentro de la *historia social*, que se ocupe del estudio del poder y su reparto, que introduzca la dialéctica de la continuidad y del cambio, que permita explicar el movimiento de las estructuras y el paso de un equilibrio a otro dentro de las sociedades, podría desempeñar un papel capital en la búsqueda de una interpretación global del devenir de las sociedades. En suma, dice Julliard, “la cuestión no estriba ya en saber si la historia política puede ser inteligible, sino más bien saber si en adelante puede existir una inteligibilidad en historia fuera de la referencia al universo político”⁵¹.

Especialmente atractiva es su convicción de que “la renovación de la historia política se hará en contacto con la ciencia política, disciplina todavía joven y vacilante, pero en plena expansión, y de la que el historiador no puede ya ignorar las investigaciones, como no puede desinteresarse de los logros de la economía política, de la demografía, de la lingüística o del psicoanálisis”⁵². Viniendo de un historiador, este señalamiento debe hacernos reflexionar sobre las posibilidades y responsabilidades que tenemos los politólogos para contribuir con la *historia*

⁵⁰ Julliard, Jacques *La Política* que aparece en Le Goff, Jaques y Nora, Pierre (coordinador). *Hacer Historia*. Vol. II. Nuevos enfoques. Ed. Laia, 1979, Barcelona. P.p. 237-257. Como se indica la compilación contiene una serie de pequeños ensayos de autores cercanos a los *Annales* en los que se reflexiona sobre los nuevos caminos que se perfilan para el desarrollo de la historia social.

⁵¹ Ibidem. P. 243

⁵² Ibidem. P. 244

social para hacer más comprensible nuestro pasado, como punto de partida para la comprensión profunda del presente.

La utilización de los esquemas propios de la ciencia política, dice Julliard, da un respiro más amplio y más profundo a la vieja historia política. En este ensayo Julliard propone una serie de investigaciones pendientes de realizarse (muchas de ellas aún lo están): los regímenes electorales, las elecciones y sus resultados; los grupos de presión, el comportamiento de los partidos, de los sindicatos; el peso y alcance de la opinión pública; las relaciones entre las instituciones políticas y las formaciones sociales que las sostienen; las conexiones del poder político con las clases sociales; la composición social de los partidos y de las cámaras legislativas, por mencionar algunos temas.

Pasados 30 años de la redacción de este ensayo, se nos presenta una buena oportunidad para evaluar qué tan acertadas han resultado las optimistas predicciones del Jaques Julliard. En este sentido, debemos preguntarnos: ¿ha pasado efectivamente la historia política a ser un elemento central de la *historia social*? La respuesta contundente es que no, si bien el proceso de renovación de la historia política ha continuado y se ha fortalecido, fundamentalmente a partir de 1989, el término historia política normalmente sigue ausente de los *lugares comunes*, para utilizar la expresión de Burke, con que se identifica a la *historia social*. ¿La ciencia política ha tenido una participación relevante en el desarrollo de esta nueva historia? Nuevamente la respuesta es negativa, y en ello los politólogos cargamos con gran parte la responsabilidad, pues no acabamos de asumir un compromiso claro en torno a esa convergencia entre historia y ciencias sociales; en ese sentido muchas disciplinas nos llevan amplia ventaja.

Hace unos años, Carlos Barros recordaba, al analizar las contribuciones de la tercera generación de los *Annales*, que ya en 1971 Jacques Le Goff, en un artículo en que se preguntaba si *¿Es la Política todavía el esqueleto de la historia?*, y en el cual delineaba pinceladas de una propuesta para el desarrollo de una nueva historia política, advertía sus sospechas de que su planteamiento no tendría mucho éxito en el corto plazo y se lamentaba diciendo: “la verdad es que la nueva historia política que he tratado de esbozar sigue siendo un sueño antes que una realidad”⁵³.

⁵³ Carlos Barros *La contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades 1969-1989*, <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/contribucion.htm>, P. 10. El artículo de Le Goff al que se refiere Barros es “Is Politics

Así, las entusiastas propuestas para el desarrollo de una nueva historia política, formuladas en los primeros años de los setenta del siglo XX, se quedarían en el tintero y sus promotores, incluidos Julliard y Le Goff, se concentrarían en fortalecer la historia de las mentalidades que ocupó la atención de los nuevos *Annales*. Algunos no quitaron el dedo del renglón, como Coutau-Bergarie y François Dosse, que a pesar de las grandes diferencias que los distanciaban, coinciden en acusar a la tercera generación de los *Annales* de haber abandonado el estudio de la historia política, y de haber traicionado las promesas de renovación que se formularon en los primeros años de euforia. Como reconoce Carlos Barros, no es sino hasta finales de la década de los 80 y principios de los 90 del siglo pasado, que se puede empezar a hablar propiamente del desarrollo de una nueva historia política, cuyos lineamientos son los mismos que se habían esbozado 20 años atrás. Esta nueva vertiente del estudio del pasado aún está lejos de consolidarse en el centro de los *Annales* como pieza clave de la historia total.

El hecho de que las profecías de los jóvenes historiadores de la tercera generación tengan aún algunas deudas que saldar, no implica negar la importancia del productivo y sugerente proceso de renovación que ha experimentado la historia política en los últimos 10 ó 15 años. En este proceso, la nueva historia política se ha apoyado, en primer lugar en la recuperación del sujeto hecho por la tercera generación de los *Annales* y en los importantes logros alcanzados por otras ramas de la *historia social* en alianza con las ciencias sociales (la antropología histórica, por ejemplo); en segundo lugar, en la transformación del concepto de la política que reconoce la interacción e interdependencia con las estructuras económicas y sociales. Un tercer impulso fundamental para el desarrollo de la nueva política, son los profundos cambios sociales y políticos que explotan a partir de 1989, que han llamado la atención sobre la velocidad de las transformaciones políticas y sociales y, paradójicamente, sobre los grandes límites que se imponen a la acción política de los gobiernos nacionales, poniendo en duda las mismas capacidades del Estado.

En otras palabras, ante los nuevos retos que impone la realidad social y las nuevas preguntas que surgen para el pasado, los historiadores dedicados al estudio de los hechos políticos se han dado cuenta que pueden y deben apoyarse en una rica veta descubierta por la *historia social*, que pone a su disposición una serie de elementos (conceptos, métodos, técnicas) para explicar los

still the backbone of history?”, publicado en la revista *Daedalus*, verano 1971; la traducción al español se encuentra en *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente Medieval*, Barcelona, 1985.

procesos políticos desde el campo social, económico y cultural; asimismo los historiadores de lo social y de las mentalidades han cobrado conciencia de la necesidad de incorporar a la historia política en sus reflexiones.

Esta nueva historia política se está haciendo al interior de la llamada nueva historia, siguiendo el viejo llamado de Fernand Braudel, de acercar la historia a las demás ciencias sociales, de enriquecer nuestros estudios con otras perspectivas y con otros métodos. Sin embargo la presencia de la ciencia política en este esfuerzo no es dominante, como debiera serlo. Cuando Alfredo Ávila señala que “Los inclinados por el pasado político han procurado buscar en la sociología, en la filosofía, en la psicología y en la economía nuevos instrumentos para su análisis. Incluso se han acordado de la existencia de la ciencia política”⁵⁴, nos da a entender que existe una tímida presencia de la ciencia política en esta renovación. “Incluso” la ciencia política refiere Ávila, dejando en claro el segundo plano en que se ha tenido a aquella ciencia especializada en el estudio del poder político.

Es en este punto, donde la propuesta de Jaques Julliard tiene aún un largo camino que recorrer, y donde la nueva historia política sigue sin desarrollarse en todas sus posibilidades, quedando varios espacios inexplorados con múltiples puertas para la investigación. Los politólogos, tenemos gran responsabilidad en este atraso, pues somos nosotros quienes deberíamos pujar con mayor fuerza a favor de esta participación. Leonor Ludlow señalaba, como un reclamo más que justificado pues la denuncia se formula en una revista especializada de ciencia política, que hacia finales de los años 80 la mayor parte de “las propuestas de renovación de la historia política han venido por parte de los propios historiadores, ya que pareciera que la historia no es considerada relevante para los estudiosos de los fenómenos políticos”⁵⁵. Desde entonces la situación no ha cambiado en mucho y que incluso se agravado, ampliándose la distancia entre el historiador y el politólogo.

Mientras que los historiadores comienzan a reconocer la existencia de nuestra disciplina y a buscar puntos de encuentro en la tarea de interpretación del pasado, los politólogos seguimos rechazando la importancia de la historia y no mostramos un gran interés por buscar una participación relevante en la construcción de una renovada interpretación del pasado político, fundamental en la comprensión de nuestro presente. Al no participar intensamente de la nueva

⁵⁴ Ávila, Alfredo. Op. Cit. P. 8

⁵⁵ Ludlow, Leonor. Op. Cit. P. 23

historia política no sólo estamos desperdiciando la oportunidad de fortalecer una rama del estudio del pasado en la que estamos especialmente interesados, sino también, y esto me parece más grave, no estamos siendo partícipes de un esfuerzo que intenta vincular íntimamente a las ciencias sociales y humanas, con lo que mantenemos encerrada la ciencia política, limitando con ello, de forma muy importante, las posibilidades de comprensión de la realidad y de generación de propuestas de futuro, desde nuestra disciplina.

En suma, la invitación que se formula claramente en este trabajo es a que los politólogos hagamos un esfuerzo paralelo al que han emprendido algunos historiadores, por reencontrarnos con la historia, no sólo por los beneficios que puede producir para el desarrollo de una nueva historia política y en general para la *historia social*, sino, sobre todo, por los elementos que el estudio del pasado le puede aportar para la comprensión de los fenómenos políticos contemporáneos. Este esfuerzo debe de introducirse dentro de la nueva historia analítica, reconocer las críticas que se han formulado contra la vieja historia política y formular nuevas vías de análisis político del pasado.

Si reconocemos que para la ciencia política se aplica también la propuesta de George Duby, quien señala que “es aliándose a las disciplinas vecinas y apremiándolas, así como esforzándose por responder sus interrogaciones y a sus preposiciones como progresa la historia, y tanto más rápido en cuanto sus aliadas la arrastran y la empujan con más fuerza”⁵⁶, entonces no podemos dejar de reconocer la necesidad que tiene nuestra disciplina de fortalecer la alianza entre ciencia política e *historia social* para el desarrollo y perfeccionamiento de los conocimientos y métodos de ambas ramas de estudio.

⁵⁶ Duby, Georges. Obras selectas. Compilación de Beatriz Rojas, FCE, 1999, México. P. 47

4. ALGUNOS CAMINOS PROPUESTOS PARA LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIA POLÍTICA.

En el camino de su renovación, la historia política no empieza desde cero. Existen ya algunos caminos avanzados cercanos a la nueva historia política que deben ser considerados. En este apartado identificamos cuatro caminos específicos cuyos avances intelectuales deben de ser adoptados, tanto por la historia política como por la ciencia política: la larga duración, la historia de las mentalidades, el estudio de las ideologías del pasado y la historia de las teorías políticas. Los tres primeros casos son esfuerzos desarrollados en el interior de los *Annales*, el último ejemplo es una propuesta que se origina desde la historiografía inglesa.

4.1 La larga duración

Un primer paso fundamental en el desarrollo de la nueva historia política es disociarse de la crítica que se la había dirigido desde los *Annales* al identificarla inevitablemente como historia de los acontecimientos y narrativa. Como lo señala Leonor Ludlow, la renovación busca mostrar que no se tiene cerrada ninguna puerta para “someter las manifestaciones políticas al tiempo largo, al tiempo de las estructuras”⁵⁷, lo cual no implica, por otro lado, dejar de reconocer la importancia de la coyuntura y de los cambios inmediatos en el análisis del pasado político. El mismo Fernand Braudel, nada afín a la historia política, reconocía que ésta “no es forzosamente acontecimental ni está destinada a serlo”⁵⁸.

Ahora bien, no se trata de que la nueva historia política se deslinde de la historia narrativa y de los acontecimientos: al mismo tiempo que se busca introducir la dinámica de los tiempos largos, es importante reivindicar al acontecimiento como un aspecto fundamental de la historia total. Es preciso también mantener una prudente distancia del enfoque materialista y determinista de la historia, reconociendo el papel de las estructura y dando valor también a la acción social e individual y a su capacidad para de influir en su entorno, de transformarlo y de construir futuro. En este sentido, se cuenta con los trabajos de la tercera generación de los

⁵⁷ Ludlow, Op. Cit. P. 23

⁵⁸ Julliard, Op. Cit. P. 239. Por historia *acontecimental* se entiende aquella que trata, considera, pondera y reflexiona sobre los acontecimientos.

Annales que ha emprendido un renacimiento de la narrativa así como nuevas formas para observar los acontecimientos.

En suma, el camino de la renovación de la historia política está en el reconocimiento tanto del cambio como de la continuidad, y se enfrenta al reto de estudiar las vinculaciones entre ambos ritmos de movimiento del pasado. Por un lado, al sostener la relativa autonomía de la política en las sociedades, la historia política debe abandonar la visión determinista y causalista, evolucionista y fatalista, que oculta la importancia del acontecimiento en la línea del progreso inevitable, y destacar la participación del cambio y la acción en el análisis del pasado. El acontecimiento político no es sólo una causa de efectos inmediatos, es también motor del devenir social, posible generador de cambios profundos y revolucionarios en las estructuras, es a su vez, productor de nuevas estructuras (políticas, económicas, mentales, etc.). En las palabras de Le Roy Ladurie, el acontecimiento es “catalizador”, “traumático” o “creativo”.

Por el otro lado, participando de la *historia social*, la nueva historia política debe poner especial atención en la permanencia. Así como la continuidad no se mantiene inalterable, ni el cambio es absoluto ni el acontecimiento todo poderoso. Las estructuras materiales y mentales se mueven a diferente ritmo y no pueden comprenderse a partir de una mirada enfocada hacia el instante, porque sus transformaciones son más lentas. En este sentido, Julliard propone que la nueva historia política debe moverse en una auténtica dialéctica estructura-acontecimiento, que reconoce la influencia que impone lo social sobre lo político y la fuerza de transformación de la política sobre las estructuras sociales y económicas.

El historiador político tendrá que recurrir cada vez más a la larga duración, eso es, tendrá que contemplar la temporalidad en la que trabaja bajo el ángulo de la permanencia y no sólo del cambio. Tendrá que renunciar así mismo a esta continuidad histórica que se desarrolla a lo largo de un tiempo homogéneo, del que había hecho un dogma, para reunir, por medio de la comparación, los elementos de una estructura que el acontecimiento camufla tras su singularidad⁵⁹.

Esta advertencia que lanza Julliard a los historiadores debe hacerse extensiva para nosotros los politólogos, que de igual forma acostumbramos a perdernos en el acontecimiento contemporáneo y su inmediatez, que nos reducimos a explicar los fenómenos a partir de modelos

⁵⁹ Julliard, Op. Cit. P.p. 246-249

evolucionistas (teorías de la modernización o de la transición, por poner dos ejemplos) o que dejamos a un lado el estudio de las estructuras limitándonos a la descripción de la realidad visible en el presente. Al igual que la historia, la ciencia política debe reconocer en la *permanencia* un espacio central para explicar los fenómenos que estudia. La consideración de la larga duración y del tiempo coyuntural en su impacto con el presente, es esencial para el análisis de los fenómenos políticos en su *profundidad*, en sus raíces estructurales e históricas; nos permite mirar el cambio y la estabilidad de los regímenes políticos y de las sociedades con mayor prudencia.

Y sucede que, justo cuando incluimos en nuestro análisis el estudio de los elementos más estables de la política, su continuidad y transformación, la línea que separa el presente del pasado se vuelve muy difusa, casi imperceptible, y, por tanto, nuestra disciplina se confunde (se integra) con la historia en sus objetos de estudio. Por ejemplo, si deseamos explicar fenómenos como la corrupción en el sistema político mexicano e identificamos que para comprender éstos es necesario recurrir a elementos culturales e institucionales cuya explicación tiene mucho que ver con nuestra historia colonial, nos vemos obligados a recurrir al estudio del pasado.

El tiempo largo es totalmente compatible con los intereses de la ciencia política. Estado y poder, objetos de estudio básicos del análisis político, no sólo se conocen a partir de las revoluciones y momentos fundacionales, sino sobre todo, a partir de la estabilidad y permanencia de las instituciones (formales e informales) y de los grupos de poder dentro de la sociedad, de la lenta circulación de las élites, del proceso de formación de los movimientos sociales, de la continuidad y la transformación de las ideologías y de las culturas políticas.

El reconocimiento que hace la nueva historia sobre la existencia de tiempos diferentes al de los acontecimientos ayuda a la ciencia política a observar con mayor cuidado y precaución los cambios que suceden en las sociedades. Cuando se mira con este espejo de larga duración a las “profundas transformaciones” políticas, éstas demuestran no ser tan revolucionarias como se les presenta en su momento, y por el contrario aparecen, en parte, como continuidades de ciertos procesos más añejos.

La historia de la humanidad está llena de ejemplos de sociedades que tuvieron que pagar un alto costo por haber sobrevaluado el cambio y haber mirado con desprecio al pasado y a la continuidad, de movimientos que supusieron una capacidad absoluta para transformar de manera inmediata las estructuras heredadas por el “antiguo régimen” y que incumplieron sus promesas.

Algunas revoluciones triunfantes llamaron *año 0* a la fecha en que se consuma la victoria, a partir del cual todo el pasado se anula por decreto y se inicia la construcción de la nueva sociedad revolucionaria. Es el fracaso por haber supuesto que la labor de construcción de la nueva sociedad no enfrenta ningún obstáculo infranqueable para la voluntad política; la desilusión que se cristaliza cuando la revolución se institucionaliza y se hace gobierno y empiezan a hacerse patentes los enormes límites de la transformación prometida que se enfrenta a la continuidad de los vicios del pasado. La frustración repetida de los revolucionarios, nos obliga a ser más cautos y a reconocer la profunda permanencia del pasado en el presente.

Reitero, no hay que caer en el dilema que enfrenta a los tiempos largos y las estructuras con la acción de los grupos e individuos; al análisis político con el análisis social y económico. Los problemas que enfrenta la revolución para alcanzar la reforma social y los límites del poder político para impulsarla, no anulan la importancia del acontecimiento y las posibilidades de construcción de futuro, como pretenden afirmar las teorías reaccionarias. La fuerza del acontecimiento y la coyuntura y las transformaciones definitivas de las bases de la sociedad que pudieron haber conseguido las revoluciones no pueden evaluarse con el cronómetro de lo inmediato, sino en el mediano y largo plazo.

Por lo tanto, la coyuntura y el cambio deben seguir siendo subrayados en el análisis histórico y en el análisis político. La atención en las continuidades de las estructuras y en la larga duración no debe hacernos perder de vista la centralidad del análisis coyuntural en la historia política, ni olvidar la importancia de la acción política. Ni la permanencia es absoluta, ni la historia es lineal; ni el acontecimiento político es del todo azaroso, ni el cambio es total, como nos lo demuestra el análisis histórico y político que reconoce la diversidad de ritmos del tiempo.

Finalizo este apartado con otro ejemplo de las ventajas que podemos obtener en el análisis político de la historia al adoptar una concepción diversa del tiempo. La interpretación positivista de la historia que supone la evolución permanente de las sociedades hacia el progreso, nos lleva inevitablemente al reconocimiento de la modernidad como el punto de llegada común de las sociedades que han logrado dejar atrás, en el pasado, a la sociedad tradicional. Reformada, la visión positivista de la historia se nos presenta, en el siglo XX, en la Teoría de la Modernización, que encierra el análisis de todas las sociedades en el camino lineal, progresivo y universal de lo tradicional hacia lo moderno (varios estudiosos de la transición suelen caer en este modelo). La

globalización presentada como la homogenización del planeta en torno a las normas del capitalismo y de los valores occidentales es parte de esa misma visión histórica evolutiva de la sociedad.

Por el contrario, el reconocimiento del tiempo diverso en el que se dan paralelamente la continuidad y la ruptura, nos presentan una interpretación más apegada a la realidad social, donde la tradición convive y se enfrenta permanentemente a la modernidad, y donde lo particular (lo local) entra en conflicto con la universalidad (lo global). Esto es una muestra de la manera en que el reconocimiento de la permanencia y su relación dialéctica con el cambio, en la historia y en la teoría social, es un camino para cuestionar teórica e históricamente esa linealidad inevitable del desarrollo.

4.2 Historia de las mentalidades.

Aunque la *historia social* comenzó siendo “materialista” en su acercamiento con la economía, la demografía o la geografía; en la tercera generación de los *Annales* se desarrolló y tomó un lugar prioritario la llamada historia de las mentalidades⁶⁰, que centra la atención en los fenómenos mentales y en la imagen que los hombres se crean del mundo. Este nicho se ocupa del estudio de los sistemas de valores y de las actitudes mentales como productos culturales, y de la forma en que estas mentalidades se relacionan con la realidad concreta (económica, política, social) de las sociedades.

Como ya vimos el desarrollo de la historia de las mentalidades coincide con la llamada renovación de la historia política. La coincidencia no es sólo temporal, ambas ramas de estudio se dirigen también hacia un objetivo común, reforzar el estudio del sujeto en el contexto de la historia social y la historia económica. En mi opinión, el principal punto de encuentro entre historia de las mentalidades e historia política son los temas comunes que observan y analizan en

⁶⁰ El término *Historia de las mentalidades*, normalmente es relacionado con la tercera generación de los *Annales* como ya vimos en el capítulo I. Sin embargo, las experiencias preocupadas por el análisis cultural del pasado escapan las fronteras de Francia y los seguidores de *Annales*. Existe por parte de diversas escuelas historiográficas en el mundo una recepción crítica de la propuesta de la *nouvelle histoire*, así como una recuperación de la escuela francesa de los trabajos realizados por éstas. Son destacados los ejemplos de la antropología histórica inglesa (E.P. Thompson, E.J. Hobsbawm), la nueva historia cultural norteamericana (N.Z. Davis, R. Danton) y la microhistoria. Ver Carlos Barros *La contribución de los terceros Annales y la historia de las mentalidades 1969-1989*, ensayo presentado en el marco del 1er Congreso “Historia a Debate” <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/contribucion.htm>.

el pasado. Es necesario señalar que en esta intersección participa también la ciencia política, especialmente en lo que respecta en la vertiente de estudio de la cultura política.

Los sistemas de valores y creencias que ocupan a la historia de las mentalidades, es crucial en la investigación de la política, ya que estas formas de pensar, de sentir, de imaginar y de actuar de los individuos y los grupos sociales, determinan las formas en éstos se relacionan con el poder político y sus instituciones; alimentan o destruyen la confianza y las esperanzas de las comunidades frente al sistema; participan decisivamente de la legitimidad del régimen o, en su defecto, de las fuerzas revolucionarias que buscan transformarlo.

Las mentalidades, incluida lo que podríamos llamar la cultura política de las sociedades, punto central en el campo de estudio de la ciencia política, son evidentemente fenómenos históricos, que se transforman a través del tiempo –en muchas ocasiones en procesos de media o larga duración–, por lo que su estudio sólo puede establecerse en la relación pasado-presente-futuro, que exige que la historia y las ciencias sociales se alíen en su investigación.

Georges Duby⁶¹ señala que si bien la historia desde siempre ha pretendido ser psicológica, la historia de las mentalidades significa una revolución al interior de la *historia social* por la metodología y el enfoque de los que parte para analizar los sistemas de valores y las estructuras mentales de las sociedades. La vieja historia política había mostrado ya el interés por la mentalidad del sujeto político, buscando explicar a los grandes acontecimientos de la historia mediante la interpretación subjetiva de las motivaciones, los deseos, los sentimientos y las pasiones de “los grandes hombres” (el Monarca, el Político, el Héroe). De hecho, la *historia social* lanzó gran parte de sus ataques contra este anacronismo de pretensiones psicológicas al que Lucien Febvre denunció como “el peor de todos, el más insidioso”, pues partía de la suposición de que la propia estructura mental del historiador era la base para explicar las motivaciones de la acción de los gobernantes.

La vieja historia política buscaba comprender y explicar al héroe apartándolo de su contexto, olvidando, por un lado, que la mentalidad no es ajena a su proceso histórico, y por otro, que la mentalidad de los hombres no había sido la misma en todas las épocas y, por lo tanto, que interpretar otra mentalidad según el esquema mental del intérprete, es un grave anacronismo. En contraste con esa historia política “psicológica”, la historia de las mentalidades parte del

⁶¹ Duby, Georges. *Historia de las mentalidades*. Op. Cit. P.p. 44-66.

reconocimiento de la transformación constante en las formas en que los hombres piensan su mundo y de una concepción dialéctica de la mentalidad interesada en la relación entre el individuo y su grupo, en la que se reconstruyen de manera permanente las mentalidades colectivas.

En este sentido, Carlos Barros destaca que la gran innovación de los *Annales* no consiste en inventar a las mentalidades como objeto de la historia, sino en recoger toda una serie de conceptos, técnicas y enseñanzas de otras disciplinas (la antropología y la psicología principalmente), y ser capaces de llevar a cabo, a partir de ellas, una serie de investigaciones empíricas de las sociedades históricas. “La historia de las mentalidades viene a ser la vieja historia cultural más lo que puede aportarle temáticamente (y metodológicamente) la antropología, la psicología..., o sea, todo lo relativo al sujeto humano”.⁶²

Es especialmente relevante la influencia de la psicología social, ya que es siguiendo a ésta, que la historia de las mentalidades empieza a desarrollar su análisis histórico más allá del estudio de la mentalidad del héroe aislado y del concepto de “conciencia colectiva” que se despreocupaba completamente de los individuos. Buscando un equilibrio, la psicología social señala que no es posible aislar la personalidad del individuo del grupo o grupos a los que pertenece, lo importante en la sociedad es el diálogo entre yo y el otro, y en ese diálogo entre lo individual y lo colectivo se construyen las estructuras mentales.

Las mentalidades son un producto histórico, y como tales participan de la herencia cultural y mental que está en transformación, y que se mueve en el tiempo a una velocidad propia distinta a la de las estructuras materiales y políticas. La pregunta propia de la psicología social sobre cuál es el universo mental del que participamos, debe ser ampliada, según la historia de las mentalidades, a la interrogante de cuál (o cuáles) es el pasado mental que nos rodea; y como se transforma.

La ciencia política por su parte ha desarrollado un gran interés por el estudio de las mentalidades políticas de las sociedades del presente. En nuestra disciplina existe hoy el convencimiento de que las acciones políticas participan, de un contexto psicológico y cultural que son determinantes. El interés por el estudio de la cultura política y de las identidades está presente desde los orígenes mismos de la ciencia política, pero ha experimentado un auge en los

⁶² Barros, Carlos. Op. Cit. P. 6.

últimos 40 años, en respuesta al reconocimiento de la relevancia de la subjetividad del individuo y de los grupos para la comprensión de la acción política. El estudio de la cultura política alejado de la historia de las mentalidades, corre riesgos similares a los anacronismos de la vieja historia política, que pone poca atención a los movimientos mentales y culturales de las sociedades en el tiempo. El contexto político “mental” debe ser pensado e interpretado históricamente, en el contacto entre historia y ciencia política.

La cultura política, según la define Almond, “es la dimensión subjetiva del sistema político”⁶³, se compone por la serie de valores, creencias, ideas, conocimientos, sentimientos y juicios, que los miembros de una comunidad política tienen con respecto a su entorno político (las autoridades y funcionarios, las estructura institucional, la nación, acerca de sí mismos como actores políticos, o de las políticas de otros actores). Estamos hablando del *instrumental mental* del que disponen los individuos, y con el cual se relacionan en el espacio público; nos referimos también a los modelos culturales y políticos de los que participan estos sujetos, así como los medios de información y educación (la escuela, la familia, los medios de comunicación, la propaganda, etc.) por los que se le proponen (imponen) y refuerzan, durante la infancia y a lo largo de toda la vida, estos modelos; participan también en este campo, las representaciones políticas: los simbolismos, los mitos, los ritos y las creencias que comparten con su comunidad. Todos los elementos señalados, que son objetos de estudio centrales para el análisis de la cultura política, ocupan también, un lugar principal de la historia de las mentalidades, por lo que la convivencia entre ambas especialidades no sólo es posible, sino muy deseable.

Preocupadas por los mismos asuntos (los sistemas de valores, las actitudes mentales y sus representaciones), el estudio de la cultura política y la historia de las mentalidades encuentran una veta muy valiosa en la oportunidad de compartir sus metodologías y conocimientos. Por un lado, los avances en los estudios de la opinión pública, el desarrollo de métodos estadísticos que han favorecido enormemente al crecimiento del estudio de la cultura política, se verán enriquecidos al dotarlos de profundidad histórica y de la experiencia que ha desarrollado la historia de las mentalidades en su vinculación con la psicología social y la antropología; por ejemplo, podemos fortalecer los métodos y técnicas de estudio de la cultura política (la elaboración e interpretación de las encuestas, las entrevistas o los cuestionarios) con los

⁶³ Almond, Gabriel. A. *El estudio de la cultura política en Una Disciplina Segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. FCE, 1999, México. P. 214

conocimientos que se obtienen al relacionar las personalidades de los individuos con las de los grupos y comunidades, de vivos y de muertos, a las que pertenecen.

El reconocimiento de la duración en las mentalidades, el análisis del cambio y la permanencia en las culturas políticas, no es sólo un recurso, sino un objetivo central en el estudio de esta rama de la ciencia política. Los estudios más influyentes sobre cultura política han avanzado en este sentido, reconociendo la necesidad de estudiar a las culturas en el tiempo. Almond y Verba, por ejemplo, en *The Civic Culture Revisited*, publicada en 1980, buscan identificar las transformaciones experimentadas por las *culturas cívicas* que habían analizado ya, en la década de los sesenta en su influyente obra, *The Civic Culture (1963)*. En la nueva versión analizan, a partir de la comparación de los resultados obtenidos en distintos momentos históricos, las continuidades y las rupturas culturales.

La investigación de la Encuesta Mundial de Valores comandada por Ronald Inglehart, es otro ejemplo. Durante casi treinta años este esfuerzo ha dado continuidad al estudio iniciado en *The silent Revolution: Changing Values and Political Style Among Western Publics (1975)*, con el objeto de observar los cambios y de reconocer la transformación o estabilidad de las mentalidades en distintos países. Este análisis *histórico* de cultura política les ha permitido a Inglehart y sus colaboradores, sugerir ciertas explicaciones al surgimiento de nuevos actores y discursos políticos que responden a nuevas estructuras culturales (los nuevos movimientos sociales, por ejemplo), y a la desaparición de otros actores cuyo marco normativo ha perdido vigencia culturalmente hablando.

En general, estos estudios histórico-comparativos de la cultura política, sólo han conseguido establecer relaciones de cambio y permanencia respecto a periodos relativamente cortos. Aunque existe entre los estudiosos de la cultura política el interés por el cambio y el movimiento de los valores culturales, éste no se ha traducido a un trabajo común y compartido con la historia de las mentalidades. Es necesario extender estas comparaciones temporales a procesos más largos y, sobre todo, combinar los métodos de una y otra áreas de estudio para el análisis de las culturas.

Desde una reflexión más teórica, Gabriel Almond, en un ensayo que resume el desarrollo del estudio de la cultura política al interior de la ciencia política en los últimos años, señala que por un lado, ciertos estudios “muestran que la cultura política es una variable relativamente

flexible, influida de manera significativa por la experiencia histórica así como por la estructura y el desempeño gubernamentales”, y que por otro lado, se ha demostrado que en ciertos aspectos la cultura política “parece capaz de soportar duros embates sin cambiar mucho... las convicciones y valores políticos fundamentales son más resistentes, (y) aunque pueden cambiar”, lo hacen de manera más lenta, a tal grado que “las actitudes, identidades y valores asociados con lo étnico, la nacionalidad y la religión...parecen casi indestructibles”⁶⁴.

Para comprender estas diferencias en el cambio de la cultura política que describe Almond, sería de gran utilidad observarlas y explicarlas desde la diversidad de tiempos históricos que propone la nueva historia; la “lentitud” con que se mueven ciertas estructuras mentales corresponde en ocasiones al tiempo de la coyuntura, o en muchas otras a la larga duración. El impacto que tienen ciertos acontecimientos sobre estas estructuras y que no se logra observar más que en largos periodos de tiempo, hace necesario que en el esfuerzo por mirar a la cultura política en sus cambios y permanencias, se recurra al análisis histórico más prolongado, estableciendo líneas de contacto que nos permitan explicar las mentalidades del presente.

4.3 Historia de las ideologías.

La historia de las ideologías cruza horizontalmente a la historia de las mentalidades y a la historia política, y nos permite establecer un fuerte lazo de unión entre ambos espacios de desarrollo de la historia analítica. Para George Duby la historia de las ideologías es en realidad un apartado de la historia de las mentalidades, un espacio específico dentro de los sistemas de valores y actitudes morales de las sociedades del pasado. Así como es evidente la participación de las ideologías dentro de las mentalidades, también lo es la centralidad que tienen las ideologías en el análisis de las cuestiones del poder y su reparto, que constituyen el objeto de la historia política. De hecho, para François Dosse la renovación de la historia política encuentra una de sus vías más relevantes de desarrollo en la elaboración de una historia simbólica de lo político, claramente vinculada a la historia de las ideologías⁶⁵.

⁶⁴ Almond, G. *El estudio de la cultura política*, Op. Cit. P. 206, 210 y 212.

⁶⁵ François Dosse, en el ciclo de conferencias impartido en el Instituto de Investigaciones Históricas –UNAM. 25, 26 y 27 noviembre del 2002.

Por ideología entiendo, siguiendo a Louis Althusser, “un sistema (con su lógica y rigor propios) de representaciones (imágenes, mitos, ideas y conceptos según los casos) dotado de existencia y de un papel histórico en el seno de una sociedad determinada”. A esta definición, Duby⁶⁶ añade las siguientes características:

- 1) Las ideologías aparecen como sistemas completos y por naturaleza abarcadores, pues pretenden ofrecer una visión coherente y bien cohesionada del mundo, una representación integral del pasado, del presente y del futuro;
- 2) Su primera función es tranquilizar frente a los cambios y a la inestabilidad del exterior, por esta razón, son por naturaleza deformadoras, ocultan, camuflan y desvirtúan la realidad (el pasado, el presente y el futuro), presentándola a los sujetos que profesan la ideología en un esquema dualista y netamente maniqueísta, que da tranquilidad a sus adeptos;
- 3) Son concurrentes, es decir, se reconoce que en una sociedad no existe una sola ideología, sino varios sistemas de representaciones, que responden a distintas formas culturales y distintas posiciones políticas, por lo que las ideologías “adversarias” coexisten en un juego de permanente confrontación y acercamiento;
- 4) Tienden a la estabilidad, ya que participan de la rigidez de todos los sistemas de valores, cuya armadura, formada por las tradiciones, se preserva en los órganos de educación, en el lenguaje, en los mitos, etc. Como su supervivencia (vigencia y apoyo) depende de la estabilidad del frágil equilibrio al que hacen referencia y del que se sostienen, las ideologías son instintivamente resistentes al cambio, “el miedo al futuro hace que las ideologías se apoyen sin más en las fuerzas de conservación”;
- 5) Todos los sistemas ideológicos tienen como base una visión particular de la historia, estableciendo sobre la memoria de los tiempos pasados, objetiva o mítica, el proyecto de futuro se plantea como objetivo colectivo.

Las ideologías, evidentemente, están también sujetas a la transformación, este hecho somete a las ideologías a una permanente paradoja. Mientras que, por un lado tienen una naturaleza conservadora y se inclinan hacia la estabilidad, por otro lado las ideologías deben de

⁶⁶ Duby, Georges. *Historia social e ideologías de las sociedades*. Op. Cit., P.p. 67-83

ser flexibles para responder a los cambios y adaptarse a los nuevos equilibrios, pues sólo al adaptarse, más o menos a las transformaciones de la sociedad (aunque por lo general de manera más lenta), modificándose, superficial o profundamente, pueden mantener cierta correspondencia con la realidad, sea para justificarla o para criticarla. Duby señala que frente a los conflictos que enfrentan las sociedades “las ideologías tienen que adaptarse para resistir mejor o para vencer mejor. Frente a las ideologías adversas se tensan o aligeran, se afirman o disimulan, se enmascaran bajo el velo de apariencias nuevas”⁶⁷.

Así, en la confrontación mutua, especialmente en coyunturas políticas, económicas o sociales, las ideologías compiten por su supervivencia moviéndose en una dinámica de exclusión-inclusión. Cuando la posición es de fuerza la exclusión representa una posibilidad atractiva para enfrentar a los rasgos más opuestos de las ideologías adversarias; sin embargo, no es la única opción ni necesariamente la más eficiente, la inclusión mediante el sometimiento del adversario a partir de la traducción de sus representaciones dentro del esquema propio, suele ser también un instrumento privilegiado para enfrentar al “otro”. Frente al otro vencido, se abren dos posibilidades, su desaparición (destruyéndolo o negándolo), o su traducción al lenguaje propio. La traducción implica generalmente la transformación de la ideología propia. La historia de las ideologías está especialmente atenta al análisis de estos conflictos, confrontaciones, asimilaciones, exclusiones e inclusiones, y en el papel preponderante que desempeñan algunos medios sociales en esta disputa.

Los movimientos de las ideologías “son por lo general muy lentos”, y no pueden ser percibidos más que en un estudio profundo en el tiempo. La comprensión de las ideologías del presente, fundamental para nuestra disciplina por el papel que juegan en la legitimación del poder o en el rechazo al orden establecido por parte de la comunidad política, parte inevitablemente de un estudio histórico. Necesita forzosamente de referencias sobre el estado en el pasado de la ideología que interesa analizar, pues sólo a partir de esas referencias es posible establecer su estado actual, reconocer sus transformaciones, distinguir los rasgos de otras ideologías que ha asimilado y los propios principios que ha abandonado o que permanecen, analizar en qué sentido y con qué profundidad, se han dado estos cambios. El estudio de las ideologías, y en general de

⁶⁷ Ibidem. P. 71

las mentalidades, es uno de esos campos en los que una estricta separación entre el pasado y el presente, entre el trabajo del historiador y el del politólogo, hacen imposible la comprensión.

Si reconocemos a la cultura política como un conjunto de valores, creencias, sentimientos, etc., de una comunidad (o sus subgrupos) frente a su realidad política; y si hemos definido a la ideología como un sistema de representaciones por el cual el individuo (el grupo, o la comunidad) se explica su mundo –incluido evidentemente su mundo político–; entonces, la ideología debe considerarse como parte integrante de la cultura política (en interacción con otros valores, creencias, juicio, etc. que la forman), puesto que aglutina una determinada subjetividad política que se mueve dentro de un sistema cultural más amplio. La ideología no sólo forma parte pasiva de la cultura política, es una fuerza que actúa desde el interior, buscando transformarla o conservarla, ya que por su carácter abarcador y concurrente procura que el conjunto de valores de la sociedad sea congruente con el sistema de valores que defiende, manteniendo una permanente presión sobre las culturas políticas.

Un aspecto adicional a los arriba mencionados que abre un línea de interacción relevante entre la historia de las ideologías y la historia política, es el papel principal que juegan las ideologías en la disputa por el poder político (en el pasado y en el presente) y la dependencia que tienen éstas de la hegemonía política que las sostiene y las impulsa. En este sentido, la historia de las ideologías no puede reconocerse al margen de la historia política, y mucho menos del análisis político del presente. Los movimientos políticos influyen determinadamente en los cambios ideológicos y viceversa. El historiador no debe perder de vista esta relación.

4.4 Historia de las teorías políticas.

La historia de las teorías políticas es un cuarto ejemplo del modo en que la historia y el estudio de la política convergen en el interés por estudiar el pasado y por aportar elementos para la comprensión de los conflictos políticos (prácticos y teóricos) del presente. Constituye también una de las vías de renovación de la historia política, que enriquece no sólo a la historia sino, sobre todo, al estudio de la política en el presente.

Filósofos e historiadores interesados en el estudio de las teorías políticas del pasado coinciden en afirmar que la discusión sobre la naturaleza y funciones de la teoría e investigación políticas del presente no pueden realizarse seriamente sin una reflexión sobre la historia del

pensamiento político. Esta perspectiva confronta de frente a la perspectiva empirista dentro de la teoría política que considera irrelevantes y superadas a las teorías políticas desarrolladas en el pasado. Así pues, la historia de las teorías políticas parte del convencimiento de la centralidad del estudio histórico de las ideas como práctica relevante para el desarrollo de la teoría política contemporánea.

Ambrosio Velasco distingue dos perspectivas desde las que se ha estudiado la historia de las teorías políticas: por un lado una “perspectiva filosófica”, (en la que participan filósofos políticos como Leo Strauss, Hannah Arendt, Sheldon Wolin y Hanna Pitkin) que reclama que las teorías políticas del pasado deben ser consideradas como respuestas verdaderas a problemas fundamentales, universales, del pensamiento político; y, por otro lado, una “perspectiva histórica” (integrada por historiadores de las ideas políticas como J.A. Pocock, Quentin Skinner y John Dunn) que concibe a las teorías políticas como discursos prácticos que se desarrollan en debates ideológicos específicos de su tiempo. Para Strauss renunciar a la evaluación teórica privilegiando una lectura historicista es limitarse a la labor de *anticuarios*, para Skinner los defensores de la perspectiva filosófica que desprecian el contexto temporal son *anacrónicos* que no toman en cuenta la relevancia histórica e ideológica de la creación teórica. En el punto medio encontramos la postura de autores como MacIntyre y del mismo Velasco quienes proponen caminos distintos para integrar ambas perspectivas, “una forma coherente por confrontar el pasado filosófico, filosóficamente al mismo tiempo que históricamente”⁶⁸.

Si bien me añado a la propuesta de buscar “una perspectiva filosófica e histórica en el estudio de la teoría política” –que coincide, por cierto, con la propuesta inicial de esta tesis de aliar a la historia con la teoría social–, me parece particularmente importante para los objetivos de este trabajo comentar brevemente la propuesta teórica y metodológica de Quentin Skinner⁶⁹, como un representante relevante de la “perspectiva histórica” en el estudio de las teorías políticas del pasado, ya que dicha propuesta establece una clara vinculación entre la historia de las teorías políticas y la historia de las ideologías que abre una veta importante en el desarrollo de la nueva historia política.

⁶⁸ Velasco, Ambrosio. *Teoría Política: Filosofía e Historia ¿Anacrónicos o Anticuarios?*. UNAM, 1995, México.

⁶⁹ Ver, por ejemplo, Skinner, Quentin. *Los Fundamentos del pensamiento político moderno*. Tomo I “El Renacimiento” y Tomo II “La Reforma”. FCE, México, 1993.

Skinner, fundador de la “nueva historia de las ideas” o “escuela de Cambridge”, rechaza en primer lugar, el presupuesto de la “perspectiva filosófica” sobre la existencia de temas fundamentales-universales que pueden ser leídos con independencia del tiempo y el espacio determinados. Para este autor, la búsqueda en los textos filosóficos de estas verdades sobre la *naturaleza* de lo político, sin considerar en toda su relevancia el contexto histórico al que pertenecen, los lleva a deformar el sentido de los textos y analizarlos bajo conceptos e interpretaciones *anacrónicas*. Frente a esta perspectiva, Skinner propone recuperar el verdadero sentido histórico de los textos.

Para este historiador inglés las teorías políticas son manifestaciones explícitas del pensamiento político de un autor que participa, en su contexto intelectual, social y político, del debate ideológico de la época. Por ello, no es correcto aislar a los autores de este debate, sus obras bien pueden ser vistas como propuestas ideológicas, en tanto que critican o justifican, inevitablemente, determinado orden político y social; las discusiones teóricas están impregnadas de las cuestiones prácticas que impactan la cotidianidad del autor. “Las teorías políticas son discursos prácticos, que se desarrollan en debates locales y específicos y que lejos de dar respuestas fundamentales, procuran moldear creencias y actitudes políticas existentes en una comunidad históricamente determinada”.⁷⁰

Skinner sustentado en la teoría del lenguaje de Wittgenstein señala que las teorías políticas deben ser reconstruidas como actos del habla, y consecuentemente, como actos sociales; tal principio implica que como actos del habla, el significado de las expresiones cobra un sentido específico en su contexto histórico, y sólo con relación a éste pueden ser interpretadas en su sentido original. Una segunda consecuencia es que, los actos del habla al constituir acciones sociales del autor, no pueden comprenderse sólo a partir del análisis del significado lingüístico del discurso, es necesario también considerar las intenciones de quien los ejecuta. Los textos no sólo participan pasivamente de un contexto determinado, también pretenden actuar sobre él, modificarlo e influir sobre sus estructuras lingüísticas e ideológicas⁷¹.

Por lo anterior, para la escuela de Cambridge es fundamental reconocer el papel político y social de la acción de escribir; lo que se busca es descubrir la significación histórica del texto, es decir, analizar la forma en que participa y actúa el actor y la obra en su contexto. Las propuestas

⁷⁰ Velasco. Op. Cit. P.p. 117-118

⁷¹ Para la teoría del significado y el concepto de fuerza ilocucionaria en Skinner ver, Velasco, Op. Cit. P.p. 81-94

teóricas y filosóficas pueden inducir a cambios en la conciencia social y en la vida pública, pueden provocar ciertos movimientos en la ideología y en la cultura política, cuestionando, transformando, legitimando o reforzando las creencias, percepciones y valores de su tiempo. En suma, lo que se busca es identificar las discusiones ideológicas y conceptuales de las que participa determinado texto político, para comprender su auténtica relevancia histórica en el pasado.

A pesar de su rechazo a que el historiador se ocupe de establecer implicaciones críticas de los textos del pasado, Skinner reconoce que toda interpretación tiene posibles consecuencias en el contexto ideológico del presente, pues “precisamente aquellos aspectos del pasado que aparecen a primera vista sin relevancia actual ... nos permiten ver nuestras creencias actuales a distancia, forzándonos a considerar, a reformular o aun a abandonar algunas de nuestras creencias actuales a la luz de perspectivas más amplias”⁷². Estas consecuencias políticas que para Skinner no constituyen un espacio central del análisis, para el politólogo interesado en el estudio de las teorías políticas e ideologías del pasado son de interés primordial.

Precisamente, una de las críticas más importantes hacia la perspectiva historicista, se orientan hacia su intención de separar el análisis de la significación “objetiva” y original de los textos políticos en el pasado, de la tarea crítica de éstos en el presente. Por ello, la propuesta de Skinner sobre la historia de las teorías políticas, aunque sumamente útil, debe ser complementada por una perspectiva que nos permita observar, el impacto de los textos políticos en el presente, en la ideología y la cultura política actual.

Aquí es donde aparecen las propuestas teóricas de Alsdair MacIntyre y de Ambrosio Velasco⁷³, que constituyen alternativas que nos permiten conectar el estudio histórico-ideológico de las teorías políticas, con el desarrollo de la teoría política contemporánea y con el esfuerzo por comprender la realidad política del presente. Por su parte, MacIntyre a partir del concepto de *Tradiciones racionales de investigación*, reconoce que las teorías políticas del pasado no están aisladas en un espacio temporal particular, sino que pertenecen a un tiempo de más larga

⁷² En Velasco, Ambrosio Op. Cit. P. 99.

⁷³ Ibidem, Capítulos II y IV.

duración, que es la tradición: “una tradición, dice MacIntyre, es un argumento que se extiende a través del tiempo en el cual algunos acuerdos fundamentales se defienden y redefinen...”⁷⁴.

Lo relevante de este concepto es que, por un lado, se acerca a la perspectiva historicista, al reconocer que las tradiciones se desarrollan en contextos específicos y el carácter ideológico de las teorías (aunque matiza éste al señalar que las teorías no son meramente justificaciones ideológicas, sino sistematizaciones racionales de moralidades, ideologías e instituciones). Por el otro lado, a diferencia de Skinner, sostiene que las teorías filosóficas pueden ser evaluadas en términos de su racionalidad, pero los criterios de racionalidad deben estar internamente arraigados en el desarrollo histórico de las tradiciones.

Por otra parte, Ambrosio Velasco reconoce, como lo hace Skinner, que si bien es importante tomar en cuenta las intenciones del autor, considera incluso más importante el esfuerzo por identificar los significados que no se derivan de las intenciones del autor, sino de la interpretación posterior de sus textos y sus consecuencias sociales. Estas consecuencias no son importantes sólo en el espacio ideológico, sino también en el contenido cognoscitivo de las teorías. MacIntyre, sostiene que las teorías políticas son relevantes tanto por su contenido práctico que participa durante su momento histórico de un debate ideológico específico, como por su contenido teórico que actúa como conocimiento crítico de la realidad. Propone también que las teorías políticas deben ser interpretadas sincrónica y diacrónicamente, es decir, en términos de su relevancia como acontecimiento, en su tiempo corto siguiendo la temporalidad propuesta por Braudel; y en relación con su desarrollo histórico y en su participación en un tiempo de mayor duración, tanto desde su participación ideológica como teórica.

Ambrosio Velasco confronta la perspectiva de Skinner y de MacIntyre con la propuesta hermenéutica de Gadamer y Ricoeur, para rechazar la intención de los dos primeros de identificar en los textos la intencionalidad original del autor. Lo que sostienen estos hermenéutas, es que no hay razón para pensar que el intérprete, a diferencia del autor, puede separarse de su horizonte hermenéutico. La participación del intérprete de un contexto histórico determinado, hace inevitable, que el análisis de las teorías políticas del pasado establezca contacto práctico y teórico, con el presente; es indispensable por tanto identificar cual es ese contacto. Por último Ambrosio Velasco concluye que, “la misma interpretación de teorías políticas del pasado, en

⁷⁴ Ibidem. P. 130

términos de su potencial heurístico para responder a problemas políticos de nuestro tiempo, es ya en sí misma una manera de hacer teoría política y contribuir a su desarrollo”⁷⁵, es un modo de hacer ciencia política participando del estudio del pasado.

Las propuestas metodológicas para un tratamiento de las teorías políticas del pasado que hemos revisado, aunque no pertenecen a la escuela de los *Annales*, y en ocasiones han sido muy críticas hacia ella, coinciden con la tercera generación del movimiento en al menos 2 puntos fundamentales: en primer lugar porque propone no observar al sujeto aislado sino considerarlo en el contexto de las estructuras que lo determinan parcialmente; por otro lado reivindican la importancia del sujeto como objeto de estudio, capaz de alterar, cuestionar, o fortalecer las condiciones materiales y mentales de las que participa.

Los últimos tres caminos que hemos desarrollado en este apartado, las mentalidades, las ideologías y las teorías políticas podrían coincidir en una historia de las ideas que no aislara los sistemas de pensamiento del contexto histórico de su autor, ni la relectura de sus textos del contexto del intérprete; que nos permitiera conocer de mejor manera al autor, y a nosotros mismos, a su sociedad y a la nuestra. Una historia de las ideas que nos permita reconocer la influencia de la cultura política del pasado en nuestra forma de entender el mundo y de actuar frente a él.

⁷⁵ Ibidem. P. 196

CAPITULO III

FUNCIÓN POLÍTICA DE LA HISTORIA

Lo horroroso, pensó por enésima vez ... lo horrible, era que todo podía ser verdad. Si el partido podía extender su mano hacia el pasado y decretar que tal o cual suceso nunca había ocurrido, esto era aún más horrible que la tortura y la muerte.

Y – si todos aceptaban la falacia que impuso y legalizó el partido, si los testimonios coincidían en repetirlo, entonces la mentira se inscribía como historia y devenía verdad. “Quien controla el pasado –decía el slogan del partido–, controla el futuro. Quien tiene potestad sobre el presente, la tiene sobre el pasado”. Y sin embargo, el pasado, modificable por su misma naturaleza nunca fue alterado...A esto se llamaba “control de la realidad”. En neolengua existía una palabra específica para ello: doblepensar.

George Orwell. 1984

En los escritos George Orwell, especialmente, las obras de *Rebelión en la Granja* y de *1984*, encontramos una genial y sencilla descripción de la forma en que el poder que detenta la hegemonía transforma la historia, la escribe y le rescibe, la inventa y la oculta, en el proceso de socialización de una falsa conciencia que legitima al régimen político y sofoca los proyectos de transformación. Orwell entiende que dentro del proceso de dominación ideológica el control sobre la interpretación del pasado constituye un instrumento precioso del poder político.

El trabajo de Winston, funcionario del *Ministerio de la Verdad* que protagoniza la obra de *1984*, era introducir al *agujero de la memoria* toda huella del pasado que no coincidiera con la versión de pasado hegemónica, con la historia escrita por el *Gran hermano* y el régimen del *INGSOC*; asimismo debía reinterpretar los hechos del pasado (reales o imaginarios) para justificar y legitimar las acciones del presente. Winston, como parte del ministerio de la verdad era un instrumento de la hegemonía que ejercía el partido sobre el pasado, el presente y sobre la imaginación del futuro. Orwell entendía que en los regímenes totalitarios “Esta diaria

adulteración del pasado...es imprescindible para mantener la estabilidad del régimen tanto como la represión y el espionaje ...”⁷⁶.

El dominio sobre el pasado depende del control sobre la interpretación y la escritura de los hechos de la historia, sobre los monumentos y los libros en que ésta se inscribe y se presenta a la memoria nacional. Así, en la *Rebelión en la Granja*, la capacidad exclusiva de escribir sobre el muro, confiere a los puercos, la capacidad de transformar al pasado y con ello controlar la conciencia del resto de los animales en el presente. Modificar el pasado permite a su vez, eliminar posibles incongruencias del presente con los postulados originales.

Finalmente el poder político busca que, mediante los aparatos de educación y difusión, Su historia, la que es congruente con la ideología que lo legitima, se convierta en la memoria de la comunidad y de sus integrantes, independientemente de lo que verdaderamente aconteció en el pasado. Para la historia escrita desde la política:

Los hechos sucedidos carecen de existencia objetiva, afirma el partido, y sobreviven sólo en documentos y en la memoria de los hombres. El pasado es sólo lo que digan los testimonios escritos y la memoria humana. Pero desde que el Partido controla todos los documentos expedidos y la mente de sus miembros (educación), tenemos, así, que el pasado será siempre el que el partido desee...Se ve pues que el control del pasado depende de la manipulación sobre la memoria.

Winston concluye, “*Entiendo cómo: No entiendo: POR QUÉ*. Cuál era el objeto de tan inmensa impostura, cual era su finalidad última”. Las reflexiones de George Orwell sobre el control político del Estado sobre la historia y la pregunta final que formula Winston, son útiles para introducir este tercer capítulo, en el que, al igual que Orwell, destacó el papel que juega la historia como instrumento de dominación política, y los costos para la comprensión de nuestro presente y nuestra acción sobre el futuro que tiene la subordinación del saber histórico al ejercicio del poder político. Como se expresará en este espacio, entiendo que la reflexión al respecto es un asunto que atañe a la ciencia política y, por su duración (larga duración propia de las mentalidades), un asunto de interés para la historia política.

Esta nueva historia política encuentra en el análisis del uso de la historia un nicho de gran interés, en el estudio del cual coincide con la historia de las mentalidades y de las ideologías,

⁷⁶ Orwell, George. 1984. Ed. Tomo, 2002, México, P. 212.

pues hemos visto ya como la forma en que las sociedades recuerdan su pasado, la memoria colectiva, es un integrante fundamental de las mentalidades que las ideologías buscan controlar. Considero también que algunas reflexiones sobre la interpretación de los textos teóricos del pasado, descritas en el apartado anterior (Skinner, MacIntyre y Velasco) bien pueden aplicarse a la relectura de los textos históricos, textos que también están cargados de intencionalidad, que participan de la discusión ideológica de su contexto, y que tienen consecuencias en la interpretación del presente.

La relectura del pasado político que, más allá de cualquier postura ideológica, siempre es aconsejable por el simple hecho de que el presente es distinto y los retos que enfrentamos son nuevos, encuentra en la lectura crítica de la escritura de la historia un punto de partida para una nueva interpretación que, sugiero, debe participar de los elementos teóricos y metodológicos de la *historia social* y de la ciencia política. Este es, finalmente el planteamiento que integra a este trabajo.

1. DOS SENTIDOS DE LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

La relación entre historia y ciencia política tiene dos caras de una misma moneda. En los capítulos anteriores me he ocupado de un solo lado, aquel que se refiere a las formas en que la historia y la ciencia política pueden participar dentro del mercado común de las ciencias sociales para alcanzar una mejor comprensión de nuestra realidad, reconociendo que el pasado forma parte integral de ésta. En esta primera cara, se ha concluido la necesidad de desarrollar una nueva historia política, que retome los principios de la historia social, que utilice los instrumentos que genera la ciencia política y que, a partir de ello, participe de la búsqueda de una interpretación total del pasado. Es decir, las relaciones interdisciplinarias que hasta ahora se han explorado se refieren exclusivamente al ámbito académico, al modo en que las ciencias sociales pueden participar de manera conjunta en la generación de explicaciones más completas de nuestro mundo.

Falta pues analizar el otro lado de la moneda, que se refiere al modo en que la interpretación histórica participa de las relaciones sociales y políticas de una sociedad. Considero que para responder de forma integral a la pregunta ¿Historia para qué? y especialmente para analizar de la manera más completa posible la relación de la historia con la ciencia política, es necesario reflexionar también sobre la función social y la función política que la historia –me refiero, por supuesto, al término historia como la interpretación del pasado– cumple en las diversas sociedades. Un esquema que busca desentrañar las relaciones entre ciencia política e historia, como el que pretendo en esta tesis, no estaría completo sin hacer referencia a la íntima relación que existe entre el poder político y la interpretación del pasado, relación en la que la escritura de la historia se subordina a los intereses políticos del presente, como queda denunciado con toda claridad en las obras de Orwell.

¿De qué manera se relacionan la historia y la ciencia política desde la perspectiva del poder político y la ideología? ¿Qué consecuencias, más allá de lo académico, puede tener la puesta en marcha de una propuesta que promueve que politólogos e historiadores contribuyan a la formulación de una nueva historia política, considerando que participamos de un contexto social y político, dentro del cual la historia política tradicional juega un papel determinado? ¿Cuál es

esa función que ha ocupado la historia, de que forma la ha cumplido y cómo se verá impactada con la introducción de nuevas explicaciones de nuestro pasado-presente?

Para responder estas preguntas me parece útil distinguir, entre dos sentidos modelo desde los que se puede interpretar la historia a partir de diferentes objetivos. Un primer sentido se refiere al interés por la historia como disciplina científica que “estudia a los hombres en el tiempo”, según la definición de Marc Bloch, y cuyo interés es el análisis objetivo del pasado a partir del cual se esperan obtener elementos centrales para la comprensión del presente; podríamos llamar a este camino de la interpretación histórica como *sentido “científico” del pasado*. Por otro lado, la historia puede ser aquella que se construye para la política y que generalmente –aunque no exclusivamente– opera como instrumento del poder, ya sea como fuente de legitimación de un proyecto social o como crítica a éste; llamaré a esta otra forma de interpretación histórica *el sentido “político” del pasado*.

La distinción a la que recorro entre los sentidos de la interpretación histórica, ha sido tratada, de forma diversa y con distintas gradaciones, por varios autores. Lucien Febvre, por ejemplo, define a “la historia como una necesidad de la humanidad –la necesidad que experimenta cada grupo humano en cada momento de su evolución, de dar valor en el pasado a los hechos del presente, los acontecimientos, las tendencias que prepararon el tiempo presente, que permiten comprenderlo y ayudan a vivirlo”⁷⁷. Este autor, reconoce que la historia cumple una *función teórica* al pretender *explicar* el pasado para la comprensión del presente, y que al mismo tiempo desarrolla una *función social* en que cada grupo busca *organizar* su pasado en función de su presente. Si bien encontramos en Febvre una distinción entre distintas funciones que puede cumplir la historia, éstas coexisten de manera paralela, no se trata de dos caminos distintos para acercarse al pasado, sino de uno solo que necesariamente cumple con una función teórica y con una función social.

La distinción que yo propongo es más acentuada que la de Febvre. Si bien, por un lado reconozco, como lo hace el fundador de los *Annales*, que es imposible distinguir tajantemente entre historias “científicas” e historias “políticas”, y que, como lados de una moneda, ambos sentidos son indivisibles y que la interpretación del pasado es inevitablemente una acción social

⁷⁷ Febvre, Lucien en Pereyra, Carlos, *Historia ¿Para qué?*, en Pereyra, Carlos (etal) *Historia ¿Para qué?*. Ed. Siglo XXI, 19ª ed., 2002, México. P.p. 21-28.

y política, independientemente del sentido que la oriente; por el otro lado, afirmo en la diferenciación propuesta, que sí es posible distinguir entre los objetivos que persigue cierta interpretación del pasado: el objetivo del historiador puede ser o conocer “*la verdad*”⁷⁸ del pasado, o actuar sobre la *legitimidad* del proyecto político del presente.

Varios cuestionamientos pueden presentarse ante la distinción que planteo entre los dos sentidos desde los que se puede escribir la historia (científico o político), y especialmente a la afirmación de la existencia de un sentido científico que busca la verdad objetiva. A continuación trataré de responder a dos de ellos que me parecen fundamentales: en primer lugar, se dirá, con razón, que la ciencia no es nunca neutra ni imparcial y que cualquier formulación del científico social participa siempre de una función política y social; en segundo lugar, se cuestionará la pretendida objetividad de la ciencia, afirmando, que no es posible, ni deseable, eliminar la subjetividad en la ciencia, cierto, pero ello de ninguna manera implica renunciar a lo primero.

Por un lado, quiero aclarar que con la distinción propuesta entre el sentido científico y el sentido político de la interpretación histórica, no me adscribo a una posición, en mi opinión irresponsable, del intelectual “puro”, que se pretende ajeno a la política e “imparcial” frente a los vaivenes de los conflictos sociales del presente. Tal imparcialidad es inexistente, dado que cuando se toma parte desde las ciencias sociales en el análisis de las sociedades es inevitable participar de su función social y esta acción adquiere posiciones políticas determinadas (sean conscientes o inconscientes, voluntarias o involuntarias). La posición científica de la historia contiene siempre una inclinación política, porque genera a partir del análisis de la realidad una interpretación específica del pasado y del presente, que puede ser crítica o conservadora⁷⁹ frente a estos, nunca neutra.

⁷⁸ Una discusión acerca de *la verdad* en el pasado merecería un estudio mucho más amplio. ¿Existe un solo pasado? ¿Hay sólo una interpretación verdadera? En mi opinión ambas respuestas son negativas, el pasado es naturalmente diverso y es imposible fusionarlo en una sola interpretación. Si se reconoce la legitimidad de las diversas formas de percibir el mundo y de vivirlo en una sociedad plural, necesariamente deberá reconocerse la existencia legítima de diversas interpretaciones del pasado y la imposibilidad de valorar una como más verdadera que otras. Sin embargo, lo que aquí se propone es que el objetivo de la “*historia científica*” es el conocimiento de lo que realmente sucedió, que no es el mismo que el de la interpretación desde la política de la historia. Para poner un ejemplo podemos señalar que mientras que desde el *sentido científico de la historia* se debe reconocer la existencia de diversas interpretaciones históricas que conviven, desde el *sentido político de la historia* solamente existe una interpretación posible del pasado.

⁷⁹ Adolfo Gilly nos dice que la historia puede optar entre dos actitudes frente su objeto de estudio: una *justificadora*, con el interés de *conservar* las actuales relaciones sociales, y otra *crítica* que pretende *transformarlas*. Gilly, Adolfo. Op. Cit. P.p. 198-200.

Por otro lado, es necesario distinguir la objetividad de la imparcialidad y la neutralidad. El primer concepto se refiere al esfuerzo del investigador por observar los hechos y los procesos realmente como son, por comprenderlos con la mayor exactitud que sea posible. Esto no implica, aceptar dicha realidad, ni ser imparcial ante ella o renunciar a su transformación. La neutralidad y la imparcialidad son conceptos que se refieren a la posición política con respecto a los hechos y no al método elegido para su estudio. Por ello, reconocer la función social y política de la que participa el investigador, incluso asumir consciente y activamente dicha posición, no implican de ningún modo renunciar a la objetividad en la investigación.

Por último, debemos preguntarnos sobre las posibilidades reales que tiene la investigación de ser realmente objetiva. Mi posición a este respecto es que es imposible dejar a un lado la subjetividad en la observación de cualquier fenómeno, y me sumo a la posición de Wallerstein y sus colaboradores, afirmando que “todos los estudiosos tienen sus raíces en un ambiente social determinado y por lo tanto utilizan inevitablemente presupuestos y prejuicios que interfieren con sus percepciones e interpretaciones de la realidad social”, en este sentido no puede haber ningún estudio completamente objetivo⁸⁰.

Pero el hecho de que la objetividad de la ciencia no sea posible de alcanzar⁸¹, no significa que el científico social (el politólogo o el historiador) se abandone a la subjetividad y renuncie a la búsqueda del conocimiento que le permita la comprensión de su mundo y de otros mundos. Como propone Wallerstein, lo que no podemos aceptar es que en nombre de las restricciones a las que se enfrenta la objetividad “se reduzca a la ciencia social a una miscelánea de visiones privadas, todas igualmente válidas”⁸². El análisis del pasado desde las ciencias sociales, que pretende la comprensión del pasado y del presente, debe partir de un compromiso con la objetividad. Esto no significa que tal objetivo pueda ser alcanzado del todo, pero sí exige al investigador someterse a un esfuerzo permanente para eliminar de los resultados de su investigación aquellos elementos que desde su posición parcial pueden alejarlo de una interpretación más cercana a la realidad que le permita comprender de mejor manera el fenómeno estudiado, lo cual constituye su objetivo principal.

⁸⁰ Wallerstein Op. Cit. P. 99

⁸¹ Más adelante desarrollaré algunas propuestas que se han formulado para definir de manera más abierta a la objetividad y así poder seguir asumiéndola como un objetivo central de la investigación científica.

⁸² Ibidem. P. 100.

Si bien reconozco que la distinción que propongo entre el sentido científico y el sentido político es del todo imperfecta, que no puede ser utilizada como estricto criterio de clasificación de historias o historiadores, que no corresponde a ninguna interpretación histórica concreta y que toda lectura de la historia cumple una función social y política; me parece que, en abstracto y como “tipo ideal”, dicha distinción es útil como fórmula para analizar los diferentes puntos en que se entrecruzan las dos disciplinas que son objeto de este trabajo. Aunque la distinción es vaga y compleja, puesto que la historia y el historiador cumplen siempre estas dos funciones, es necesario reconocer, en la medida de lo posible, los objetivos que guían determinada interpretación histórica, y sobre todo, las consecuencias intelectuales, sociales y políticas que tiene en términos generales el predominio de uno u otro objetivo.

Esta distinción es también importante porque el objetivo con el que se aborden los hechos del pasado, será definitivo para las conclusiones que arroje la investigación. El pasado, por sí mismo, no tiene un sentido específico, es el hombre quien se lo da desde el presente cuando lo piensa, lo interpreta, lo escribe, lo enseña y lo modifica de acuerdo a objetivos concretos. Es decir, si el historiador se acerca a los hechos y subordina su interpretación a un proyecto político determinado, modificará *su* historia cuando pueda contradecir a éste; por el contrario, si el objetivo es conocer el pasado, la fuerza de los hechos podrá modificar su proyecto político. En ambos casos, el historiador cuenta con la información que le proveen los hechos del pasado y con los valores y principios del proyecto político del que él participa; en los dos caminos pueden existir contradicciones entre el pasado y el presente; sea cual sea el objetivo del historiador, la interpretación que resulte cumplirá una función social y política. Cuando se piensa al pasado, en especial desde la ciencia política, inevitablemente se ve uno inmerso entre estas dos fuerzas (la fuerza de los hechos del pasado y la fuerza de las aspiraciones del presente) que influyen y definen determinada interpretación.

Ambos sentidos de la historia interesan a este trabajo y en general a la ciencia política, el “científico” como método de investigación del pasado, el “político” como objeto de estudio. Por un lado, la ciencia política busca en la historia, como se desarrolla en los capítulos anteriores, un ángulo diferente que enriquezca su comprensión de los fenómenos políticos del presente (cultura política, teoría política, problemas sociales, ingeniería constitucional, etc.). Por otro lado, nuestra disciplina reconoce en la interpretación del pasado un instrumento político concreto, un espacio

de disputa de poder, elemento de dominación y arma de la revolución, que debe ser estudiado para comprender de mejor manera al poder político.

2. FUNCIÓN SOCIAL Y FUNCIÓN POLÍTICA DE LA HISTORIA.

2.1 Función social: memoria e historia.

Hemos reconocido ya la imposibilidad de que la historia participe exclusivamente de su función teórica y se mantenga al margen de su función social. La interpretación del pasado cumple siempre una función social y una función política, en parte determinada por el historiador, pero que en muchos sentidos es también independiente a su voluntad. Cumple inevitablemente con una función social porque la idea que tiene una comunidad de su pasado forma parte central de la identidad cultural de la colectividad y del individuo. La historia, dice, Arnaldo Córdoba, “es el hogar de la conciencia de un pueblo, el contexto objetivo de su modo de pensar, de sus creencias, de su visión de la realidad, de su ideología, incluso cuando es expresión individual”⁸³. En este sentido podría decirse que se trata del marco temporal y espacial en el que se mueve el rompecabezas de las mentalidades.

El reconocimiento de un pasado común constituye una base importante de la identidad sobre la cual se reconocen los individuos como miembros de una comunidad; la historia que comparten –y que reconocen los individuos como tal– conforma el origen colectivo que justifica la homogeneidad de ideas y creencias que debe guiar sus acciones en el presente: un pasado que los une al interior y que los distingue frente al exterior. Dada la importancia de la historia en la identidad y las mentalidades de los pueblos, cuando se actúa para modificar o sustentar la idea que tienen los hombres de su pasado, se ejerce necesariamente determinada presión sobre las bases de la organización social y política del presente. Si el marco se transforma, las piezas del rompecabezas tendrán también que adecuarse a su nuevo contexto. Así, la interpretación del pasado es siempre una acción social y una acción política.

Cuando nos referimos a la función social que cumple la historia surge necesariamente la referencia a la memoria, y con ello una confusión común entre ambos conceptos. Así sucede en el ensayo citado de Arnaldo Córdoba, *La Historia, Maestra de la Política*, donde se indica que “la historia es, ante todo, memoria del pasado en el presente”. De esta definición surge una contradicción en cuanto al papel de la historia en las mentalidades. Como ya se refirió anteriormente, para Córdoba, la historia es el hogar de la conciencia colectiva, es decir es un

⁸³ Córdoba, Arnaldo. Op. Cit. P. 131

espacio externo en cuyo interior vive “un conjunto de ideas y de creencias a las que nos debemos, a las que respondemos, por las cuales actuamos y contra las que nos oponemos”. Sin embargo, inmediatamente, señala que “la historia es conciencia colectiva”. Así, la historia es definida a la vez como un ente externo y como idéntico a lo que en este trabajo hemos definido como las mentalidades colectivas.

Esta contradicción de reconocer a la historia al mismo tiempo como un factor “objetivo” y externo de las mentalidades y al mismo tiempo como parte integrante de las creencias y las ideas de un grupo social, es inevitable cuando se identifica a la historia con la memoria. Por ello, propongo que para distinguir con mayor claridad la función social de la historia, es importante destacar como elemento central, la relación compleja que tiene ésta con respecto a la memoria de los pueblos. Historia y memoria no son conceptos idénticos, si bien ambos elementos participan en la construcción de la imagen los individuos y los grupos tienen de su pasado, y por lo tanto, influyen también en la conformación de las mentalidades, cumplen funciones diferentes en el imaginario de las sociedades.

La distinción es importante porque no deben atribuírsele de manera automática, las características de la memoria (individual o colectiva) a la historia, ni suponer que participan de igual manera en la conformación de la conciencia colectiva. Tampoco sería correcto asumir la posición opuesta, es decir, afirmar que es sólo la memoria la que ocupa un lugar relevante dentro de conciencia colectiva, desconociendo la función social que cumple la historia. Para evitar lo anterior, es conveniente dedicar unas líneas al concepto de memoria, en especial a la relación que guarda con la historia (como interpretación del pasado), y la forma en que una y otra se transforman y se confunden.

Comencemos por revisar las definiciones clásicas que se dieron a la memoria en la Grecia antigua. Para Platón, por ejemplo, el recuerdo es la presencia en el espíritu de algo ausente; Aristóteles propone que la memoria es la representación en el presente del ausente, que tiene la huella del tiempo, a diferencia del fantasma de la imaginación. Ambos conceptos clásicos coinciden en definir a la memoria, como permanencia de lo pasado (ausente ya) en las mentalidades del presente. En la memoria, el pasado cobra vida a partir de las representaciones que interiorizan los individuos, tanto como seres particulares, tanto como miembros de una sociedad.

Así, podemos definir a la memoria como la imagen o la idea que tienen de su pasado, consciente o inconscientemente, los individuos y las colectividades. En la memoria el pasado no es ya un factor externo y objetivo, sino que ha sido asumido, interiorizado, dentro del conjunto de creencias, valores, aspiraciones, etc., en un proceso en el que se transforma el tiempo, el significado y valor de los acontecimientos en congruencia con el sistema mental. La memoria forma parte fundamental de las mentalidades e impacta de manera relevante en los valores, actitudes y representaciones que componen la estructura mental. Finalmente, la memoria representa la forma en que los hombres continúan viviendo su pasado –no como lo observan, lo analizan o lo sistematizan, sino como lo viven.

Maurice Agulhon⁸⁴, integrante de la segunda generación de los *Annales*, acentuó la diferencia existente entre memoria e historia al señalar que, mientras la primera está vinculada a lo cotidiano, a lo popular y a lo vivido por los individuos o grupos sociales; la segunda es una categoría más abstracta que implica una reflexión y una sistematización de los hechos del pasado, no necesariamente científica. Así, presenta a una memoria que se identifica con la mentalidad colectiva y a una disciplina histórica que no depende y no participa de las mentalidades, sino que más bien remite su existencia a los ámbitos académicos. A partir de esta distinción Agulhon, interesado en el análisis de la conciencia política de los pueblos y los grupos sociales, así como en el significado de los ritos y las celebraciones populares, consideró que la memoria juega un papel central en estas estructuras mentales de los pueblos y que invariablemente participa de su imaginario cultural –incluida la cultura política–. En el consciente o subconsciente la memoria es un elemento determinante de las acciones de los individuos. Por el contrario, en la definición de Agulhon la historia no ocupa un lugar relevante en la conciencia colectiva.

Otra característica que es importante destacar de la memoria es la concepción de la temporalidad entre la que se mueve, que no es ya el tiempo de los hechos sino el tiempo de las mentalidades. La memoria mantiene una idea del tiempo que podríamos llamar prehistórica, en el sentido que se asemeja a la noción mítica del pasado que antecedió al nacimiento de la historia en la Grecia Antigua⁸⁵; como en los mitos y en las tragedias, la memoria es, en cierto sentido,

⁸⁴ Ver Agulhon en Burke (1999), las referencias que este autor señala sobre la distinción entre memoria e historia fueron destacadas por François Dosse en el ciclo de conferencias impartido en el Instituto de Investigaciones Históricas –UNAM. en noviembre del 2002 .

⁸⁵ Moses I. Finley, señala que antes del nacimiento de la historia con Herodoto y Tucídides, en la Grecia Antigua el pasado se contaba en la mitología y en la épica; se trataba de un pasado intemporal, permanente y sin una duración

intemporal. Dentro de esta percepción de la temporalidad, la memoria, individual o colectiva, puede funcionar con grandes vacíos. Es posible saltar al punto deseado sin preocuparse por lo que hay en medio, la duración que se tiene como referencia no es lineal y la ubicación de los recuerdos es completamente relativa: su cercanía depende de su relevancia en el presente y no de de la medición del tiempo. Hechos que acontecieron siglos atrás, pueden parecer a los ojos de las comunidades como inmediatos, mientras que acontecimientos más cercanos quedan automáticamente en el olvido. En contraste con la relatividad del tiempo memorial, la historia en occidente busca la construcción de un sistema lineal y temporal, en el que se de coherencia a la relación entre causas y efectos. En la disciplina histórica el datado es fundamental y los vacíos deben de ser llenados, la memoria en occidente no se mantiene ajena a esta concepción del tiempo.

La definición de la memoria como parte integrante de las mentalidades ha sido especialmente resaltada dentro de la tercera generación de los *Annales* que ha desarrollado el estudio de la memoria colectiva como objeto central dentro de la historia de las mentalidades, al considerar que la imagen del pasado y los recuerdos participan determinadamente en el imaginario cultural de los pueblos. Uno de los proyectos más ambiciosos dentro de los *Annales* que busca analizar la función social y política de la memoria, es la obra colectiva que coordinó Pierre Nora, entre 1984 y 1993, bajo el título *Los lugares de la Memoria*⁸⁶. En la *revolución* y la *nación*, los dos volúmenes que componen la obra, Nora trata de analizar la forma en que la bandera, la marsellesa, el panteón, las enciclopedias y los textos escolares, ocupan un espacio específico en la construcción de la identidad del pueblo francés.

La preocupación de Pierre Nora es discernir sobre la forma en que el pasado, sus símbolos y su lectura actúan en el presente, y muy concretamente la forma en que la memoria participa de la construcción de la nación. Esta obra propone que el historiador debe “mirar las cosas del pasado no sólo desde su determinante, sino desde sus efectos, no sólo el pasado tal como sucedió, sino sus usos posteriores”. Es decir, a la historia de las mentalidades le interesa observar la forma

específica. Los mitos tienen como referencia de tiempo el “érase una vez”, los hechos fluyen de la nada y se dirigen al mismo sitio, si bien contienen fragmentos de historia, no son historia por sí solos. Finley, Moses. *Uso y Abuso de la Historia*. Ed, Crítica, 2ª edición, 1979, Barcelona. Ver especialmente el capítulo 1 *Mito, Memoria e historia*. P.p. 11-44.

⁸⁶Nora, Pierre. *Les Liux de mémoire, Tomo 1. La Revolution; Tomo 2. La nation*. 1986. Ver Burke (1999). Notas obtenidas de las conferencias impartidas por François Dosse en el Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, en noviembre del 2002.

en que los hechos del pasado continúan actuando en el presente, no sólo por su propia fuerza, sino por el sentido que cobran en la memoria de los individuos y de los pueblos.

En *los lugares de la Memoria*, Nora pone especial atención en la necesidad de distinguir los conceptos de memoria e historia, ya que ve con preocupación la imposición, durante gran parte del siglo XX, del concepto de la *historia memoria* como una identidad en la cual se pretenden fundir ambos términos en el concepto de la *historia patria*. Esta unidad de la *historia memoria* busca imponerse ante la diversidad de las memorias individuales y colectivas en función de la justificación del Estado-Nación: la historia de la Nación es la memoria de su pueblo.

El camino que reconozca las diferencias entre historia y memoria, no debe caer en una distinción tan tajante como la propuesta Agulhon, ya que sería un error no considerar la función social de la historia y no poner atención a la compleja, pero importantísima interrelación que guardan ambos conceptos, en el espacio de las mentalidades colectivas. En este sentido, el filósofo Paul Ricoeur, en su obra *La Memoria, la historia y el olvido*⁸⁷, si bien reconoce que la historia y la memoria son objetos distintos, se preocupa por estudiar la relación que guardan ambas formas que tienen los grupos y los individuos de convivir con su pasado. Para Ricoeur “Desconocer la participación del historiador en la memoria es creerlo en el piso 120 del WTC”. Debemos pues reconocer la forma en que la interpretación escrita del pasado, es decir la historia, participa de la conformación y transformación de la memoria.

Si definimos la memoria, de manera muy simple, como la forma en que los individuos y los grupos viven e interiorizan su pasado, la historia, por el contrario, es el modo en que lo institucionalizan y lo externalizan. La escritura de la historia (o su oralización) es un proceso que implica la observación de los hechos del pasado, su descripción y análisis, y su sistematización en el establecimiento de relaciones causales. En el primer caso se trata de un proceso más propio del subconsciente, mientras que la historia implica un proceso de interpretación del pasado, es decir su racionalización.

Las diferencias que se plantean en el párrafo anterior, se diluyen cuando nos referimos concretamente a la memoria colectiva. Así lo sugieren las observaciones del historiador Moses

⁸⁷ Ricoeur, Paul. La memoria, la historia y el olvido, FCE, 2004, Argentina.

Finley, quien pone la atención en el sentido social de la memoria, es decir la forma en que dentro de la memoria colectiva se estructura el pasado en función de los intereses del presente. Para Finley, la memoria colectiva, a diferencia de la individual, nunca es subconscientemente motivada, por el contrario responde a un acto deliberado de transmisión, de comunicación y de conservación. Por lo tanto, la memoria de grupo no es espontánea ni inconsciente, sino deliberada y dirigida a servir un propósito específico. Este interés no es precisamente histórico, el objetivo es inmediato y práctico, ya sea acrecentar el prestigio, fortalecer la unidad, garantizar el poder, sostener una institución determinada, etc. En este sentido, la memoria colectiva cumple evidentemente una función política específica, que en muchos sentidos es similar o idéntica a la función que reconocemos en la historia.

Las líneas que distinguen estos conceptos se han diluido al máximo. La relación existente entre ambos es sumamente conflictiva. La historia confronta a la memoria con una interpretación formal del pasado distinta, que pretende ser más completa, científica y veraz, sin embargo es también más ajena a las mentalidades colectivas. Esta confrontación busca resolverse en lo que Ricoeur llama la fase de *representación histórica* de la memoria, y que se entiende como aquella etapa en la que la memoria colectiva se formaliza y se institucionaliza como una narración histórica determinada. En este proceso de institucionalización de la memoria, la historia, dice el filósofo francés, funciona al mismo tiempo, como “fármaco” en el sentido clásico del término, es decir, actúa como remedio del mal al tratar de cubrir las insuficiencias memoriales (los vacíos), y como veneno en tanto, termina sustituyendo a la memoria por una concepción más abstracta y externa, ajena.

En esta institucionalización la historia modifica, complementa, fortalece, contradice e, incluso, niega a la memoria, le da continuidad transgeneracional y en cierto sentido la estructura al interior de un sistema ideológico determinado. Si bien en algunos espacios la historia se fusiona con la memoria en su *representación histórica*, esto no implica que desaparezcan distintas expresiones de la memoria no formalizadas, que siempre son afectadas, orientadas o negadas, según se relacionen con la narración histórica que se impone. Finalmente, a pesar de las transformaciones y confusiones que sufre cada una de las concepciones del pasado, permanece una competencia entre la historia y la memoria por prevalecer en la mente de las colectividades.

La íntima relación entre memoria e historia, sus lugares coincidentes y de confrontación, las formas en que se combinan y se transforman mutuamente, constituyen el espacio fundamental en que la historia desarrolla una función social determinante sobre las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales de los grupos sociales. La historia y la memoria, al contener la imagen que los hombres se hacen de su pasado participan de diversas formas en la concepción y acción de individuos y grupos sobre el presente. El pasado en las mentalidades colectivas actúa de forma didáctica y moral, como guía de la futura acción política; desarrollando una función socio-psicológica al dotar a la comunidad de cohesión y cometido; fortificando determinado tono moral y apuntalando los patriotismos y nacionalismos; manipulando la realidad con fines románticos; originando, impulsando y apuntalando proyectos de futuro.

2.2 Función Política.

La función social de la historia es también una función política porque la conciencia colectiva, que tiene como uno de sus ingredientes fundamentales un discurso histórico específico, es determinante de la organización política de la sociedad, del modo en que los individuos y los grupos sociales se enfrentan al poder político (tanto a las instituciones como a las personas); es, sobre todo, componente cultural de la legitimidad política. La interpretación histórica en cuanto justifica o rechaza al *status quo* es sustento de la obediencia o de la resistencia, de la unidad o de la fragmentación, de la estabilidad del régimen o de la revolución, promueve su conservación o impulsa su transformación.

Si bien cualquier escritura de la historia cumple inevitablemente con una función social y política (como cualquier discurso o acción humana), el modo y la intensidad en que lo hace, varía según los objetivos con que se construye determinada interpretación del pasado. Como hemos sostenido anteriormente, el *sentido “científico” de la historia* no es ajeno a participar de estas funciones propias de cualquier observación e interpretación que hacemos los hombres de nuestro mundo (el que fue, el que es, el que será), pero su acción sobre el imaginario político-social está subordinada al objetivo analítico de comprender el presente. En este sentido, podemos afirmar que la función social y política de la historia es resultado del conocimiento que obtenemos del estudio del pasado y su relación con el presente, el cual tiene una influencia importante sobre la acción política; es la historia como ciencia (conocimiento) la que influye sobre la política.

Por el contrario, el *sentido “político” de la historia* parte de una concepción específica del presente, en el que se enarbola un proyecto social determinado que se pretende legitimar, y a este objetivo se subordina el análisis histórico; dicho de otra manera, el pasado se moldea conforme las necesidades políticas del presente, la política determina nuestra historia (como interpretación del pasado). Construida desde el poder, la interpretación histórica –por la función social que cumple– se convierte en instrumento de la política, en pieza clave de la hegemonía cultural de un régimen, en discurso de dominación o de resistencia.

La razón primordial que hace a la historia partícipe de una función política es que la interpretación del pasado de una comunidad política es integrante fundamental de su ideología. Esta es una de las ideas centrales que se defienden en esta tesis: la historia en general, pero muy especialmente la historia escrita desde la política es un componente ideológico y como tal debe ser estudiado, tanto por la nueva historia política como por la disciplina que se ocupa del estudio del poder político.

Previamente en este trabajo, al resumir algunos de los caminos de investigación que se han desarrollado desde la historia de la ideología, expresamos que todos los sistemas ideológicos tienen como base una visión propia del pasado y que establecen sobre la memoria, objetiva o mítica, el proyecto de futuro que sustenta la esperanza del presente; esperanza que, como reconoce Althusser, constituye el elemento sostenedor de los sistemas ideológicos. La ideología se sostiene en la fe en el progreso que comparten sus creyentes, y esa fe está justificada por una secuencia temporal que nos muestra el camino correcto. Para Althusser la ideología busca constituirse en un sistema completo, coherente y continuo en el tiempo, ya que presenta una correspondencia en el devenir histórico, de un pasado que justifica al presente y lo hace necesario para la prosperidad prometida en el porvenir. Esta coherencia temporal es fundamental para la legitimidad del paradigma, ya que la permanencia y continuidad de los elementos ideológicos constituyen las pruebas irrefutables de su validez universal, de su estabilidad y de su previsible durabilidad en el futuro. Le perennidad de la ideología enorgullece a sus promotores, convence a los indecisos y desalienta a los disidentes.

La concepción de la historia como integrante de la ideología nos permite percibir con mayor claridad las formas en que la interpretación del pasado actúa como aglutinante social y como instrumento político. En este sentido es conveniente preguntarse ¿Cuál es la función

política que desempeña la ideología en las sociedades? La respuesta pasa por definir con claridad algunos elementos del sistema ideológico, adicionales a los ya desarrollados en el segundo capítulo, que nos serán de gran utilidad para comprender la manera en que la historia se constituye en instrumento de dominación de quienes detentan el poder.

Siguiendo a Mario Stoppino, podemos reconocer que en las ciencias sociales, específicamente en la ciencia política, nos enfrentamos al menos a dos significados que se otorgan al término de ideología:

a) Un significado débil que designa a las ideologías como sistemas de creencias políticas, conjunto de ideas y valores concernientes al orden político, que tienen la función de guiar los comportamientos colectivos respecto al poder en el ámbito público;

b) Un significado fuerte, entendido como falsa conciencia de las relaciones de dominación entre las clases. Este último, se diferencia claramente porque mantiene en el centro de su definición la noción de falsedad. Es decir, dentro de la concepción fuerte de ideología, la parte evaluativa del significado – aquella que acompaña a la descripción con un sentido valorativo– tiene un peso negativo evidente⁸⁸.

Ambas definiciones de ideología son aplicables al *sentido político* de la historia y destacan la centralidad de la función política que juega en las sociedades; sea cual sea el significado al que nos adscribamos, la acción política de la interpretación histórica, entendida como componente ideológico, debe ser considerada central en el estudio de las relaciones entre la historia y la política. Por ejemplo, en la definición débil de Herbert McColsky, las ideologías son concebidas como “sistemas de creencias explícitas, integradas y coherentes que justifican el ejercicio del poder, explican y juzgan los acontecimientos históricos, identifican lo que está bien y lo que está mal en política, definen las relaciones entre la política y otros campos de actividad y suministran una guía para la acción”⁸⁹.

La anterior definición, aplicada a la interpretación histórica, nos hace pensar de inmediato en la función que muchos han identificado en la historia como la gran maestra de la vida, “que nos muestra la moralidad y las reglas de conducta, las virtudes de la nobleza, el criterio del justo

⁸⁸ El concepto de *ideología* según lo define Stoppino en Diccionario de Política. P.p. 755-770

⁸⁹ *Ibidem*. P. 758.

medio”⁹⁰, y que, a partir de la representación maniqueísta de héroes y villanos, negros y blancos, instruye al niño dentro de los valores de la ideología dominante y así lo prepara para la sumisión voluntaria, construyendo sólidos cimientos para la legitimidad del sistema.

Si bien el significado débil pone en el centro la función social y, sobre todo, la función política que cumple la ideología, no es suficiente para comprender de manera integral la participación de la historia como instrumento del poder político, porque no se refiere a la “manipulación” del poder sobre el pasado. En este sentido, el significado fuerte del concepto es de mayor utilidad para el análisis de la función política de la interpretación histórica, porque pone el acento en la noción de falsedad, la cual, como veremos más adelante, es una de las características más relevantes de la historia escrita desde y para la política.

El significado fuerte de ideología, dice Stoppino, está constituido por dos elementos: la falsa conciencia y la determinación social. Las ideas y las teorías son socialmente determinadas por las relaciones de dominación entre las clases y, por ello, buscan justificar tales relaciones dotándolas de una falsa conciencia. Según esta acepción, la determinación social y la falsedad no son independientes, sino que están estrechamente vinculados entre sí: la falsa conciencia tiende a facilitar la situación de poder y la integración política y social; por otra parte, precisamente por ser falsa conciencia, la creencia ideológica no es independiente del poder, su eficacia y estabilidad, su verdad, dependen de la situación real de dominación. Desde esta perspectiva se pone el acento no en la historia maestra, sino en la relación de poder que la justifica.

La historia como ideología, en su significado fuerte, pone en el centro del análisis la relación de dominación existente detrás de una interpretación específica del pasado, y paralelamente advierte la construcción de la falsa conciencia que sostiene dicha relación de dominación. La creencia ideológica busca que correspondan los ideales ético-políticos con la realidad, no sólo del presente, sino también con la del pasado. La realidad se debe acomodar a la propuesta ideológica impuesta, y con ese propósito ocultar o idealizar, según convenga, los hechos del pasado. La ideología tiende a volver imperceptibles los hechos que puedan favorecer un cambio, así como sacralizar a los acontecimientos, los héroes y los mitos que le den estabilidad al sistema. Sostenidos sobre el concepto de ideología podemos aventurarnos a afirmar

⁹⁰ Función que según Finley, atribuían los griegos al Mito. Finley, Op. Cit. P. 16

que la historia, cuando se escribe desde el poder, tiene un significado fuerte y como tal participa de la determinación social dentro del sistema y de la falsa conciencia que lo legitima.

Es importante señalar que la idea de la falsa conciencia que construye la ideología, no se resume en la construcción de una imagen de la realidad que no coincide con los hechos, hay que resaltar también, que la noción de la falsa conciencia se refiere a la imposición de la visión del mundo (del pasado) de la clase dominante sobre otras visiones que son negadas, no sólo en su legitimidad sino incluso en su existencia. Además, la adopción de esa ideología, falsa y ajena, por parte de los grupos sociales subordinados, tiene como consecuencia que pierden la posibilidad de desarrollar con libertad la propia interpretación de su pasado y de su presente, y por tanto de fabricar una esperanza distinta de futuro.

Al referirnos a la función que juega la ideología como aglutinante de una sociedad y su relación con el poder político en la construcción del consenso y la legitimidad del sistema, es inevitable mencionar las contribuciones de Antonio Gramsci sobre *hegemonía* cultural y la disputa política en torno a ella. Gramsci retoma el concepto marxista de ideología, pero le da mayor relevancia al reconocer a la *hegemonía* como el elemento base del análisis histórico y como el primer objetivo de la revolución; para él, la ideología es determinante de la estructura social y política, incluso económica, y no sólo su reflejo. En Gramsci la ideología, como parte de la superestructura, no es simplemente un resultado de las relaciones económicas, sino que constituye el elemento central de dominación política y, por lo tanto, el instrumento idóneo para impulsar la revolución social.

La hegemonía entendida a partir de Gramsci como “la capacidad de dirección intelectual o moral en virtud de la cual la clase dominante, o aspirante al dominio, logra acreditarse como guía legítimo, se constituye en clase dirigente y obtiene el consenso o la pasividad de la mayoría de la población ante las metas impresas a la vida social y política del país”⁹¹, se convierte en un concepto central para entender la función política de la ideología, y como parte integrante de ella, de la memoria y de la historia.

En Gramsci el concepto político y el concepto cultural de hegemonía se complementan: el dominio cultural se ejerce a partir del poder político, y éste se sostiene y se legitima gracias al

⁹¹ Belligni, Silvano, *Vocablo Hegemonía*, en Diccionario de Política, P. 747.

sustento ideológico. En la sociedad clasista la supremacía de una clase social se ejerce siempre mediante modalidades complementarias del dominio y de la hegemonía: el primero responde a los aparatos coercitivos de la sociedad política (al Monopolio que detenta el Estado weberiano), mientras que el segundo se ejerce a través de los *aparatos hegemónicos* de la *sociedad civil*. Conjugación de fuerza y consenso, de dictadura y hegemonía, que permite el ejercicio legítimo del poder⁹².

En las sociedades modernas donde existe una *sociedad civil* fuerte y compleja, la hegemonía juega un papel particularmente determinante en la conquista, edificación y administración del Estado. La hegemonía es necesaria para ejercer el poder y para hacer la revolución, en este sentido es una zona central de disputa política. Ser hegemónico es haber ganado la batalla entre diversas concepciones del mundo, ideologías, que compiten, pero ello no se puede lograr sin alcanzar de manera paralela la supremacía política.

Si aceptamos, como se postula en esta tesis, que la interpretación histórica es un integrante relevante de la ideología, podemos concluir que en el proceso de consolidación de una ideología particular como hegemónica, ya sea dentro o fuera del Estado, existe una visión del pasado, una memoria particular, que busca imponerse sobre otras distintas y ser interiorizada por los diversos grupos para la formación del consenso que justifica al Estado históricamente.

El concepto de Gramsci es fundamental para replantearse el análisis de la hegemonía desde la nueva historia política. Esta investigación se mueve necesariamente en el marco de una historia cultural, que no puede referirse sólo a los acontecimientos, porque las ideologías y las mentalidades se mueven en procesos más lentos. Tampoco puede ser una historia ajena a la política, porque la hegemonía cultural se ejerce gracias a una relación de dominación política y económica que la sustenta (incluso armada). Así, en el análisis de las hegemonías, la historia política y las historias de las ideologías coinciden, como también lo hacen el estudio del pasado y de la política.

⁹² Ibidem. 747

3. LA DISPUTA POR EL PASADO.

3.1 La historia diversa.

En los apartados anteriores de este capítulo nos hemos referido a la función social y política que juega la historia, entendida como interpretación del pasado de las sociedades. La historia como parte de la ideología es instrumento de la dominación y de la hegemonía, y como tal, es común encontrarla subordinada a la política. Sería un error suponer que el uso político de la historia como fuente de legitimidad es una acción exclusiva de los gobiernos o de la elite social que detenta el poder. Como se señaló con anterioridad, cualquier ideología busca en la historia el sustento de su fe, por lo que, cualquier proyecto social y político puede recurrir a una interpretación particular del pasado para justificar sus fines.

Por ello, en una sociedad donde inevitablemente, como resultado del ejercicio de la libertad, existen diversas opiniones y concepciones del mundo, conviven individuos y grupos que profesan creencias y valores distintos, que responden a tradiciones diferentes y que cuentan con experiencias variadas, tanto la memoria como la historia no serán únicas sino diversas. Muchas de estas diferencias resultarán necesariamente en la coexistencia de sistemas ideológicos distintos, que por su naturaleza omni-comprensiva y excluyente, se confrontan y compiten por prevalecer. Como consecuencia, seremos testigos del conflicto entre diversas interpretaciones del pasado, que justifican e impulsan proyectos políticos distintos que buscan convertirse en hegemónicos. En este sentido, la escritura de la historia es una *arena* de la disputa política.

Como nos dice el historiador marxista Jean Chesneaux, “nuestro conocimiento del pasado es un factor activo del movimiento de la sociedad, es lo que se ventila en las luchas políticas e ideológicas, una zona violentamente disputada”⁹³. Los distintos grupos que disputan el poder al interior de la sociedad recurren a la interpretación histórica para justificar sus proyectos (sean partidarios de la revolución o del statu quo) y para deslegitimar los del opositor; luchan ideológica y políticamente por ejercer la hegemonía sobre la función social y política que inevitablemente tiene la interpretación histórica, y mediante este control, fortalecer su proyecto

⁹³ Chesneaux, Jean. ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores. Siglo XXI, editores, 10ª edición, 1988, México. P 24.

político de futuro en el interior (del grupo, de la organización, de la nación) y frente al exterior (al adversario político).

Nuestra historia patria, como la de muchas otras historias construidas desde el Estado-Nación, esta llena de ejemplos del uso político al que se sujeta la interpretación del pasado, jugando un papel central en la confrontación ideológica de los grupos políticos e intelectuales que se disputan la hegemonía. Un ejemplo de esta disputa política que se plasma, en ocasiones violentamente, en la confrontación entre distintas visiones del pasado, lo encontramos en la disputa por la Nación⁹⁴ entre los partidos liberal y conservador durante la primera mitad del siglo XIX en México.

La confrontación entre dos proyectos de Nación distintos, al interior de la oligarquía dominante, encontró en la disputa por la “verdad” del pasado, un escenario central para justificar el proyecto propio y deslegitimar el del adversario. Así, Charles A. Hale especialista en el siglo XIX mexicano, señala: “La historia era el arma principal de Alamán (ideólogo principal del partido conservador) y la piedra de toque de lo que podría llamarse filosofía política conservadora en México...El uso político de la historia por los conservadores de la posguerra planteaba un desafío al México liberal y republicano”⁹⁵. No sólo se trataba de una disputa intelectual en busca de una interpretación más verídica, o distinta, de nuestro pasado, sino sobre todo, de una lucha política encarnizada por el poder del presente y el triunfo del proyecto propio, de su historia y de su propuesta para el progreso.

En esta guerra por el pasado, el triunfo político es también el triunfo de la versión histórica del vencedor, la imposición de una interpretación parcial del pasado que normalmente desconoce históricamente al adversario para liquidar su fuerza política. La historia vigente y legítima, desde

⁹⁴ “Nación”, con mayúscula, se refiere al concepto de Estado-Nación, que pretende la homogeneidad cultural, histórica, de lengua en el territorio unido por el poder político, desconociendo a las naciones diversas (grupos culturales con identidad propia) que coexisten al interior de un Estado.

⁹⁵ Hale, Charles A. El Liberalismo mexicano en la época de Mora. Ed. Siglo XXI, 14ª edición, 1999, México. P. 20 y 24. Mientras que con su *Historia de Méjico*, Lucas Alamán, sustentaba al proyecto ideológico del también llamado partido del *retroceso*; la propuesta *progresista* se sostenía, por ejemplo, en el *Ensayo histórico de las revoluciones de Méjico, desde 1808 hasta 1830*, de Lorenzo de Zavala o en la obra de otro gran ideólogo del liberalismo mexicano, José María Luis Mora, *México y sus revoluciones*. En este mismo sentido Elías José Palti sostiene que en la tarea de revisión histórica que emprende Lucas Alamán, fue más importante la operación de problematización de certidumbres (paradiástole) que Alamán ponía en juego con su propia reescritura, que el propio contenido de ésta. El objetivo primordial que perseguía en la interpretación del pasado era demostrar la relatividad de los principios liberales (soberanía popular, república) y abrir un debate constitucional a fondo. Palti, Elías José. La Política del disenso “La Polémica en torno al monarquismo” (México, 1848.1850)...y las aporías del liberalismo. Ed. FCE, 1998, México. P. 51

la política, es la versión que escriben los vencedores. El que vence tiene la razón histórica y, consecuentemente, el que es derrotado está equivocado, no sólo en el presente, sino en su visión del pasado; porque la razón la da el éxito y no la ciencia, la fuerza de los hechos es la fuerza de los fuertes. Los vencedores integran al resto de la sociedad en su visión de la historia, la escriben en las estelas, en los monumentos, en los museos, en las celebraciones, en los libros de texto y la presentan en el espacio público como la única interpretación verdadera del pasado

Quienes conquistan el poder tienen ahora la tarea de conservarlo, y en esa labor política el control sobre la historia continúa siendo fundamental como elemento de dominio ideológico y cultural. Luis Alberto de la Garza lo expresa en los siguientes términos: desde siempre “el problema de la historia no era (y no es) solamente el intento de reflexionar y analizar una sociedad determinada, sino el de buscar soluciones para legitimarla y perpetuarla”⁹⁶; en civilizaciones antiguas y en civilizaciones modernas, en pequeñas tribus y en los grandes Estados Modernos, sea la fuente de legitimación los dioses o los hombres, el mito o la racionalidad, la historia ha sido uno de los instrumentos más preciosos para sostener el dominio de unos sobre otros de manera legítima y pacífica (o menos violenta).

En resumen, desde el *sentido político*, la historia no está preocupada primordialmente por comprender ni hacer comprender el pasado y el presente, el objetivo es político y no analítico, se busca *convencer o imponer* cierta idea del pasado que dé legitimidad a la causa del presente, independientemente de la verdad o falsedad que contenga la interpretación histórica. En este sentido, la verdad no tiene ya que ver con el análisis preciso de la realidad, sino con la posición que se guarde en el juego de las fuerzas políticas. Se abre así, una vía libre para la manipulación de la historia que tiene en la falsificación, el maniqueísmo, la mitificación, la ocultación y la invención del pasado las formas comunes de control de la historia y los vehículos de transmisión de la ideología. Desde esta perspectiva, la escritura de la historia es una acción eminentemente política, y como tal debe ser estudiada por la ciencia política.

⁹⁶ De la Garza, Luis. “Historia y Política ¿Matrimonio sin Divorcio?” En Revista *Estudios Políticos*. No 4, vol. 6 oct-dic 1987, México. P. 5

3.2 Nacionalismo: monopolio del Estado sobre la interpretación histórica.

Al revisar el sentido político de la historia y su uso como instrumento de poder, es fundamental el análisis del papel que juega el Estado-Nación, objeto central del análisis político en las sociedades modernas, en la interpretación del pasado y la producción de una historia oficial que se constituya en la Historia Nacional y que integre y fortalezca una memoria común que sea congruente con la identidad nacional.

Frente a una historia desde la política diversa y conflictiva, reflejo de la disputa por el poder, de la lucha de grupos y clases y de la pluralidad inherente a una sociedad moderna, el Estado procura monopolizar la interpretación histórica e imponer sobre la memoria diversa de los grupos y sobre las distintas ideologías, una sola versión del pasado, una historia común con la que se identifican y se unen en igualdad todos los miembros de la comunidad política. La centralización del poder político que caracteriza al Estado Moderno coincide con el proceso de construcción de la Nación como *unidad* territorial, cultural e histórica, que integra (homogeniza) al interior a las distintas regiones, grupos y naciones, para distinguirse al exterior frente a otros Estados.

Como nos muestra el análisis histórico del surgimiento del Estado Moderno en Europa a partir del siglo XIII y su consolidación y extensión en el mundo durante los siglos XVIII y XIX, esta entidad política nace como resultado de un proceso de centralización del poder político y se constituye como el organismo que comprende el ámbito entero de las relaciones políticas de una sociedad. Ese Estado que, según la definición de Weber, detenta el Monopolio de la fuerza legítima, ejerce también la hegemonía cultural y, como una expresión de ella, el dominio sobre la historia; manipulando al pasado y poniéndolo al servicio de la construcción de la legitimidad política del presente que permita su supervivencia en el futuro.

El Estado-Nación, que nace como una nación triunfante sobre otras naciones, se constituye a partir de un proyecto político y una ideología particulares, que al resultar vencedoras en la disputa política, fortalecidas por la centralización del poder y por la burocratización, se consagran como el proyecto y la ideología hegemónicas que definen la identidad nacional.

Evidentemente, esa parcialidad vencedora tiene una interpretación propia del pasado “nacional” que se impone como historia única y hegemónica, como memoria general y popular, en el proceso que Ricoeur llama *representación histórica* de la memoria. Esta historia nacional

sirve como pedestal del que se sostiene una idea de Nación que oprime o asimila, asimila y oprime, a las distintas culturas, comunidades e individuos, fusionándolos superficialmente en un ente homogéneo donde todos los individuos y los grupos comparten una sola lengua, pertenecen a una misma “raza”, comparten una cultura idéntica y, por supuesto, tienen un pasado uniforme; es decir pertenecen a la misma Nación.

El nacionalismo, que podemos definir como la ideología que construye y legitima a la Nación y que constituye el mecanismo por el cual el Estado impone y reafirma la cultura homogénea –compartida entre gobernantes y gobernados–. Sobre esta ideología impuesta, consolida y da estabilidad a la relación de dominación, al transformarla, más allá de los instrumentos de violencia que detenta el Estado, en una obligación moral, tanto para el dominado como para el dominante, que permite ejercer el control social por medio de la persuasión y no sólo de la fuerza. La *historia patria* es uno de los instrumentos más poderosos del nacionalismo para consolidar la hegemonía cultural de la élite gobernante. La también llamada *historia oficial* es la interpretación del pasado que el Estado reconoce e impone como única, versión que niega y obstruye cualquier otra forma de mirar la historia que pueda cuestionar o amenazar su monopolio en la definición de la Nación y en su control político.

E.H. Carr definía a la historia patria como “el peso muerto de generaciones desaparecidas de historiadores, amanuenses y cronistas, que ha determinado sin posibilidad de apelación nuestra idea de la historia”⁹⁷, refiriéndose a la función conservadora y excluyente que cumple la historia como integrante de la ideología nacional. Vale la pena también, referir a Adolfo Gilly, quien en unas pocas líneas logra resumir magistralmente la función política de la historia y los mecanismos mediante los cuales la interpretación del pasado se subordina a los intereses de centralización del Estado y la conformación del nacionalismo como ideología hegemónica:

La historia se convierte, en este punto, en un instrumento privilegiado para la legitimación y la conservación de la *comunidad ilusoria* entre los de arriba y los de abajo. Es la historia del Estado, la historia de *todos*, narrada por los ideólogos de la comunidad superior, que se apodera incluso de los héroes de los otros (cuando no puede suprimirlos del todo) y les expropia su historia. La racionalidad de la comunidad superior, se convierte en la razón universal e intemporal (...) Sus motivaciones de grupo o de clase se vuelven los fines de la

⁹⁷ Hertz, Noemí y De la Garza, Luis Alberto. “Pensar Históricamente”. *Revista de la Universidad de México*. Volumen XXXIV, número 11, agosto 1980, México. P. 28. La cita pertenece a la obra clásica de Edward Hallet Carr *¿Qué es la historia?*, Ed. Planeta Mexicana, 1899, México.

comunidad o de la nación. El Estado, el poder existente, es el punto hacia el cual converge la historia desde el principio de los tiempos, que no ha sido más que una larga transición hacia el presente equilibrio.⁹⁸

Son tres los elementos ideológicos que se resumen en la párrafo anterior y que corresponden a la definición de la historia patria al servicio del nacionalismo, éstos constituyen las características que definen a la interpretación nacionalista del pasado: en primer lugar, la función legitimadora del equilibrio presente que pretende dar estabilidad y continuidad a las relaciones de fuerza vigentes; en segundo lugar, la construcción de una comunidad ilusoria a la que pertenecemos todos; por último la integración nacional sostenida en la exclusión del otro. En torno a estos tres elementos íntimamente vinculados y a partir del control sobre la interpretación del pasado, el Estado-Nación propone, impone y reproduce durante el tiempo, su historia nacional, que justifica y enaltece el estado presente de las cosas.

Adolfo Gilly destaca que esta historia oficial como *discurso del poder*, se construye en función de una posición política particular, de una racionalidad determinada y unos fines específicos, con el objeto de sostener, fortalecer y prolongar la hegemonía de quien detenta el poder político. Para ello el pasado debe ser congruente con el proyecto nacional del presente, debe presentarlo como una condición necesaria, resultante natural del desarrollo evolutivo de la Nación hacia el progreso. Como lo adelantábamos en el primer capítulo, el nacionalismo, como cualquier otra ideología, busca a partir de su versión de la historia, establecer en la memoria de sus profesantes, la justificación del presente y el proyecto de provenir.

Con objeto de mantener la hegemonía sobre la historia, el nacionalismo a través del Estado, intenta controlar la escritura, el estudio y la difusión del pasado. Su instrumento más poderoso es la formación histórica de las masas a partir de la instrucción de la historia oficial en los centros de educación básica. A partir de estos instrumentos de control sobre el pasado se adueña del uso político de la función social de la historia y ejerce el dominio sobre la conciencia colectiva.

La historia patria impartida en las escuelas a los niños e interiorizada por los *ciudadanos* a lo largo de su formación, verdadera o falsa, tiene un impacto profundo en la conformación de una cultura hegemónica “nacional”, en la forma en que los individuos asumen su pasado y enfrentan el presente. Por ello, constituye un instrumento valioso del Estado para legitimarse y

⁹⁸ Gilly. Op. Cit. P. 211

permanecer. “No nos engañemos, dice Ferro: la imagen que tenemos de otros pueblos, y hasta de nosotros mismos, está asociada a la Historia tal como se nos contó cuando éramos niños. Ella deja su huella en nosotros para toda la existencia”⁹⁹. A partir de la educación y de la interiorización, esa visión histórica, los valores que la sustentan, la ideología que defiende, dejan huella y se reproduce en otras esferas de la cultura de las sociedades y de los individuos distintas de la conciencia histórica, dentro de la que nos interesa especialmente, la esfera de la cultura política, es decir, la forma en que los individuos y los grupos entienden, valoran, juzgan y responden en el sistema político.

3.3 La ocultación del otro.

Para la élite gobernante “la Historia es su historia” así como la Nación es su nación. Esta historia patria que ilusoriamente pertenece a todos, es en realidad la historia parcial de quienes detentan la hegemonía, que se construye sobre las tumbas de las diversas y opuestas interpretaciones de los vencidos. Se trata de la creación de un pasado *ad hoc* que narra pomposamente el desarrollo natural de los hechos hacia el progreso, que no es otra cosa más que su victoria.

La historia nacional construye una visión integradora del pasado, que pretende construir la fachada de la unidad de todos *nosotros* a partir de la negación de los *otros*. Para la Nación la unidad se identifica con la unicidad; lo distinto no existe y la pluralidad es un elemento que lleva al resquebrajamiento de lo uniformemente constituido. En suma, la historia patria se basa en la exclusión de todo lo que en el pasado contraríe a la unidad-unicidad.

La interpretación estatal del pasado tiene como métodos predilectos el olvido selectivo y la exclusión de los hechos que no son congruentes con la Historia de la Nación que justifica el proyecto político de quienes controlan el poder del Estado. “La ocultación del pasado, dice Chesneaux, es un procedimiento favorito del poder”¹⁰⁰, ejemplo ilustrativo de esta lógica, nos dice este autor, es el término *fei* que los mandarines confucianos utilizaban para nombrar a los rebeldes y disidentes; *fei*, gramaticalmente significa, los que no han existido, los que no tienen un lugar en la historia. Así, esta historia oficial desconoce y oculta una serie de hechos, de

⁹⁹ Ferro, Marc. Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero. FCE, 2000, México. P. 9

¹⁰⁰ Chesneaux, J. Op. Cit. P.p. 34-66

personajes, de movimientos, de culturas, de continuidades y de rupturas que forman parte fundamental del proceso histórico de las naciones aunque se les oculte.

La ocultación histórica más importante y que aparece con mayor frecuencia en todas las sociedades, es la indiferencia frente al pasado de quienes son excluidos social, económica y políticamente; quienes no son significativos ni en el pasado ni en el presente, más que como objetos de explotación. La historia oficial ve desde lo alto, y desde ahí no alcanza a ver a los de abajo, que son invariablemente excluidos del pasado sin importar si formaron parte de los vencedores o de los vencidos. Estas masas de comunidades e individuos (campesinos, obreros, minorías étnicas y culturales, mujeres, etc.) sólo forman parte de la historia en los términos que es conveniente a la elite gobernante, no son sujetos activos de la historia oficial.

El otro acto de desaparición en las historias patrias, lo constituye la negación de una parte del pasado que no coincide con la historia que los vencedores se han inventado para legitimar su triunfo y la continuidad de su proyecto político. Esta es la exclusión de los vencidos y de su interpretación del pasado y, a partir de ella, su ausencia en la imagen ilusoria que de la Nación se ha impuesto; se trata de una exclusión fundamentalmente política, porque pretende debilitar o eliminar al adversario que disputa el control del poder y negar la existencia de cualquier partido distinto que no participa del acuerdo político vigente y que pudiera llegar a disputar la legitimidad de impulsar su proyecto de nación.

Esta historia de los vencedores que se identifica con la de la Nación, se sostiene sobre una lectura maniquea del pasado que se limita a narrar los actos heroicos de los hombres buenos y las traiciones de los villanos; los triunfos de los héroes sobre los malvados son presentados en este cuento de hadas como los momentos en los que la patria se funda o se refunda sobre un consenso unánime en torno a un proyecto nacional único; los enemigos de esta unanimidad, los traidores, desaparecen mágicamente con la derrota y dejan de ser relevantes en el pasado y en el presente, no merecen un lugar en el altar patrio. El nacionalismo vuelto religión hace de la historia oficial un juicio definitivo para justos y pecadores: es el poder estatal y no las circunstancias del presente, el que dicta la sentencia. Mientras más malos son los adversarios políticos, más buenos y patrióticos son quienes los han vencido, y más legítimos y nacionalistas el proyecto y quienes lo abanderan en el presente. Así, nuestro paso por la historia, se recrea como la Gloriosa Evolución de la Patria.

4. NECESIDAD DE UNA RELECTURA DE NUESTRO PASADO

En México, como lo reconoce Charles A. Hale, “el nacionalismo y el conflicto ideológico han sido los principales determinantes en la historiografía política mexicana”¹⁰¹. Nuestra historia patria no se escapa de la crítica general que hemos expuesto a la historia escrita por el Estado en función de la política, y se trata, como todas, de una historia excluyente, oscura, parcial, mitificadora, que obstaculiza el estudio analítico de nuestro pasado y, por tanto, dificulta la comprensión de nuestra realidad.

Como ejemplo de esta historia patria conviene citar algunos pasajes representativos de la *Evolución política del Pueblo Mexicano* de Justo Sierra, interpretación histórica que en muchos sentidos, con algunas sustituciones que la revolución hizo en lo referente al Porfirismo, se mantiene como el tronco estructurador de la historia que defiende el nacionalismo mexicano¹⁰². Sierra, en 1900, resume la visión liberal de la historia del siglo XIX en las siguientes líneas:

México no ha tenido más que dos revoluciones, es decir, dos aceleraciones violentas de su evolución, de ese movimiento interno originado por el medio, la raza y la historia, que impele a un grupo humano a realizar perennemente un ideal, un estado superior a aquél en que se encuentra; ...La primera fue la revolución de independencia...; la segunda revolución fue la *Reforma*.... En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue lo segundo emanciparse del régimen colonial; dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de si misma¹⁰³

Más adelante Justo Sierra resume la historia de México en tres grandes desamortizaciones, e integra en la tercera de ellas la justificación histórica, política y “científica” del régimen porfiriano, donde se alcanzó, la paz y la personalidad internacional.

Tres grandes desamortizaciones de nuestra historia: la de la independencia, que dio vida a nuestra personalidad nacional, la de la Reforma, que dio vida a nuestra personalidad social, y la de la Paz, que dio vida a nuestra personalidad internacional; son ellas las tres etapas de nuestra evolución total. Para realizar la última, que dio todo su valor a las anteriores, hubimos

¹⁰¹ Hale. Op. Cit. P. 5

¹⁰² La versión oficial de la historia no ha cambiado en mucho, sólo habría que agregar una tercera revolución, que sustituye a la desamortización porfirista, por la formación del Estado Social Mexicano, la Constitución de 1917 y el Partido de la Revolución Mexicana, Partido Nacional que Institucionaliza la Revolución (la primera, la segunda y la tercera).

¹⁰³ Sierra, Justo. Evolución política del pueblo mexicano. Porrúa, 1986, México. P.177.

de necesitar...un hombre, una conciencia, una voluntad que unificase las fuerzas morales y las transmutase en impulso normal; este hombre fue el Presidente Díaz.¹⁰⁴

En los párrafos que se citan de Justo Sierra vemos reflejados los principios que guían a la historia patria de los Estados Modernos en general: La evolución como motor de una historia lineal que se dirige a la consumación de la gran obra resultado del progreso y de la civilización, *la creación de una persona nacional soberana*. La continuidad de el Proyecto Nacional a lo largo del tiempo, etapas de nuestra evolución, que concluyen en la necesidad de un hombre, de una élite o de un régimen político determinados. Es la misma historia que el jurista Mario de la Cueva reconoce en nuestro bagaje constitucional, al señalar que tres constituciones republicanas y federalistas , la del 1824, la de 1857 y la de 1917, constituyen, como etapas naturales de un mismo proceso, la identidad jurídico-política de nuestra nación. Una historia que deja al margen a importantes segmentos de nuestra historia social, cultural, ideológica, política.

Ante esta historia nacional excluyente, es necesario elaborar una relectura de nuestro pasado que persiga un mayor apego a la realidad compleja, diversa y conflictiva del surgimiento del Estado y la nación mexicana; reinterpretación que aporte una perspectiva distinta desde la cual mirar a nuestro presente. La propuesta que se desprende de esta tesis es que, utilizando los instrumentos metodológicos desarrollados en la primera parte del trabajo, es de gran utilidad para la comprensión de nuestro presente político, emprender la tarea de una relectura del pasado, que pase por la lectura crítica de nuestra historia patria, es decir, por el estudio de la forma en que el Estado Mexicano, caracterizado durante el siglo XX por el ejercicio hegemónico del poder, ha interpretado el pasado de México. Esta lectura y relectura se justifican fundamentalmente a partir de tres razones que son complementarias entre sí:

- a. En primer lugar, es de interés para la ciencia política analizar la forma en que el Estado-Nación ha escrito su historia porque la lectura crítica de esa interpretación política e ideológica del pasado es un mecanismo para estudiar el discurso del poder que se encierra en el nacionalismo; esta lectura crítica de nuestra historia puede iluminarnos sobre la naturaleza de las instituciones y las organizaciones del Estado, así como de otras entidades políticas no estatales. Además, el impacto que tiene la historia oficial sobre la formación de la “identidad

¹⁰⁴ Ibidem. 281-282

nacional” y las consecuencias políticas de éste en el presente, son, sin lugar a dudas, materia de estudio de la ciencia política.

- b. En segundo lugar, es necesario releer el pasado, porque la historia oficial es incompleta, excluyente y en varios sentidos falsa; si el objetivo del análisis histórico es comprender el pasado/presente, debe procurarse, infatigablemente, obtener una visión más completa, más global, que nos aporte mayor luz sobre los *grandes problemas nacionales*.
- c. Por último, porque el presente desde el que se hace la relectura histórica es distinto, y si sostenemos que la historia se escribe desde el constante contacto con el hoy, entonces las preguntas al pasado son necesariamente nuevas, porque los conflictos del presente son únicos en su contexto (aunque no completamente nuevos).

a) La historia oficial como sujeto de estudio.

Marc Ferro nos sugiere que analizar *cómo se cuenta la historia a los niños*, es un camino provechoso para comprender quiénes somos, cómo es nuestra sociedad, bajo qué principios se le ha instruido. Según la tesis de este autor, esa historia que recibimos en la niñez deja una profunda huella en la identidad individual y colectiva, por ello, la historia oficial no puede ser reducida, como sujeto de estudio, a una versión infantil y superficial del pasado, incompleta y falsa pero suficiente para la educación primaria, cuyas deformaciones posteriormente serán superadas por los jóvenes a partir de un estudio histórico más concienzudo. Esa historia patria es un instrumento de poder, de hegemonía cultural, de conformación de una cultura nacional y de control de la conciencia colectiva; su visión de la realidad se interioriza y permanece, y tiene consecuencias políticas relevantes en el presente. Por eso, su crítica desde distintas posiciones sigue siendo vigente aunque académicamente haya sido rebasada, por cierto, no del todo.

Por otro lado, hemos visto ya la importancia que tiene la historia por su función social y política, el papel que juega en la disputa ideológica y en la lucha del poder, hemos sostenido también que “no hay discurso histórico cuya eficacia sea puramente cognoscitiva; todo discurso interviene (se inscribe) en una determinada realidad social donde es más o menos útil para las distintas fuerzas en pugna”¹⁰⁵. Por ello, debemos hacer caso a Chesneaux y preguntarnos

¹⁰⁵ Pereyra, Carlos. *Historia ¿Para qué?* Op. Cit. P. 13

siempre, ¿para qué se escribe, o más claramente, para quién se escribe determinada interpretación del pasado? La relectura de la historia debe estar consciente de la carga política que lleva, explícita o implícitamente, la versión del pasado integrante de la ideología hegemónica.

En este punto coincido plenamente con Jean Chesneaux cuando señala que “la historia es decididamente algo demasiado importante para que se deje al arbitrio de los historiadores”¹⁰⁶. La condición política de la interpretación histórica utilizada como instrumento de dominación, específicamente el papel de la historia patria como elemento esencial de la ideología nacional, no puede ser estudiada sólo por la historia sino que debe existir una participación de la ciencia cuyo objeto central de estudio es la política y los instrumentos de ejercicio del poder, desde el Estado y fuera de éste. Temas como la hegemonía cultural, como el conflicto y la imposición ideológica, como la exclusión, como la disputa democrática o facciosa entre diversos proyectos políticos, como la construcción del Estado-Nación y su crisis, en los que interviene la interpretación del pasado, son evidentemente objeto de estudio de la Ciencia Política.

La ciencia política, más que ninguna otra disciplina, debe reconocer el sentido político de la historia como un objeto de estudio, porque a través de su análisis es posible reconocer las distintas posiciones políticas e ideológicas que encuentran en las diversas interpretaciones del pasado, un espacio de lucha por el control del pasado y del presente. Es decir, a partir del estudio de *su historia* podemos reconocer algunos rasgos del proyecto político, los orígenes que reconoce, su concepto de Estado y de Nación, su posición frente a otros grupos de la sociedad. Así pues, el estudio de la historia oficial será necesario para analizar cómo se reconoce el Estado a sí mismo –o para ser más precisos cómo lo entiende la élite gobernante–, cuál es su concepto de Nación (como unidad o como pluralidad, por ejemplo), qué régimen político legitima y a partir de qué elementos lo hace, cómo pretende ser reconocido por la sociedad, cuál es su propuesta de futuro, entre otros cuestionamientos.

No se debe partir *a priori* de la idea de que la historia escrita para la política es una falsa interpretación del pasado. No se trata de justificar o derrocar a la historia patria o a cualquier versión ideológica del pasado, más allá de los mitos o falsedades que sostenga, lo importante para la ciencia política es que se trata de una interpretación que cumple una función política y

¹⁰⁶ Chesneaux, Op. Cit. P.20

teórica específica; es reconocer el discurso político al que pertenece y sus efectos sobre el sistema político.

b) Crítica a la historia ideológica y a la ocultación del pasado:

En esta etapa, a diferencia del análisis político de la escritura de la historia que se propone en el punto anterior, donde lo importante no es la *falsedad* sino la función política y social que cumple determinada interpretación del pasado (lo cual estaría más identificado con la definición débil de la ideología), un objetivo fundamental que debe perseguir el estudioso del pasado es reconocer las incorrecciones de la historia ideológica y sus consecuencias sociales y políticas. Se considera, como propone Pocock, que es relevante “distinguir entre lo que es un hecho cuando sucede y el carácter que adquiere con posterioridad, ya que éste puede, a veces, oscurecer a aquél”¹⁰⁷, y esa oscuridad impide que el estudio del pasado ilumine nuestro presente. Paul Valery continuador del pensamiento de Nietzsche, advierte sobre esa versión mitificada del pasado:

La historia que recoge las bondades del pasado propio y las villanías de los vecinos, hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsa memoria, exagera sus reflejos, mantiene viejas las llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas.¹⁰⁸

En otras Palabra, Carlos Pereyra denuncia que:

Cuando se disuelve por completo la lógica del discurso histórico en los zigzagueos de la opción política inmediata, entonces no se puede extrañar ocultamientos, silencios y deformaciones: elementos triviales de información se vuelven tabú, áreas enteras del proceso social se convierten en zonas prohibidas para la investigación, falsedades burdas pasan por verdades evidentes de suyo, etc.¹⁰⁹

Si el objetivo de la historia es comprender quiénes somos y por qué, la historia patria y en general la historia escrita desde la política, por ser parcial, maniquea, incompleta y oscura, es poco útil para comprender nuestro pasado e insuficiente para ayudarnos a explicar nuestro

¹⁰⁷ En Gil Puyol, Xavier “*Historia política de la Edad Moderna Europea hoy: Progresos y minimalismo*” *Memorias del 2º Congreso de Historia a Debate*, T. III P. 205.

¹⁰⁸ González, Luis. *De la múltiple utilización de la historia*. En Pereyra, Carlos, etal. Op. Cit. P. 66

¹⁰⁹ Pereyra, Carlos. *Historia ¿Para qué?* Op. Cit. P. 17

presente. Por ello se hace necesaria una visión crítica de estas interpretaciones y la formulación de una interpretación distinta que tenga como principio la objetividad.

Frente a la idea que comparto de una relectura de la historia desde el sentido científico que busque la objetividad, Jean Chesneaux denuncia que tal objetividad no es más que una fachada que oculta el verdadero interés político y que dado que la historia necesariamente cumple una función social y política, la relectura del pasado debe estar guiada por el compromiso político en el que se milita. En términos gramscianos, la propuesta de Chesneaux se ubica en la disputa por la hegemonía ideológica, el objetivo es hacer *tabula rasa* de la historia oficial y oponerle la versión de las masas, a partir de las propias aspiraciones. En suma, se busca poner a la historia al servicio de otro amo, la revolución.

Para Chesneaux el historiador tiene una responsabilidad social sobre lo que escribe. La escritura de la historia debe ser congruente con el proyecto social que se apoya, esto implica partir de un enfoque selectivo del pasado según las prioridades políticas del presente. Para este autor “es preciso afirmar en principio la primacía del presente sobre el pasado”, es decir, es la realidad contemporánea la que determina las exigencias bajo las cuales se acude al pasado y conforme a éstas, siempre y cuando sean las de las masas, se construye la historia; “es a cada pueblo al que corresponde en primer lugar hacer el balance del pasado, seleccionar los elementos negativos y aquellos que son susceptibles de apoyar sus luchas o sus esperanzas”¹¹⁰, según defiende este autor.

La premisa de Chesneaux es que “la historia es una relación activa con el pasado” y, por lo tanto el pasado cuenta sólo por lo que significa para nosotros, desde el presente tenemos la capacidad y la responsabilidad política de otorgarle un significado. En este sentido, el historiador se enfrenta a la elección política sobre qué es lo que debe defender y preservar, qué derribar y destruir. El problema de esta propuesta es que en la elección se puede perder contacto con el pasado, cuando este no coincide con la interpretación que es conveniente para la lucha política del presente. En suma, no propone salirse del sentido político de la historia, sino darle “la dirección correcta”.

Jean Chesneaux señala que, en ciertos casos, es legítima la falsificación del pasado, no obstante haberla denunciado cuando ha sido empleada por el Estado, pues considera como

¹¹⁰ Chesneaux, Jean Op. Cit P. 64

inevitable e incluso necesario un enfoque selectivo del pasado. En este sentido se pregunta ¿es censurable en si misma toda marginación del pasado? ¿Dónde se detiene el enfoque selectivo del pasado en función de las luchas reales, de las prioridades políticas reales, y dónde comienza la ocultación deliberada, la falsificación por razón de Estado? La respuesta es que toda opción política implica un margen de error y hay que asumir el costo, si se actúa en la dirección correcta es válido, por ejemplo, ocultar parte del pasado si nos permite olvidar conflictos que dificultan la construcción o reconstrucción del presente, o cuando esta acción beneficia las luchas sociales de los excluidos.¹¹¹

Coincido con esta propuesta en el sentido que destaca que es situado en el presente desde donde se interpreta la historia y que el pasado cobra un significado específico en el presente; coincido también en que el historiador, como cualquier miembro de la sociedad, debe ser congruente políticamente desde su actividad intelectual y que no es válido eludir, ocultándose detrás del principio de objetividad, la responsabilidad política del análisis social. Lo que no es aceptable, si lo que se pretende es comprender a la sociedad, es la pretensión de Chesneaux de subordinar la interpretación del pasado al proyecto político del presente, es decir, dar prioridad al sentido político del estudio de la historia, sobre el sentido científico.

Es distinto afirmar que la interpretación del pasado depende de nuestro presente, que suponer, como lo hace Chesneaux, que el pasado sólo existe en cuanto se le reconoce en el presente. Como bien lo reconoce Enrique Florescano, “el pasado, antes que memoria o conciencia histórica es un proceso que determina el presente con independencia de las imágenes que de ese pasado construyan los actores contemporáneos de la historia”¹¹². El pasado existe independientemente de la interpretación que le demos; es evidente, por el devenir del tiempo, que desde el presente no se puede modificar lo que ya sucedió, por el contrario es el pasado el que impacta en la construcción del presente, y eso es inevitable.

Podemos afirmar incluso que la forma en que se percibe e interpreta el pasado, influye en cierta medida en su impacto sobre las sociedades del presente y que, como propone David Brading en el *Orbe Indiano*¹¹³, es tan relevante el pasado como lo que se ha dicho y escrito de él.

¹¹¹ Ibidem. P. 36

¹¹² Florescano, Enrique “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en Pereyra, Carlos, et al. Op. Cit. P. 104

¹¹³ Brading, David. *Orbe indiano: de la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867*. FCE, 1991, México.

Pero reconocer la influencia de la interpretación del pasado no nos lleva a desconocer la existencia de los hechos independientemente de su reconocimiento en el presente. El pasado tiene su propia fuerza, su continuidad y su permanencia, que determina las condiciones del presente, mismas desde las que se escribe la historia. Este pasado actúa sobre el historiador, sin importar si éste lo quiere o no observar.

Por lo anterior, el ocultamiento histórico nunca es válido, bajo ninguna circunstancia, cuando lo que se pretende es conocer el pasado. La historia no es sólo la que queremos recordar en el presente. La forma de sanar los conflictos de la sociedad no es desconocerlos ni en el presente, ni en su pasado; ocultarlos no los hace desaparecer, quizá podamos olvidarlos momentáneamente, pero si no los enfrentamos, si no corregimos las causas que lo producen, entonces estamos dejando abierta la posibilidad de que se manifiesten por otras vías, incluso por caminos violentos. La historia no es sólo la que se escribe, la que se difunde y la que se lee, el pasado no se conforma sólo por lo que a uno le interesa destacar de él o recuerda de él. Esa parte de la historia que se oculta, existe, en el pasado y, lo que es más importante, existe en el presente, en el consciente o en el inconsciente de individuos y grupos, en la cultura de las sociedades. Esta historia, aunque no coincida con un proyecto de nación determinado forma parte de la nación y por existir es necesario que sea reconocida y analizada para comprender de manera más integral nuestro presente y confrontarlo de mejor forma.

En suma, el grave error que comete Chesneaux, es ver al pasado, fundamentalmente, como un objetivo de las batallas del presente, un tema de lucha más que un objeto de estudio. Con ello se niega la posibilidad y, especialmente, todo deseo de alcanzar la objetividad, de desarrollar una investigación con rigor científico, y de alcanzar cierto grado relevante de veracidad; se reduce el interés por la historia a una lucha política, la interpretación depende exclusivamente de la posición que guarden los adversarios en el escenario político.

Más allá de quien ejerza la hegemonía, ahí está la historia, los hechos del pasado, su existencia en la memoria de los grupos sociales, en las mentalidades, en las instituciones (formales e informales), en las estructuras sociales y económicas, ahí está la larga duración que no se mueve con facilidad y no cambia al ritmo de los acontecimientos. Aquí existe, como diría Mariano Otero, “una constitución social”, unas tradiciones incrustadas en la vida cotidiana de los

individuos, existen continuidades y permanencias, inercias que, aunque pudieran ocultarse (lo cual ya de por sí resulta dudoso), no se eliminan de manera inmediata.

Sí, es cierto, cada grupo debe tener el derecho de hacer el balance de su pasado, pero la pregunta es cómo creemos que debiera hacerlo, si en este balance debe prevalecer el proyecto político sobre el análisis objetivo de su pasado, o por el contrario debe ser éste último el que nos ayude a definir con mayor especificidad los objetivos y las metas políticas, así como los caminos para su realización.

Finalmente, como se plantea al inicio de este capítulo, considero que debe haber una elección concreta del estudio del pasado: o la historia debe escribirse en función de la política o, por el contrario, debe perseguir como fines, la objetividad y la científicidad. El problema es que la interpretación del pasado al servicio de la ideología, cualquiera que sea esta, nos limita las posibilidades del saber científico en la historia y los frutos que se espera obtener de éste: comprensión del presente para enfrentar el futuro. Los vicios de la historia ideológica no son distintos en su naturaleza de los que le hemos observado ya en la historia patria y nos llevan del mismo modo, a un pasado falseado en función de los intereses políticos del presente.

Luis Villoro¹¹⁴, en su estudio de las interpretaciones históricas del indigenismo en México y su carácter ideológico, señala que la falsedad es la paradoja que enfrenta toda ideología: que si bien tiene por objeto captar la realidad, al interpretarla con un aparato conceptual determinado, se ve forzado a disfrazarla y, con ello, pierde la posibilidad de comprenderla. La ideología, aún sin proponérselo transforma (traduce) conceptos y enunciados históricos para que se adecuen al conjunto del sistema. En suma, se oculta a la historia detrás del proyecto. Esta traducción, que integra al otro pero subordinándolo al lenguaje propio, es el mecanismo fundamental por el que un aparato ideológico justifica su imposición sobre el distinto (que debe dejar de serlo para convertirse en parte de la unidad).

Otro aspecto que es necesario criticar de la historia oficial y que debe ser ampliado por una historia global, es la concepción de la historia nacional única y común a todos. Si reconocemos que nuestra sociedad es plural en sus culturas (en sus naciones), en sus ideologías, en sus proyectos políticos, en sus agrupaciones, –como inevitablemente lo será cuando se dan las

¹¹⁴ Villoro, Luis. Los Grandes momentos del indigenismo en México. Ed. FCE-Colmex, 3ª edición, 1998, México. P.p. 7-19.

garantías para la expresión libre de las ideas, básicas en una democracia liberal– entonces deberá reconocerse la existencia de diversas interpretaciones históricas, según las muy diferentes visiones del mundo y los distintos y antagónicos intereses políticos, sociales, económicos, morales, etc., en el presente. “En las ciencias de las sociedad, en la historia de los seres humanos el conocimiento es múltiple tiene varias versiones y vertientes”, el conocimiento es multívoco, incluso, dice Gilly, equívoco¹¹⁵. No es posible concebir una única historia porque no existe una sola concepción de la realidad en el presente.

Encontramos pues que existen varias historias normalmente contradictorias entre sí: las historias “desde abajo” que no pueden estar incluidas en la historia que la elite construye para mantener el *statu quo*; del mismo modo “la historia de las mujeres ofrece una nueva perspectiva sobre el pasado”¹¹⁶ distinta a la historia masculina que ha dominado; las historias locales confrontan a la historia nacional resaltando las diferencias regionales en el pasado que explican las diferencias en el presente; están las historias de los pueblos indios que “no son todavía historia”¹¹⁷, en oposición a la historia criolla que les ha expropiado su pasado precolonial; podemos hablar también de una historia de los vencidos que no concuerda con la de los vencedores; las distintas ideologías políticas también poseen historias propias.

Tanto desde lo que he llamado el sentido político como del sentido científico de la interpretación del pasado, es relevante abogar por una historia diversa. En el sentido político, porque hay que garantizar el derecho de los diversos grupos que integran a la sociedad de explotar la función política de la historia con el objeto de formar una conciencia histórica que fortalezca su identidad específica, que establezca un punto de oposición desde el cual establecer la crítica a los conceptos hegemónicos, que legitime un proyecto de futuro distinto. A favor de estos objetivos puede parecer útil idealizar, imaginar u ocultar, pero es fundamental el reconocimiento y respeto al otro. Dentro de los objetivos del sentido científico, que son de manera somera la comprensión del pasado y del presente y de su relación, tiene también gran importancia la formulación de esas historias diversas con el objeto de poseer elementos más

¹¹⁵ Gilly, Op. Cit. P. 197

¹¹⁶ Burke. (1997). P. 64

¹¹⁷ Para Guillermo Bonfil Batalla las historias de los pueblos indios de México no son todavía historia en un doble sentido: 1) porque están por escribirse; 2) por que no son todavía historias concluidas, sino historias abiertas, en proceso, que reclaman un futuro propio. Bonfil Batalla, Guillermo *Historias que no son todavía historias*, en Pereyra, Carlos, etal. Op. Cit. P.p.229-245

amplios para la comprensión de las sociedades, acorde con la pluralidad y críticos de las posiciones absolutistas.

5. LAS NUEVAS PREGUNTAS DEL PRESENTE.

La historia no se refiere solamente, ni siquiera principalmente, al pasado. Por el contrario, la gran fuerza de la historia viene del hecho de que la llevamos dentro de nosotros mismos, estamos inconscientemente controlados por ella en diversas formas, y está literalmente presente en todo lo que hacemos

Eric Foner, *Who owns history?*

Dicen los historiadores que “la historia se debe rescribir continuamente porque cada generación tiene necesidad de formular nuevas preguntas sobre su pasado”¹¹⁸. Varios acontecimientos de los últimos años han transformado visiblemente la organización política del país y el concepto de nación. Con estos cambios surgen también “nuevos” problemas a los que se enfrenta una sociedad más abierta, con mayor competencia política y confrontación democrática de propuestas ideológicas distintas, con mayores exigencias de negociación entre los actores políticos, con división y conflicto entre los poderes y los diferentes órdenes de gobierno, con demandas de autonomía al interior de los Estados, con disputas culturales que cuestionan la legitimidad de los dogmas nacionalistas. Estas y otras problemáticas del presente pueden encontrar ciertas explicaciones en el pasado; muchas de sus causas son añejas y no pueden entenderse, y mucho menos resolverse sin recurrir a la historia. Por lo tanto, al cambiar la forma de hacer política, las instituciones, el discurso ideológico hegemónico, el grupo que gobierna, surgen necesariamente nuevas preguntas que formular al pasado, lo que inevitablemente produce la necesidad de releer nuestra historia, con una visión crítica.

Eric Foner en su extraordinaria obra donde se pregunta, ¿quién es el poseedor de la historia?”¹¹⁹, reconoce que esta relectura del pasado desde un presente de cambios profundos en las naciones y en las relaciones entre ellas, es un fenómeno de carácter mundial. Además, señala, es una actividad que ha rebasado el debate académico y se ha convertido en una discusión pública. Para Foner la necesidad de reinterpretar nuestro pasado no surge sólo de la

¹¹⁸ De la Garza, Luis Alberto. “Historia y Política: ¿Matrimonio sin divorcio?”, Op. Cit. P. 16

¹¹⁹ Foner, Eric Who Owns History? Rethinking the past in a Changing World. Ed. Hill and Wang., 2002, Nueva York.

transformación de las estructuras nacionales, sino de un proceso de transformación más amplio, normalmente vinculado con la llamada globalización.

Respecto a la experiencia de Estados Unidos, Eric Foner comenta, que si bien es de esperarse que cada generación rescriba la historia según sus propias necesidades y que existan desacuerdos al interior de la profesión sobre el modo en que debe ser enseñada y estudiada la historia, existe algo verdaderamente novedoso en la relectura y en el debate sobre el pasado de las naciones que se ha observado a partir de los años noventa, y es el hecho de que la historia haya emergido como un *wedge issue*, “tema de rompimiento”. La relectura del pasado se ha vuelto central dentro de un fenómeno social más profundo al que Foner y otros llaman, las guerras culturales, y que tiene que ver, en el contexto internacional, con la confrontación con “occidente”, con lo que comúnmente ha sido llamado la historia mundial o universal, y, en el contexto nacional, con la confrontación con la ideología hegemónica y su interpretación del pasado “nacional”¹²⁰.

El gran reto que enfrenta la historia desde el presente, es que se han derrumbado, en distintas regiones, los grandes consensos sobre como la historia debiera ser enseñada o incluso de cómo debiera ser conmemorada. La historia oficial y su relectura se han vuelto tema del debate cotidiano, expuesto en la prensa y en los medios de comunicación masiva, en el cual participan indistintamente académicos y políticos, padres de familia, entre otros. Un ejemplo de ello fue la conmemoración del quinto centenario del desembarco de Colón en América, en 1992, que en lugar de ser motivo de grandes celebraciones, se distinguió más por las disputas sobre si el llamado “descubrimiento de América” debía ser motivo de orgullo (el nacimiento del nuevo mundo) o de lamento (la discriminación a la naciones nativas y la introducción de la esclavitud). Disputas que no se dieron sólo, ni fundamentalmente, al interior de la academia sino que encontraron su mayor resonancia en los medios de comunicación¹²¹.

¹²⁰ Ibidem. P.p. XI-XII.

¹²¹ En Latinoamérica fuimos testigos de importantes movilizaciones sociales que participaban de este debate más allá de la academia o de los medios de comunicación. En México existen también diversos ejemplos de un debate público, que trasciende a los historiadores, entorno a la relectura de nuestro pasado desde el presente, me viene a la mente por ejemplo la discusión sobre quiénes merecen descansar en “los panteones patrios” ilustres que relató el periódico *La Jornada* ante la posibilidad que los restos del conservador Miramón fuera trasladados al panteón de San Fernando a un lado del nicho de “La Corregidora”, ver “Blanquean la historia del traidor Mejía” 14 de febrero 2002, P. 56; o quiénes han hecho los méritos para que su figura sea enaltecida en una estatua situada en una plaza pública, como el escándalo surgido cuando se sugirió la instalación de una estatua con la figura de Porfirio Díaz en el puerto de Veracruz.

En Estados Unidos, desde un presente que acarrea décadas de luchas por los derechos civiles y en contra de la discriminación (aún inconclusas) y que cuestiona el “destino manifiesto” de la nación como paladín de la libertad, existe una ardiente discusión sobre su pasado, un pasado en el que la evolución lineal hacia la libertad y la democracia, se impacta violentamente con la esclavitud y la discriminación de numerosas minorías integrantes de la nación. Un ejemplo vivo de esta relectura que se hace abre públicamente y busca participar del debate político y social contemporáneo es el *Tenement Museum*¹²² en la ciudad de Nueva York, que como parte de una corriente museográfica e historiográfica más extendida, busca mostrar la historia de la minorías excluidas, las condiciones marginales de vida y de trabajo de los inmigrantes europeos a los Estados Unidos aa inicios del siglo XX, ello con el objetivo político explícito de generar conciencia en el visitante sobre la desigualdad y marginalidad aun vigentes en la nación de la libertad y la igualdad.

La relectura de la historia es un fenómeno que se presenta en la mayoría de los países del globo. Es parte de un fenómeno más amplio y contradictorio que se identifica con los cuestionamientos al Estado Nación en crisis, con su debilitamiento hacia fuera y hacia dentro, con el surgimiento de movimientos nacionalistas, de movimientos sociales por los derechos de las minorías y de las naciones al interior de la nación, o, por el contrario, de movimientos ultraconservadores, racistas y xenófobos. En los años recientes, diversos países alrededor del mundo se han enfrentado a debates conflictivos sobre su historia. De hecho, no sólo la historia nacional está sujeta a debate, sino también la llamada historia universal, historia de la Europa “Occidental” que ha dejado a un lado al resto del mundo, exclusión que ya no es sostenible.

Ejemplo de ello, es la relectura de la historia que experimentan los países de la ex Unión Soviética, revisión del pasado que se originó incluso antes de la fragmentación de esta potencia. El caso que nos presenta Foner sobre la URSS es especialmente significativo porque se refiere al surgimiento de una nueva interpretación del pasado como consecuencia natural de las transformaciones políticas, económicas y culturales que se experimentaron en aquellas naciones a partir de la década de los ochenta. Asimismo, este ejemplo ilustra los peligros de que la reinterpretación del pasado se construya en función de las necesidades del poder político del presente, dejando a un lado el objetivo analítico.

¹²² *Tenement*, es el nombre que se da en los Estados Unidos a los Edificios Multifamiliares populares donde habitan fundamentalmente las “clases trabajadores”.

En la década de los ochenta, Mijail Gorbachov, Presidente de la Unión Soviética emprendió el camino hacia una profunda reforma política y económica del régimen soviético, una “introspección nacional en la que la historia jugó un rol central”. Paralelamente a las reformas en materia económica y política, se experimentó un proceso de revisión y reinterpretación del pasado nacional, impulsado desde el gobierno, dirigido a la formación de una nueva conciencia histórica que, apoyada sobre la nostalgia por los días anteriores a la revolución y sobre una dura crítica a los hechos del pasado inmediato, tenía en objetivo de justificar la política del presente. Para el gobierno de Gorbachov “el nuevo futuro requería de un nuevo pasado”. Así, la historia que constituyó uno de los pilares del mundo soviético, se convirtió, en la etapa reformista, en un vehículo para la expansión del desencanto del sistema, a tal grado que a 5 años de reformas de Gorbachov, la Unión Soviética se encontró rescribiendo completamente su pasado¹²³.

Era conveniente entonces pintar de negro el pasado soviético, representando la historia reciente de la URSS como un pasaje de líderes criminales e incompetentes; los libros soviéticos de historia fueron retirados de golpe, sin dar tiempo siquiera a que se elaboraran nuevos textos que los sustituyeran; las salas de los museos referentes a la etapa soviética fueron cerradas para ser rehabilitadas al tenor de las nuevas evidencias; el retrato de los triunfantes generales rusos en 1945 era sustituido por una imagen de los ejércitos ruso y norteamericano reunidos en el Río Elba, en consonancia con los esfuerzos de acercamiento y conciliación con el antiguo enemigo.

La relectura de la historia rusa no estaba guiada por el interés científico de conocer el pasado para comprender el presente, sino por una combinación de nostalgia y de legitimación del presente. La nueva historia propuesta, pecaba del mismo defecto de la interpretación que buscaba sustituir, se escribía desde y para el poder político. Como consecuencia, dice Foner, “el replanteamiento de la historia, había abierto una profunda fisura entre las generaciones”, para millones de viejos ciudadanos la historia de la que había participado era lanzada al olvido injustamente, si bien aceptaban una relectura del pasado, deseaban uno que reconociera tanto los éxitos como las fallas, los sacrificios de los hombres y las mujeres idealistas, así como los

¹²³ Ibidem. Ver Cap. 4 *The Russians write a new history*. P.p. 75-87.

crímenes monstruosos. Ellos resentían profundamente que sus ideales, luchas y logros estuvieran siendo olvidados, o peor aún, sintiendo sus vidas desperdiciadas”.¹²⁴

Finalmente, nuestro país no es la excepción en cuanto a las presiones sociales y políticas que orillan a la revisión de la lectura oficial y sugieren la necesidad de una nueva lectura que aporte luces a los cuestionamientos del presente. Diversos han sido los cambios experimentados en las últimas décadas que nos colocan en un nuevo punto desde el cual mirar al pasado. La transición a la democracia, la competencia real en el campo electoral y el pluripartidismo; los movimientos indígenas y la presiones hacia el reconocimiento del carácter pluricultural y plurinacional del país, de los derechos culturales y políticos de las comunidades indígenas; la fragilidad de la soberanía, la fragmentación entre las regiones, la exigencia de derechos de autonomía; son algunos de los rasgos del nuevo presente que exige para su comprensión una historia distinta. Se trata en suma de cambios que ponen en duda el mito de la unidad (unicidad) nacional: en términos políticos-ideológicos cuestionan al México liberal por evolución; al México mestizo de la homogeneidad cultural; al México uniforme en el sur y en el norte.

¹²⁴ Ibidem. P. 85.

CONCLUSIONES

POR UNA RELECTURA GLOBAL DEL PASADO

“No debemos de incurrir en el error de nuestros primeros padres de la independencia que quisieron abjurar un trozo del pasado. No debe prestarse oídos a quienes pretenden rechazar este gajo de nosotros mismos, invocando glorias pasadas y sueños imperiales.

Edmundo O’Gorman, *Fray Servando Teresa de Mier*

Este México democrático que está naciendo necesita revisar su historia para acabar con la visión de héroes y traidores que sirvió de sustento al partido único. Un país que no asume su pasado no puede proyectarse al porvenir.¹²⁵

Carmen Saenz Pueyo, *Justo Sierra, Antecedentes del Partido Único en México.*

Este trabajo se integra fundamentalmente por un conjunto de cuestionamientos y reflexiones sobre la importancia que tiene la reflexión histórica para la ciencia política y sobre las alternativas que se presentan a esta última para intervenir en el análisis –no en la mera narración– de nuestro pasado con la intención de comprender nuestro presente e incidir de manera más exitosa en la construcción del futuro deseado. Lo antes expuesto puede resumirse en la necesidad de que, en cumplimiento de estos tres objetivos (pasado-presente-futuro), debemos apoyarnos en una colaboración íntima entre la historia y ciencia política, como parte de un anhelo más amplio que es el llamado *mercado común* de las ciencias sociales. Este postulado que ha sido ampliamente reconocido en las últimas décadas, sobre todo a partir de 1989, por parte de los historiadores, no ha sido asumido del todo por la ciencia política, que en su corta vida,

¹²⁵ SAEZ PUEYO, Carmen. Justo Sierra. Antecedentes del partido único en México. UNAM-FCPyS y Miguel Ángel Porrúa, 2001, P. 278.

preocupada por el reconocimiento de su propio feudo, se ha alejado no sólo de la historia sino también de diversas disciplinas.

He expuesto a lo largo de la primera mitad del trabajo el desarrollo de diversas propuestas que han avanzado ya en la dirección correcta hacia la interacción entre las ciencias sociales y la historia. La llamada historia social contiene en sus trabajos un sinnúmero de ejemplos en los que la historia se apoya de disciplinas como la sociología, la economía, la lingüística, la geografía, y más recientemente de la propia ciencia política, en el esfuerzo por interpretar de mejor forma el pasado. Me parece que este desarrollo desde el interior de la historia es un extraordinario punto de apoyo para impulsar la participación activa de la ciencia política en el análisis del pasado.

La nueva historia política, en la que deben coincidir, naturalmente, la ciencia política y la historia, tiene también ya un camino recorrido, impulsado fundamentalmente desde la historia. He presentado también algunas propuestas de temas y conceptos que pueden apoyar el desarrollo de esta rama de investigación, como son la historia de las mentalidades, la historia de las ideologías, la historia de las teorías políticas, así como el análisis y crítica de la historia escrita desde y para la política. El desarrollo de la ciencia política aporta todo un aparato teórico y metodológico listo para aprovecharse en el análisis de los acontecimientos y de las estructuras vinculadas al poder.

Específicamente las áreas de desarrollo de la nueva historia política propuestas en este trabajo se entrelazan en el estudio de las ideologías del pasado, de su expresión política práctica en la disputa por el poder y en la constitución de las instituciones, así como su impacto sobre la cultura política. Estos son temas centrales en análisis de la ciencia política cuya temporalidad no puede limitarse al presente puesto que son fenómenos que se construyen en procesos temporales que no coinciden necesariamente con los movimientos políticos más vistosos e inmediatos.

Me parece que con los argumentos expuestos a lo largo del trabajo queda plenamente justificado el cuestionamiento inicial acerca de la pertinencia de que desde la ciencia política se analice y se escriba la historia. Nuestra disciplina puede y debe relacionarse con la historia para procurar un análisis más profundo de la política en el pasado, y con política nos referimos no sólo a los acontecimientos, sino también a las estructuras y a las mentalidades, no sólo al Estado sino también a las diversas corporaciones y a la sociedad política en general.

Asimismo, debemos recurrir a la historia como base fundamental para la comprensión de nuestro presente. Resulta de gran apoyo, para dar profundidad al análisis de los fenómenos políticos a los que nos enfrentamos, pensarlos históricamente, reconocerlos como acontecimientos que pertenecen a un tiempo de más larga duración, cuya explicación no puede limitarse a lo que ven nuestros ojos sino que debe recurrir a lo ve la historia. La recomendación es diluir la frontera entre pasado y presente, de tal forma que podamos identificar con claridad las continuidades y dar su justo valor al cambio.

Sin embargo, a pesar de los avances descritos en la interacción entre las ciencias sociales y en el retorno del pasado, no obstante que desde hace décadas existe una invitación expresa para que la ciencia política se incorpore a la historia social y de que hay un camino abierto para la interacción entre las ciencias sociales y el desarrollo de la relación pasado-presente, aun no se ha logrado consolidar la relación entre la historia y la ciencia política. Lo que ha faltado y debemos impulsar decididamente es la voluntad para hacerlo, la intencionalidad por parte de las disciplinas y de quienes las integran. Retomando la explicación que da Leo Kofler para mostrar el paso del mito a la historia, en la que señala que “ni la técnica ni la inteligencia son criterios útiles; sólo el cambio de interés explica la diferencia”¹²⁶ que define esta transición. Es decir, si bien los métodos y los instrumentos de la historia, de la ciencia política y de las otras ciencias están ahí, dispuestos para la utilizarse en la construcción de una nueva historia política, listos para permitir una mayor y mejor cooperación entre la historia y la ciencia política, sólo un cambio en el interés de politólogos e historiadores puede producir una verdadera revolución de la historia política en la que nuestra disciplina sea uno de los principales involucrados. Ese interés tiene que promoverse desde el interior de nuestra ciencia.

Considero también que esta intencionalidad debe institucionalizarse y derribar una de las principales fronteras de la interdisciplinariedad identificadas por Wallerstein, la que se establece física e intelectualmente en la enseñanza y la formación de los científicos sociales, las fronteras de los programas de estudios, de los centros de investigación, de los espacios de discusión y reflexión científica. La voluntad de acercar a la historia y a la ciencia política debe formalizarse en los espacios antes citados, especialmente en lo que respecta a los planes de estudio de ambas disciplinas. Si se coincide con la propuesta de este trabajo, la formación básica del politólogo

¹²⁶ Kofler, Leo La ciencia de la sociedad. Esbozo de una teoría de la sociología dialéctica. Ed. Revista de Occidente, 1968, Madrid España, P. 29

debe dar un peso relevante a la historia, no sólo como memorización o conocimiento superficial de los fenómenos del pasado, sino como la enseñanza del pensamiento histórico, del análisis de la continuidad, la permanencia y el cambio, como instrumento de apoyo en el estudio de los fenómenos políticos. No se trata sólo de que el politólogo conozca su pasado sino, sobre todo, que sea capaz de pensar su presente históricamente.

Por lo anterior, como un ensayo de participación de la ciencia política en el estudio del pasado orientado a la comprensión del mundo contemporáneo, a lo largo del trabajo voy sugiriendo la necesidad de una relectura de la historia política de México, que se apoye en la propuesta de la nueva historia analítica y en la denuncia que formulo a la interpretación del pasado escrita desde la política, una relectura que puede ser escrita con la intervención activa de la ciencia política. Una visión crítica de la historia oficial del liberalismo y del régimen posrevolucionario, que corresponda a las transformaciones políticas y sociales del país, fundamentalmente a la democratización, el pluripartidismo, el reconocimiento de la diversidad y el respeto a la diferencia. A partir de estos principios y de las propuestas metodológicas que se recogen en este trabajo, quisiera concluir con la formulación de una propuesta, muy general, de la ruta hacia una posible relectura de la historia de México que corresponda con nuestro presente y nos ayude a comprenderlo y a vivirlo.

Una primera conclusión, es que esta relectura de la historia debe buscar una comprensión global. Es un grave error pretender delimitar o fraccionar el conocimiento del pasado, ya sea por fronteras políticas o por fronteras temáticas. Finalmente, siguiendo cualquiera de estos caminos de la parcialidad “intencional” el resultado es el mismo: una versión incompleta del pasado, y en la mayoría de los casos una interpretación equivocada que sobrevalúa ciertos factores y actores de las sociedades e ignora a otros sin los cuales no se les puede comprender. Esta visión feudal tiene como consecuencia inevitable una limitada y generalmente equivocada, visión sobre el presente, lo que limita nuestras capacidades de construcción de futuro.

Según lo expuesto en la tesis toda interpretación histórica cae en el pecado de la parcialidad y, por tanto, la historia global es un imposible. Pero la búsqueda de esta utopía, parafraseando a Eduardo Galeano, es como una caminata hacia el horizonte, una excursión que nunca termina pero que al volver la vista atrás nos percatamos de lo mucho que hemos avanzado. En este

sentido, la perspectiva de la historia global nos puede ayudar a alejarnos del estudio de pequeños islotes y ayudarnos a navegar en el océano de la realidad compleja.

La relectura debe perseguir el objetivo de una visión global del pasado y del presente que difumina las fronteras disciplinarias e involucra a las ciencias sociales en su conjunto, muy particularmente a la historia y a la ciencia política, en el análisis integral del mundo. La primera lucha a favor de la globalidad está en el esfuerzo interdisciplinario, en reconocer que la esfera política es sólo uno dentro de los múltiples espacios que componen la realidad, que recibe la influencia de las fuerzas económicas, sociales y culturales, que a su vez influye sobre estas estructuras en una relación dialéctica permanente.

Propongo también una historia global en el sentido político e ideológico, que no sólo reconozca, sino que promueva la discusión y la disputa plural entre interpretaciones diversas del pasado y el reconocimiento de las fuerzas opuestas que construyen nuestra propia identidad en un marco de respeto a la legitimidad de las diferentes expresiones. En este sentido la lucha es en contra de la exclusión del otro, de los monopolios nacionalistas que controlan el estudio del pasado. A favor de la apertura a las diversas historias, cuya diferencia se reconoce como una oportunidad para conocer con mayor profundidad nuestro mundo, más que como un obstáculo para la unidad y el conocimiento.

En segundo lugar propongo que, dentro de la diversidad, la relectura del pasado debe perseguir la utopía de la objetividad, reconociendo que estamos en medio de un océano de subjetividades (la del científico social, la de los sujetos de análisis). La búsqueda de la verdad es un principio que la ciencia debe mantener como objetivo permanente, a pesar de reconocer lo inevitable que resulta la subjetividad y considerar que ésta es importante en tanto es el reflejo de la capacidad de creación e innovación del historiador. La subjetividad convierte al científico social en un actor capaz de interpretar la realidad y modificarla, le asigna una responsabilidad social y política, que debe asumir sin renunciar a la objetividad. Esta última no es una aspiración a la neutralidad política, es una aspiración de verdad, un deseo de comprensión de la realidad con el mayor grado posible. Dentro de la búsqueda de la objetividad la subjetividad puede considerarse como una oportunidad de encontrar diversos caminos que nos permitan ir completando la historia global. En este sentido la objetividad no puede darse más que en el

diálogo libre entre lo diverso, es resultado del debate tolerante entre interpretaciones diferentes, todas ellas igual de legítimas.

Nos enfrentamos entonces ante un conflicto entre las diversas interpretaciones de la realidad, ante el cual debemos afirmar que el conocimiento es diverso y que no por ello debemos renunciar a la objetividad como búsqueda de la verdad. Todas las mediaciones son imperfectas, inexactas, inacabadas, por lo tanto, el saber es un campo siempre abierto y siempre en reconstrucción. Paul Ricoeur, propone desplazarnos de una noción de verdad exógena y universal que postula el paradigma newtoniano, hacia una verdad que no es ajena a uno mismo ni a su tiempo, y que por lo tanto es compleja y plural. Sin embargo, el reconocimiento y respeto de lo subjetivo no debe convertirse en un relativismo absoluto que niega la posibilidad misma del diálogo y del consenso. Si cada quien tiene “su verdad” y todas las verdades son igualmente “verdaderas”, entonces carece de sentido sentarse a dialogar con el otro.

Como tercera propuesta sugiero que la relectura debe aprovechar los avances desarrollados en el análisis de los fenómenos políticos desde la ciencia política, debe participar de lo que aquí hemos llamado una nueva historia política. Como se propuso en el desarrollo del trabajo este nuevo acercamiento al pasado debe sostenerse sobre un concepto mucho más amplio de la política, que rebasa al Estado como único objeto de análisis al reconocer una diversidad de sujetos y colectividades, de estructuras y mentalidades, de instituciones formales e informales.

Un cuarto planteamiento es recurrir a la larga duración en el análisis de los fenómenos políticos del pasado y del presente. La nueva historia política debe interesarse por las continuidades y las permanencias, al tiempo que identifica la coyuntura y el cambio en su justa dimensión; en ese sentido reconoce la diversidad de los tiempos de los que participan las estructuras políticas.

Finalmente, desde la perspectiva de la función social y política de la historia, concluyo que también es necesario impulsar una relectura de nuestro pasado, la cual se justifica, fundamentalmente, por el interés de explicar y entender nuestro propio mundo contemporáneo, buscando en la historia respuestas a las preguntas y restos que surgen desde el presente particular. Desde un momento en el que el respeto y la inclusión del otro en la vida democrática es la regla de oro no podemos más que plantear el reconocimiento de la historia diversa. Esta debe ser la premisa que sirve de punto de partida de la nueva historia.

La política descansa en la pluralidad humana, sólo puede existir en la comunidad que está integrada por una reciprocidad de intereses entre seres diferentes. Sea como resultado de un contrato social o como producto de la imposición violenta, el poder político sólo se puede ejercer sobre “el otro”. Por ello, la diferencia y la alteridad son temas esenciales para la construcción de una nueva historia política. Sólo hay hombre político donde hay pluralidad, la ausencia del otro me priva de mi propia existencia. Sólo puede existir un partido político cuando se reconoce la fragmentación de los intereses, porque partido significa parte de algo mayor que integra otras fracciones. La relectura de nuestra historia tiene que enfrentarse a esta pluralidad, reconocer al otro en su influencia en el pasado y en su permanencia en el presente.

Así como los *Annales* identificaron claramente a la historia política del siglo XIX como su gran enemigo, en contra del cual debían construir una nueva historia analítica, social y económica, yo identifico a la unicidad, a la exclusión y a la negación del otro, como los rivales contra los cuales debe actuar una nueva lectura de nuestro pasado más democrática y más apegada a la realidad y, por tanto, más funcional a las preguntas del presente.

La única forma legítima de responder a un pasado necesariamente diverso y muy probablemente contradictorio y conflictivo es enfrentándolo. Indudablemente, el camino hacia la comprensión del pasado por el lado de la pluralidad se enfrenta a la complejidad y está lleno de obstáculos, pero es preferible a la ruta en línea recta de la parcialidad que ciega nuestro entendimiento. Las dificultades y contradicciones resultantes de integrar al otro no deben detenernos, por el contrario si partimos de la idea de que es imposible sentar a los adversarios políticos, a los malos y a los buenos, en una misma mesa, entonces es imposible la comprensión de nuestro pasado, así como es inalcanzable el diálogo político y los acuerdos. El reto es construir una interpretación coherente que reconozca e integre a posturas contrapuestas.

En las disertaciones de *El federalista* sobre la construcción de la constitución norteamericana, Madison se plantea este dilema sobre cómo enfrentar el reto de la diversidad, cuya reflexión resulta útil para el tema que estamos discutiendo. Madison señala, refiriéndose a los males que produce la disputa entre facciones contrapuestas y que dividen a los congresos y a las naciones que:

Hay dos maneras de evitar los males del espíritu de partido: consiste una en suprimir sus causas, la otra en reprimir sus efectos ... hay también dos métodos para hacer desaparecer las

causas del espíritu de partido: destruir la libertad esencial a su existencia, o dar a cada ciudadano las mismas opiniones, las mismas pasiones y los mismos intereses.¹²⁷

En el texto citado se advierte que eliminar la libertad para solucionar el espíritu faccioso, es un camino cuyo resultado es peor que el mal que se buscaba combatir, pues la libertad es esencial a la vida política y sin libertad no sólo desaparece el espíritu faccioso (que es un espíritu excluyente, conflictivo) sino que desaparecen las facciones mismas, es decir, se anula la diversidad que es esencial a la política y al ser humano. Coincido con la postura de Madison, pero considero que las consecuencias van más allá. El remedio no sólo es peor que el mal, sino que la pretensión de restringir las libertades de disenter, no resulta en la eliminación del espíritu faccioso sino por el contrario lo agrava dramáticamente. Al suprimir el derecho de expresión legal y pública de las facciones, al desconocer su existencia y su legitimidad de competir en la interpretación del mundo y en su transformación, se les orilla a los excluidos a su radicalización y se les empuja a existir en la ilegalidad, y muy probablemente a manifestarse de forma violenta.

La otra vía posible que examina Madison para eliminar el espíritu faccioso por el lado de las causas es suprimir las diferencias y dar a cada ciudadano las mismas opiniones y los mismos intereses, es decir, el camino de la unicidad. Esta es la elección del nacionalismo para enfrentar la división, un camino, autoritario e infructuoso, que se construye sobre el desconocimiento, el sometimiento o la desaparición del otro. Por esta ruta quizá se logre silenciar, con la violencia, las opiniones diversas, pero es imposible desaparecerlas mientras exista otro. Esta opción, al igual que la anterior, tampoco es exitosa y tiene como consecuencia la polarización de las diferencias.

Tenemos que reconocer, comprometidos con el liberalismo, que de la razón y la libertad humana resulta necesariamente la diferencia, la cual está inevitablemente cargada de pasiones y que es siempre competitiva. La conclusión a la que debemos llegar, dice Madison en el Federalista X, es que las *causas* del espíritu de facción, la libertad y la diversidad, no pueden suprimirse, tenemos que vivir, tolerar y ordenar la existencia de grupos que compiten por la hegemonía y el poder, por lo tanto el mal sólo puede evitarse teniendo a raya sus *efectos*: la confrontación violenta y la fragmentación. Lo que hay que evitar es la imposición de un bando sobre otro, garantizar la libertad y legitimidad de las diversas expresiones y su derecho a disenter,

¹²⁷ Madison, Santiago en Hamilton, A., Madison, J., Jay, J. El Federalista. FCE, México, 2000. Capítulo X, P. 38

construyendo los puentes y las puertas que permitan a todos participar en la comunidad política y mantenerse en ella voluntariamente.

La aspiración de construir una historia global y objetiva, de cara a la confrontación entre las interpretaciones del pasado, exige abandonar la historia maniquea y reconocer que nuestro pasado es borroso y complejo, que ni el blanco ni el negro pueden ser los colores en nuestra paleta. Tenemos que recurrir a una gama infinita de grises, al espectro amplio de colores que nos permitan interpretar al pasado con mayor apego a esa realidad compleja y plural. Las contradicciones absolutas sólo ayudan a nublar el conocimiento, la ciencia social, como ya lo ha hecho la ciencia natural debe dar a la relatividad su peso específico.

Tenemos por ello que buscar una historia diversa donde estén presentes los enemigos, donde se reconozcan con objetividad las diversas fuerzas que son responsables de la construcción de nuestro presente. Así como en el presente el reto de nuestro país es alcanzar los acuerdos en medio de la confrontación política, en el pasado el desafío es reconocer en esa disputa histórica la participación e influencia de los diversos actores, la interacción de las fuerzas en la construcción de las instituciones y de la cultura política.

La pretensión de solucionar los problemas de la pluralidad, anulando la diversidad e imponiendo la unicidad, es el peor camino que puede elegir el ser humano, en la política y en la ciencia. El objetivo político de democracia, libertad, tolerancia, pluralidad, diversidad, coincide plenamente con el científico de objetividad y veracidad. Ambas pretensiones sugieren la crítica y la relectura de nuestro pasado; ambos justifican el análisis de la exclusión de los otros, y su integración en una nueva interpretación.

El camino que propongo, dentro de muchos posibles para el desarrollo de esta nueva historia política, es una relectura de la historia de las ideologías en México, de su disputa política y teórica, que no subordine la comprensión del pasado a alguna posición política específica. Un análisis de la competencia entre las fracciones políticas que no esté guiado por la pasión de una de las partes, sino por el compromiso con un pasado plural y diverso. Esta relectura deberá poner énfasis en las permanencias y continuidades, en la cultura política y en las mentalidades, más allá de los acontecimientos de coyuntura y del discurso. Hay que atender la sugerencia de observar a los acontecimientos en sus consecuencias en el largo plazo.

En este sentido la relectura debe darle voz al silencio. Frente a una historia patria que identificó la unidad nacional con la unicidad, se propone una historia que en consonancia con la democracia y el pluralismo se preocupe por el estudio en el tiempo de las partes políticas, ideológicas, regionales y nacionales que conforman a la nación. Es decir, se propone una historia de los partidos y las naciones que fueron desconocidas bajo los mitos del partido único y de la raza mestiza. En los últimos años, esas naciones y esos partidos han abandonado el silencio y han hecho escuchar su voz con gran estruendo, por lo que su reconocimiento y estudio en la historia son urgentes.

La disputa ideológica del país tampoco se puede resumir en la disputa entre liberales y conservadores, es fundamental reconocer otras voces que no encuentran su lugar en la historia patria. Se propone dar lugar en el análisis a estas voces e identificar sus continuidades para poderlas escuchar con mayor claridad en el presente. Además de la voz de los conservadores hay que buscar también las continuidades de los llamados moderados; escuchar la participación de la izquierda, identificar también la presencia del republicanismo¹²⁸ y el indigenismo negados primero por la nación criolla, por mencionar algunas voces silenciadas por la historia oficial.

Un primer paso que propongo para el desarrollo de esta historia de las ideologías de la segunda mitad del siglo XIX es identificar la permanencia del conservadurismo en México, su participación en el discurso y su presencia en la política real, siendo parte de los gobiernos e influyendo sobre las decisiones ejecutivas, legislativas y judiciales. El tratamiento de una historia de los conservadores en México nos ayudará a comprender una posición política que ha permanecido presente en la disputa del poder, en la negociación o en la confrontación con los gobiernos, que influye en las decisiones, que ocupa posiciones de poder y que controla instrumentos de dominación muy significativos, cuyo estudio es relevante para la historia y para la ciencia política. Si identificamos el proyecto de este partido, que se construye históricamente, sus antepasados ideológicos y humanos, sus espacios de organización, sus avances y derrotas a lo largo de la historia, entonces podremos reconocer con mayor facilidad al pensamiento político conservador en el presente.

¹²⁸ Proyecto de nación que además de su lucha armada de resistencia y emancipación, promueve la defensa de los derechos culturales y materiales de las comunidades indígenas (tradicción de gran influencia en la Nueva España durante el siglo XVI con personalidades como Fray Bartolomé de la Casas y Fray Alonso de la Veracruz cuya continuidad hasta el presente vale la pena analizar).

Algunos críticos podrán sugerir que el interés por el conservadurismo y la propuesta de dar mayor relevancia a la tradición y a las continuidades en nuestro análisis, es un viejo recurso reaccionario y de dominación. Ciertamente, cuando estos elementos se evocan en el discurso político. Sin embargo, desde el análisis objetivo de la realidad es fundamental la observación de la permanencia del pasado en el presente. La interpretación histórica, por más crítica y revolucionaria que pretenda ser, no puede negar la existencia y la fuerza de estos principios sobre el presente. Reconocerlos como elementos de la historia no implica abandonarse a ellos y resignarse a la inmovilidad. Pero, sólo a partir de la comprensión de estas fuerzas conservadoras, de las dificultades materiales y mentales que imponen para la transformación social, es posible concebir una utopía capaz de guiar la acción política efectiva. El discurso político que ignora estos elementos de continuidad y supone la transformación inmediata de las instituciones como resultado de un triunfo político coyuntural, termina produciendo la desesperanza, resultado de las promesas incumplidas, y abona el camino de la contrarrevolución.

Es un error imponer el deseo de transformación social sobre nuestro pasado real y falsearlo en su escritura ocultando lo que realmente fuimos y que, inevitablemente, por la lentitud con que se mueven diversas estructuras y mentalidades, seguimos siendo en muchos sentidos. Al pretender que nuestra historia a partir de 1867 es la historia del triunfo del liberalismo y de la desaparición total de los conservadores, pretendemos ser algo que no fuimos y que no somos. Vale más preguntarse, como lo hizo Mora¹²⁹, en qué modo seguimos siendo ese virreinato de la Nueva España, en qué espacios, en qué instituciones ha triunfado el proyecto conservador, qué tan liberales nos hemos vuelto. Quiénes somos y quiénes hemos sido, real y profundamente.

En la búsqueda de la respuesta a estas últimas preguntas propongo una relectura crítica a la versión de la historia patria de la segunda mitad del siglo XIX que inicia con el triunfo de los liberales a partir de la guerra de reforma y sobre todo tras la caída del segundo imperio y los fusilamientos en el Cerro de la Campanas; imponiéndose, con ello, el proyecto liberal de nación como único eje ideológico de nuestra historia nacional a partir la restauración de la república. El

¹²⁹ José María Luis Mora en 1837 denunciaba que era un error suponer que la situación del país había cambiado radicalmente por el hecho de tener una nueva constitución republicana y federalista, cuyo texto no era suficiente para transformar las bases de la sociedad de la Nueva España. Que el análisis de la sociedad permitiría identificar que “La voz república vino a sustituir a la de imperio en la denominación del país; pero una y otra eran poco adecuadas para una representar, mientras de mantuvieran las mismas instituciones, una sociedad que no era realmente sino el virreinato de Nueva España con algunos deseos vagos de que aquello fuese otra cosa” *Análisis de la Política Mexicana* en Matute, Álvaro. *Antología. México en el siglo XIX*. Colección Lecturas Universitarias, No. 12, UNAM, 4ª edición, 1994, México. P. 261

conflicto desaparece, las luchas se reducen a conflictos al interior del ala liberal y a vencer los obstáculos que se presentan a la aplicación de su programa. Juárez, Lerdo, y Díaz son liberales; Morelos, Carranza y los Sonorenses también lo son. El partido de la revolución, en sus tres nomenclaturas, se reconoce también como representante y heredero de este proyecto que triunfa de forma inexorable como resultado de la evolución natural e histórica hacia la modernidad mexicana, evolución que avanza por una misma línea desde la constitución de 1824 hasta la democratización del año 2000.

El análisis y crítica de esta historia patria son cuestiones fundamentales para la ciencia política porque su influencia no se reduce a la enseñanza del pasado que se imparte en las escuelas primarias, sus consecuencias permanecen y participan de la conciencia colectiva de la Nación, permean la cultura política, la vida institucional, las relaciones entre los grupos de poder, la interpretación de nuestro presente y las propuestas hacia futuro.

Para la historia patria el liberalismo triunfante se sostiene en la victoria sobre el partido conservador, que no sólo fue derrotado sino, sobre todo, negado e ignorado. La matriz esencial de esta historia política es la exclusión del otro. Otro, que sin embargo, sigue siendo poderoso económica y culturalmente, que ha seguido manifestándose políticamente vía la ilegalidad, la farsa, la simulación, la concertación oscura con los gobiernos que en el discurso público lo desacreditan como legítimo interlocutor.

La nación única y excluyente que se presenta tras esta interpretación del pasado y que desconoce al otro como agente de la historia e interlocutor en el presente, tiene consecuencias que van mucho más allá de la derrota del pensamiento conservador, como es el caso de las comunidades indígenas. Sin embargo considero que un ejemplo significativo de la exclusión política en nuestra historia nacional, es la que sufrió el pensamiento político conservador a partir de la república restaurada, momento político en que, para la historia patria, triunfa en la esfera política, la unidad sobre el conflicto, unidad que se sustentó en la negación, más que en la desaparición, del adversario. A la luz de las implicaciones de esta exclusión, pueden reconocerse ciertas explicaciones a la longeva vida del partido hegemónico y a la dificultad que tenemos en la actualidad para lograr, en el multipartidismo, un verdadero debate de proyectos alternativos de nación y para la construcción de acuerdos entre las partes.

Es necesario hacer una crítica a la interpretación de nuestro pasado como la evolución lineal de liberalismo y de la modernidad hacia el progreso de la nación, que no es útil para comprender una realidad más compleja, donde lo tradicional se mantiene y se confronta con la modernidad y con la globalidad. Esa interpretación del pasado no es capaz de orientarnos hacia la comprensión de una sociedad donde el elemento conservador sigue participando en el aspecto político, económico, social y cultural; para explicar el comportamiento esquizofrénico de una sociedad que se ha supuesto liberal y moderna, pero que sigue siendo profundamente conservadora (incluso reaccionaria) y tradicionalista. Reconociendo nuestro pasado contradictorio y diverso, en el que se disputan proyectos de país distintos, podemos comprender un presente que se enfrenta a una diversidad mucho mayor, y una conflictividad social sumamente compleja.

Finalmente, con esta propuesta de relectura reivindico a la historia como maestra de la ciencia política y la necesidad de que los estudiosos de la política participemos, desde nuestro objeto de estudio y nuestros caminos para estudiar la realidad, del esfuerzo por comprender nuestro pasado y su relación con nuestro presente, en particular desde la nueva historia política que, como sostenía Julliard, hoy más que nunca es central en el esfuerzo de construir una historia global. Postulo la necesidad de repensar nuestra historia patria y orientarla hacia una interpretación más crítica, plural e incluyente que de voz a los silencios de nuestra historia, y nos permita observar, a la luz del pasado, las contradicciones que enfrenta nuestra identidad.

La historia se piensa y se interpreta desde el presente, las preguntas al pasado buscan dar respuestas a los conflictos actuales. El historiador o el politólogo que se interesan por el análisis del pasado no realizan una labor de coleccionistas de huesos, están preocupados por el mundo contemporáneo y sus problemáticas. Así pues, esta relectura busca respuestas a la incapacidad de dialogo, de reconocimiento de los otros, de respeto a la diversidad política, ideológica, cultural; problemas que representan uno de los retos políticos fundamentales del México de Hoy. El reto de entender al Estado mexicano y sus conflictos del presente obliga echar un vistazo a su pasado, tanto al oficialmente reconocido y como al excluido, y reconstruir una nueva historia política de México.

BIBLIOGRAFÍA

ALMOND, GABRIEL. A. Una Disciplina Segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas. FCE, 1999, México.

BLOCH, MARC. Introducción a la historia. FCE, 2ª edición, 1994, México.

BOBBIO, NORBERTO. Diccionario de Política. Siglo XXI, 11ª edición, 1998, México.

_____ Estado, Gobierno y Sociedad. Por una teoría general de la política. FCE, 1998, México.

BRADING, DAVID. Orbe Indiano: de la monarquía católica a la República criolla, 1492-1867. FCE, 1991, México.

_____ Los orígenes del nacionalismo mexicano. Era, 2ª edición, 1988, México.

BRAUDEL, FERNAND. El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II. Tomo I y II. FCE. 2ª edición, 1981, México.

_____ Escritos sobre historia. FCE, 1991, México

BULNES, FRANCISCO. Las grandes mentiras de nuestra historia. Colección Cien de México, CONACULTA, 1991, México.

BURKE, PETER. Historia y Teoría Social. Instituto Mora, 1997, México

_____ La Revolución Historiográfica Francesa. La escuela de los Annales: 1929.1989. Ed. Gedisa, 3ª edición, 1999, Barcelona España.

CARR, EDWARD H. ¿Qué es la historia?. Ed. Planeta Mexicana, 1899, México.

CHÁVEZ, ALICIA Y MIÑO GRIJALVA, MANUEL Cincuenta años de historia en México. Vol. I, COLMEX, 1991, México.

CHESNEAUX, JEAN. ¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores. Siglo XXI, editores, 10ª edición, 1988, México.

DUBY, GEORGES. Obras selectas. Compilación de Beatriz Rojas, FCE, 1999, México.

FERRO, MARC. Cómo se cuenta la historia a los niños en el mundo entero. FCE, 2000, México.

- FINLEY, MOSES I. Uso y Abuso de la Historia. Ed, Crítica, 2ª edición, 1979, Barcelona.
- FLORESCANO, ENRIQUE *La interpretación del siglo XIX*, en Chávez, Alicia y Miño Grijalva, Manuel Cincuenta años de historia en México. Vol. I, COLMEX, 1991, México.
- FONER, ERIC Who Owns History? Rethinking the past in a Changing World. Ed. Hill and Wang, 2002, Nueva York.
- GIL PUYOL, XAVIER “*Historia política de la Edad Moderna Europea hoy: Progresos y minimalismo*” Memorias del 2º Congreso de Historia a Debate, T. III, España.
- GRAMSCI, ANTONIO. Pasado y presente. Gedisa, 1977, Barcelona.
- HALE, CHARLES A. El Liberalismo mexicano en la época de Mora. Ed. Siglo XXI, 14ª edición, 1999, México.
- _____ La Transformación del liberalismo en México a fines del Siglo XIX. Vuelta, 1991, México.
- HAMILTON, A., MADISON, J., JAY, J. El Federalista. FCE, 2000, México.
- HIMMELFARB, G. The new history and the old. 1987, Cambridge, Mass.
- LE GOFF, JAQUES Y NORA, PIERRE, Hacer Historia. Vol. II. Nuevos enfoques. Ed. Laia, 1979, Barcelona.
- LIRA, ANDRÉS. (selección y prólogo). Lucas Alamán. Ed. Cal y Arena, 3ª edición, 2000, México.
- KOFLER, LEO. La ciencia de la sociedad. Esbozo de una teoría de la sociología dialéctica. Ed. Revista de Occidente, 1968, Madrid España,
- MATUTE, ÁLVARO. Antología. México en el siglo XIX. Colección Lecturas Universitarias, No. 12, UNAM, 4ª edición, 1994, México.
- _____ El Historiador frente a la Historia. Antología de Conferencias: corrientes historiográficas hoy. UNAM, 12ª edición, 1999, México.
- ORWELL, GEORGE. 1984. Ed. Tomo, 2002, México.
- _____ Ensayos Escogidos. Sexto Piso, 2003.

PALTI, ELÍAS JOSÉ. La Política del disenso “La Polémica en torno al monarquismo” (México, 1848.1850)...y las aporías del liberalismo. Ed. FCE, 1998, México.

PEREYRA, CARLOS, et al. Historia ¿Para qué?. Ed. Siglo XXI, 19ª ed., 2002, México.

RABASA, EMILIO. La evolución histórica de México. Miguel Ángel Porrúa, 4ª edición, 1986, México.

_____ La Constitución y la Dictadura. H. Cámara de Diputados, 1999, México.

RICOEUR, PAUL. La memoria, la historia y el olvido, FCE, 2004, Argentina.

SAEZ PUEYO, Carmen. Justo Sierra. Antecedentes del partido único en México. UNAM-FCPyS y Miguel Ángel Porrúa, 2001, México.

SARTORI, GIOVANNI. La Política: Lógica y método en las ciencias sociales. Ed FCE, 1984, México.

SIERRA, JUSTO. Evolución política del pueblo mexicano. Porrúa, 1986, México.

SKINNER, QUENTIN. Los Fundamentos del pensamiento político moderno. Tomo I “El Renacimiento” y Tomo II “La Reforma”. FCE, 1993, México.

STRAUSS, LEO Y CROPSEY, JOSEPH. Historia de la filosofía Política .FCE, 1993, México.

VELASCO, AMBROSIO. Teoría Política: Filosofía e Historia ¿Anacrónicos o Anticuarios?. UNAM, 1995, México.

VILLORO, LUIS. Los Grandes momentos del indigenismo en México. Ed. FCE-Colmex, 3ª edición, 1998, México.

WALLERSTEIN, IMANNUEL Abrir las ciencia sociales. Siglo XXI, 1996, México.

REVISTAS, INTERNET Y CONFERENCIAS

ALMEYRA, GUILLERMO “Los Lugares de la Política” en la Revista Viento del Sur No. 17, agosto 2002, México.

ÁVILA, ALFREDO. “La Nueva Historia política: un acercamiento”. Históricas, boletín de Instituto de Investigaciones Históricas - UNAM. No. 52, mayo-agosto 1998.

BARROS, CARLOS “*La Contribución de los terceros Anales y la historia de las mentalidades 1969-1989*” <http://www.h-debate.com/cbarros/spanish/contribucion.htm>.

DE LA GARZA, LUIS ALBERTO. “*Historia y Ciencia Política*” documento inédito.

_____ “Historia y Política: ¿Matrimonio sin divorcio?”. En Estudios Políticos, vol. 6, No 4, octubre-diciembre 1987, FCPyS-UNAM, México.

_____ Y HERVITZ, NOEMÍ “Pensar Históricamente”. Revista de la Universidad de México. Volumen XXXIV, número 11, agosto 1980, México.

DOSSE, FRANÇOIS. Ciclo de conferencias impartido en el Instituto de Investigaciones Históricas –UNAM. 25, 26 y 27 noviembre del 2002, Ciudad Universitaria, México D.F.

LE GOFF, JAQUES “Is Politics still the backbone of history?”, revista Daedalus, verano 1971.

LUDLOW, LEONOR. “Historia Política: Controversia sobre la dimensión de temporalidad” en Estudios Políticos, Vol. 6, No 4, octubre-diciembre 1987, México.

SIMIAND, FRANÇOIS. “Método histórico y ciencia social”, Empiria. Revista de Metodología en Ciencias Sociales. Año 2003, No. 6, España.